



Arco 1

Perturbación

Índice

| | | | | | |
|------------|---|------------|----|------------|----|
| Capítulo 1 | 2 | Capítulo 2 | 20 | Capítulo 3 | 34 |
|------------|---|------------|----|------------|----|

Aquí Christian, desarrollador de VOID. Esta historia (cuento, novela o llámenlo como les plazca) fue realmente escrita hace más de diez años, inclusive antes de comenzar a diseñar el juego de rol. Su propósito era contar la “historia principal” de este mundo. A decir verdad, lo sigue siendo, aunque realmente hoy día es más propiamente dicho un remanente de diseño. Como tal no tiene ningún tipo de edición seria, ni tampoco yo soy muy amigo de la gramática. Aunque sí debo decir que realice alguna que otra modificación por estos últimos días, principalmente para evitar errores de continuidad entre el mundo como es y como ahora en aquel entonces. No tengo realmente planeado continuarla, pero si les interesa podría ser. En fin, espero la disfruten. Que les sea leve el día

La presente obra, de autoría y titularidad por Christian Dario Panetta, está protegida por la ley nacional Argentina n° 11.723, RL-2024-16045384. Su distribución y reproducción, parcial o total, queda prohibida por fuera de los canales oficiales o sin previa autorización del autor

Capítulo 1

El corazón, el tesoro... el hombre. Las imágenes se sucedían como flashes fantasmagóricos hasta que despertó aquella mañana. Frías, las sábanas cubrían su tibio cuerpo. Objeto de deseo para muchos, envidia para otras. Sus ojos color café recibieron con poco ánimo las primeras sensaciones de ese nuevo día. El velo que cubría la ventana del cuarto apenas si danzaba con el viento, con el sol asomando tras la oscuridad. Lentamente, casi como esperando otra cosa, se levantó de la cama y recogió sus ropajes. Botas, guantes, capa... una típica de vestimenta de viajero pudiente, medio gastada, pero de notoria calidad. Fue colocándose una a una las prendas, pero solo después de colocarse una faja para cubrir la voluptuosidad de su pecho. Su misión requería discreción y su figura era llamativa. Dio unos pasos y se acercó hasta una mesita cercana a la cama donde bebió un poco de agua y comió parte de las sobras de la apresurada cena de ayer. El corazón, el tesoro... el hombre, nada sabía cómo debía. Solo podía probar la injuria, a cada paso... a cada momento.

Mientras desayunaba observo a Rens, uno de sus acompañantes. Dormido sobre una silla junto a la puerta, el buen viejo tenía ya cincuenta y tres años. De aspecto áspero, pero gentil, conservaba todavía la fuerza de la juventud en su interior. Algunos mechones blancos caían sobre los pesados ojos, coloreando el maduro y apenas arrugado rostro. Curiosamente estaba abrazado a su arma mientras dormía, un símbolo del aire de incertidumbre que reinaba entre los viajeros. Hacia una semana habían cabalgado desde **Schafdezen** casi sin detenerse, evitando otros pueblos de paso y encuentros innecesarios. La partida había sido tanto repentina como traumática... el corazón, el tesoro, el hombre.

El viejo Rens parecía relajado mientras descansaba de las penurias del camino. Le recordaba las tardes de hace algunos años atrás, donde ambos jugaban en el jardín de su casa. Cuando la responsabilidad no era más que una palabra y la infamia solo conocía un hogar al norte de la **gran ruptura**. Ella se daba cuenta que esta carrera haría añicos su salud, que su buen nombre quedaría por siempre manchado y que ya nunca más podría disfrutar de un mero juego infantil de algún atardecer primaveral. Ella podía verlo. Sabía, como de costumbre, que motivaba a la gente. Cuál era su punto de inflexión y como arder en ese fuego sin quemarse. Sin embargo, el viejo no andaba bajo coerción alguna. Eran fidelidad y cariño, honor y justicia. Rens era un hombre simple, toda su vida había sido uno que escucha, pero ella había aprendido tantas cosas al escucharlo. No era justo.

Al verlo mientras meditaba sobre la situación, fue cuando la tristeza surgió desde dentro. Profunda y melancólica la abrazo tan fuertemente que creyó sentir húmedos sus pómulos.

“Du weinst oder redest“

O hablas o lloras, le decían desde pequeña. No te ahogaras en tus propias lágrimas, las navegaras, las conquistaras. Siempre sucedía lo mismo cada vez que ella les recordaba que era una niña. Pero la niñez ya era cosa del olvido. Había aprendido a no mostrar debilidad, a lucir fuerte ante cualquier ocasión... se había convertido en toda una mujer. Pero sin embargo allí navegaba por su rostro una fina y solitaria lágrima, lavando con la fuerza de una pena que no debió ser.

“No puedo dejar que termines así querido Rens, tengo que hacer algo mejor por ti...” pensaba, mientras llamaban a la puerta.

-Rens, Rens. Abre, soy Annelie- se dirigió la persona sin esperar a que contestaran desde adentro.

-Espera un momento. Buenos días, toma asiento- ambas intercambiaron saludos y volvían a la comodidad de la mesa.

Antes de sentarse a la mesa, Annelie dejó su capucha y su espada en una esquina del cuarto e inspeccionó al complacido viejo dormilón. Su rostro reflejaba una suerte de decepción, pero en el fondo ella sabía que la damita guerrera sentía admiración por el hombre. A sus ojos él era su mentor, el ejemplo a seguir. Es decir, alguien que valía la pena el ganarse su respeto.

Apenas un mes atrás la damita, un sobrenombre que ya quedaba un poco anticuado, había cumplido los treinta años. Tenía el cabello corto y rubio y media casi dos metros. De caderas anchas y pecho disimulado, su rostro refinado le daba un extraño aire exótico. Sus orejas algo puntiagudas se decía que probaban su ascendencia élfica. Sin embargo, lo que resaltaba más allá de su físico atípico era su personalidad. A diferencia de su mentor era una persona por demás alegre y positiva, pero muy centrada a la hora de cumplir con sus obligaciones. Siempre dispuesta a dar una mano, pero sin torcer el brazo.

Hacia seis años que la conocía y la quería como si fuera su propia familia, pero si había un sentimiento que le generaba era envidia. Annelie tuvo el poco común don de poder elegir. Formación, profesión, condado, labor, marido... Sin importar cuán inseguro luciera el futuro y cuán angostos fueran los senderos para llegar a él, siempre tenía un panorama amplio y claro. Además, a diferencia de ella, era genuinamente respetada dentro del condado. Lo había ganado a base de esfuerzo y servicio. Mientras que ella encontraba la deferencia que le profesaban vacía. Sin embargo, no estaba disgustada ni frustrada con las cartas que el destino le había barajado, pero le era imposible no preguntarse qué hubiera sido si más libertad se le habría otorgado. Resultaba realmente trágico que semejante vida terminara encadenada por una venganza desde más allá del destino. Todo por el corazón, el tesoro y el hombre.

- Yue, ¿Cómo te sientes? ¿Dormiste bien? - pregunto la damita al sentarse a la mesa.

-Mejor que ayer, gracias por preguntar-

“Nunca muestres debilidad”

-Ahora dime, ¿Estuviste toda la noche despierta? -

-Si si, del ocaso al amanecer. Es que esta ciudad es muy grande, hubo muchas cosas que revisar y muchas otras que hubiera preferido evitar. ¿Segura que te encuentras bien? Te veo un poco pálida- dijo la trasnochada mientras mordisqueaba un pedazo de pan.

-Si bien **Weißer hafen** no es ninguna joya si es una ciudad cosmopolita, mucho va y viene por aquí. Espero que hayas evitado atención no deseada, sabes bien la naturaleza de esta misión.

-Y por última vez, no me siento mal.

-No estás mal, no estás mal... ¿Cómo podrías estar bien? ¡Dioses! Si hace apenas una semana...-protesto la guerrera, preocupada.

-Basta- ordeno firmemente ella- Esto ya lo hablamos-

-¡Pero...!-

-Sin peros- sentencio Yue, clavando su mirada en los ojos de su acompañante.

En el silencio de esa mañana ella estaba hablando y la mujer rubia escuchaba, pero las palabras no eran parte de esta antigua tradición. Su mirada potente, fijada fuertemente en Annelie, fue suficiente para comunicar a por todas el mensaje. Su compañera entendió y guardo silencio. No era magia, ni nada relacionado con ello. Solo hacia lo que le habían enseñado a hacer. Unas palabras de su padre le vinieron a la cabeza mientras la tensión todavía se mantenía sobre esa mesita rustica:

“Cuando la confianza te dé la espalda y la veas marcharse por la puerta grande, si la incomodidad reina tan visiblemente como el manto nocturno... es en ese entonces cuando sabes que no has hecho lo suficiente. Bueno o malo, justo o injusto. Esos son colores, formas, definiciones, creencias... es lo que adorna el alma. Errados están los que creen que esas nimiedades definen a una persona. Es tu voluntad la que hace danzar, a un lado y al otro de la dicotomía divina, a estas pieles taimadas. Es tu voluntad, es la fuerza de tu alma, la que labra el camino que yace ante tus ojos. Si tu mundo se destruye alrededor tuyo, si no logras encontrar la fuerza o la razón, no te preocupes. Solo redobla tus esfuerzos y viste la dicotomía divina con convicción. Disiparas así, a las nubes del mañana, con el poder de tu propia decisión.”

Su padre... era un mal padre en realidad. Como muchos otros buscaba hacer sus sueños realidad a través de su hija. A sus ojos parecía que siempre gustara más de la compañía de terceros que de la de ella. Algunas noches era alguna mujer, otras eran unos tragos. Cuando si mostraba interés en su hija usualmente lo hacía reprimiéndola, o dándole algún consejo de esos que los niños encuentran tediosos y los adultos los consideran lecciones. Siempre con esa mirada que reflejaba interés y no amor. Y a pesar de todo, ella quería a su padre. Acudiría en sus tiempos de necesidad, haría todo lo posible para ayudarlo. Haría todo lo posible. Pero, ¿Estaba haciendo todo lo posible por quienes acudían a ella en tiempos adversos?... Ella no era estúpida, la respuesta fue instantánea.

“Todavía tengo tiempo. Mientras mí alrededor se siga derrumbarlo, todavía tengo tiempo. Para remendarlo, para protegerlo y para cumplir con mi deber. La obscuridad que me rodea no importa, porque todavía puedo ver la luz. Pero yo no soy mi padre, para mí el cómo, el cuándo, y el dónde si importan.”

-¿Yue?- pregunto Annelie, rompiendo su contemplación mediante genuina preocupación.

-Conozco esos ojos... Yue, pase lo que pase, estamos contigo-

Entonces, con el rostro bajo, ella sonrió para no llorar. Su cara se ilumino en vez de romper en llanto. Feliz, pero al mismo tiempo avergonzada, asintió y levanto la cabeza.

-- ¿Sabes? Estaba recordando cuando mi padre quiso enseñarme sobre determinación a través de la religión-
¿-Uhm? ¿Te refieres a alguna historia como las de Sir Mathew o a algo de las doctrinas? – pregunto con curiosidad la rubia.

-No, no fue una historia de Sir Mathew Cassell- aclaro tajantemente Yue, a sabiendas del fanatismo que su acompañante profesaba por el legendario caballero norteno -Más bien era sobre como él entendía a la voluntad y como es esta nuestra posesión más sagrada-

-Suenas como algún orador del **Dichtimus**- respondió Annelie, un poco decepcionada, pero aun curiosa.

-A veces puede llegar a sonar como un sacerdote... De todos modos, ese día me hablo de como una determinación avasallante lo conquista todo. Que inclusive las decisiones que tomara no tendrían consecuencias importantes si estuvieran cargadas de una voluntad superior.

-Escuche algo como eso alguna vez, pero no recuerdo en donde- dijo la damita mientras hacia un esfuerzo poco genuino para acordarse.

-De nuevo, los que hablan de voluntades extremas son los agentes de lo divino- dijo ella mientras tomaba su te refinadamente- Presumen de lo importantes que son. Igual que mi padre, por cierto...-

-Ah, ya empezaba a extrañar esas “garritas” tuyas- dijo Annelie intentando diluir la tensión del ambiente.

Al cabo de un momento Yue miro fija y honestamente a la rubia y le dijo:

-Sabes, yo no pienso así. No creo que el mundo se amolde a mí, sino todo lo contrario. Y me preocupa. No sé si estoy haciendo lo suficiente, ni tampoco sé si lo estoy haciendo como se debe. A decir verdad, ni sé lo que estoy haciendo, pero no puedo fallar-

-Nosotros no vamos a permitir eso. Rens y yo sabemos que el fracaso no es una opción- respondió rápida y seriamente la alta mujer.

-Rens está cada vez más débil, lo noto. Sé que tú también te has dado cuenta. No creo que pueda resistir el trayecto a través del desierto-

-Yue, nunca has visto al hombre hacer su trabajo. Solo lo has visto montar guardia. Igual que a mí. Ten fe en nosotros, no vamos a defraudarte.

-No se trata de eso- dijo ella mientras un destello de ira atravesaba su cuerpo- Esto es mi culpa. Mía. Debí ser capaz de ver a través de la malicia, pero no pude. Estaba tan maravillada con el que será, que olvide lo que es. Si para ver a través de los artificios me enseñaron...

¡Scheiße!-

-Nadie, pero nadie en este mundo podría haber predicho esta situación. Ni tú, ni yo, ni nadie- firme sonaba Annelie, intentando aclarar el panorama -Ya no importa de quien fue la culpa. Gracias a los dioses tenemos una segunda oportunidad y tenemos que aprovecharla rápido-

-Se que estas en lo cierto, pero estoy confundida. No puedo confiar en mi juicio, ni en mis sentimientos. Entonces dime ¿a qué se supone que me aferre? -

-A nosotros- respondió Annelie- Porque nosotros confiamos en tus decisiones y no estaríamos aquí si no seguiríamos tus sentimientos-

Delicadamente, la rubia agarro las manos de Yue y prosiguió.

-Rens te ha visto crecer, yo he estado ahí para y por ti. Eres capaz de volver realidad lo que te propones. Esta situación tumbaría a cualquiera. Pero, en contra de todo, la estas enfrentando. Si yo estuviera en tu situación estaría en pánico, haciendo sabe quién qué-

-No mientas. Eres fuerte, no hubieras permitido este... sacrilegio- contesto Yue medio enfadada.

-Yo soy buena con la espada y bastante atractiva si me permites. Pero nunca podre igualar tu espíritu. Tu fuerza interior no depende de nada, no cambia según las circunstancias. Eso es ser fuerte. Pero tienes que dejarnos compartir tu carga si necesitas un descanso-

-Creemos en ti, por favor cree en nosotros- remato Annelie.

Ella solo respondió con una agridulce sonrisa.

“Nunca permite que compartan mi carga”

-¿Sabes?, creo que me siento un poco mejor-

Luego de la casi honesta conversación, se permitieron desayunar apaciblemente. Tan distendidas como les era posible. Rens se había percatado de solicitar algo de té al posadero antes de subir a la habitación, ya que Yue había decidido no compartir el comedor común de la posada. En realidad, lo más conveniente hubiere sido mezclarse con los demás clientes. Aprender la situación local, escuchar rumores, realizar preparativos para la siguiente etapa y demás artimañas de viajero. Pero la susceptibilidad, de la que había sido víctima esa mañana, era como un fantasma a medianoche. Iba y venía constantemente, llevándose pedazo a pedazo lo que quedaba de su confianza. Mejor parecer misteriosos que ser la noticia de la noche, pensó, cuando entraban en la posada. Sin embargo, esa misma noche, después de un necesario descanso, había enviado a Annelie a la ciudad con objetivos muy puntuales. Y allí estaba ahora, sentada mientras terminaba con lo que pasaba por desayuno. Cansada como estaba, bien merecido tendría su reposo. Pero antes era menester escuchar sus noticias.

-Annelie, puedes dormir cuando desees. Pero primero necesito saber cómo te fue anoche- indago Yue a la ahora adormecida damita.

-Como dije, esta ciudad es muy grande. Anduve por muchos lugares poco amistosos, pero logré conseguir casi todo lo que pediste. Primero lo más fácil- dijo la rubia y saco de su mochila un gran pergamino enrollado.

-Aquí está el mapa. Fue fácil de conseguir, pero caro: diez hoch- continuó a pesar de la expresión de desaprobación de Yue- No había tiempo suficiente para negociar y la verdad es un mapa muy detallado si te fijas-

-Ningún mapa sale diez hoch, pero bueno... ¿Como fue con el dinero? - pregunto ella, un poco disgustada.

-Busque compradores en diferentes sitios. Como advertiste los mercaderes ligados a la **familia Weiß** no tuvieron intención de negociar-

-Era de esperarse. Inclusive en esta ciudad, las restricciones contra los gremios mercantes pesan lo suficiente para abolir cualquier idea de comercio ilegal. El oro que te di no tiene documentos de precedencia ni credencial alguna- explico Yue- Pues mal por ellos y su supuesto sentido del negocio. Continua-

-Una hora después mientras paraba la oreja en una taberna, unos hombres se me acercaron para conversar. Muy corteses y elocuentes. Tan encantadores como se dicen los hombres de **Tesor**- decía Annelie mientras su mirada se perdía por un instante y su mente volaba a tierras distantes.

"Fantasea demasiado...como siempre" - ¿Qué hay con los tesortes? -

-Pues entre copa y copa mencionaron haber oído un rumor dorado. Dijeron "haber seguido el rastro luminoso durante la pesada noche, hasta encontrar mi dorada presencia". Ahh, a veces me pregunto qué sería de mi si no estuviera casada- bromeaba la rubia.

-Serias la damita amargada- "Las noticias vuelan, pero no tan rápido" - ¿Ellos te hicieron una oferta o tu enseñaste la mercancía? -

-Estos señores conocen la ciudad como la palma de su mano al parecer. Me indicaron hacia el sótano de una casa en un sector... digamos... obscuro. Galanterías aparte fueron bastante claros: seis nied por cada hoch. Tome el trato al instante, sino las cosas se podrían haber puesto peligrosas-

--Cien hoch por seiscientos nied. Básicamente te robaron...- acuso ella, silenciado con un gesto la réplica de su protectora.

"Es poco, esperaba al menos ochocientos. Debemos tener cuidado con el norte si así nos tratan los compatriotas"

-Bueno seiscientas monedas de plata entonces. Alcanzaran. Dime más- requirió Yue de Annelie.

-Antes de despedirme, pregunte a los caballeros si pudieran recomendarme buenos guías para atravesar el **desierto**. Ellos mencionaron un lugar, una casa de juegos cerca del extremo norte de la ciudad. Y hasta allí fui con rapidez y debo decir que es el lugar más animado que vi en mucho tiempo. Las vo...

-Al grano Annelie- seca, interrumpió Yue-

“Genial. Ahora esos rufianes saben dónde vamos”

-Mucha lujuria, mucha codicia para hacer negocios en tal renombrado ambiente. Aunque, dejando unas moneditas por aquí y allá, escuche algo increíble- el rostro de la damita se encendía como el de una niña en ese momento.

-Fuera de la ciudad, acampando cerca del río, espera un guía que conduce a los viajeros hasta **Hlífa**. Su nombre es Jordan, ¡el kyktal!-

-No seas tonta, ningún kyktal puede vivir bajo este calor. Y menos aún ninguno puede llevarnos hasta el desierto-

-Que se le va a hacer, soy rubia y tonta- decía acompañando sus palabras con un irónico gesto dramático- Emocionada, deje atrás la ciudad. Y cruce los campos con la luna de acompañante y me deje llevar por el río hasta encontrar el campamento. Y lo vi- pauso solo para saborear la cara de sorpresa de Yue- Estaba envuelto en túnicas, cubierto de vendas y correas. Solo estar cerca de él me daba calor-

“Que adecuado para esta situación”

-Increíble... increíble y absurdo- menciono ella, asombrada- Entonces ¿nuestro guía es un kyktal?

-Uno muy razonable. Él dijo: “dos semanas, treinta monedas de plata. **Hlífa**”- menciono la damita, imitando al extraño.

“Demasiado barato, ¿Cuál es el truco?”

-Un verdadero maestro del habla sin duda ¿Cuándo estará listo para partir? -

-Cuando nosotros lo estemos él lo estará, o eso dijo. Razonable mas no amistoso-

-Ya veremos. Necesito algo de tiempo para pensar, ¿algo más que tengas que decirme? - pregunto Yue mientras hamacaba un poco su silla.

-Muchas cosas que no querrías oír. Si me disculpas prefiero dormir un poco, estoy exhausta-

-Buen trabajo- dijo ella al mismo tiempo en que Annelie se levantaba de la mesa para sumirse en la blanda cama que la esperaba.

Annelie hizo lo mejor que pudo. Y no estaba desconforme con los resultados, pero había ciertos detalles que le preocupaban. Ciertos asuntos que Rens tendría que pulir antes ponerse en marcha. Pero seguía dormido, y sinceramente no quería despertarlo. No todavía.

Mientras tanto ocupo su atención en, quizás, un asunto más trivial. Su cabello. Era sedoso, lacio y brillante. Era. Ahora ese pelo castaño estaba dañado, hasta un punto decadente. Inaceptable hubiera sido en otros tiempos, pero ahora ocuparse de él era una pérdida de tiempo. Aunque estos últimos días el cabello, desarreglado como estaba, le molestaba mientras viajaba a través de la campiña. Diez minutos por un problema menos era un buen trato y, a decir verdad, todavía tenía tiempo. Definitivamente algo no cuadraba en pensar en sus largos mechones cuando había tantas interrogantes flotando alrededor, pero seguro que el proceso le ayudaría a aplacar la rebeldía en su cabeza.

Se acerco entonces a la ventana, en donde reposaba una vasija con agua y remojo sus dedos en ella. Sintió una felicidad simplista al jugar un poco con el agua mientras se mojaba las manos. Pequeña e inadvertida, pero también sanadora. Armada de paciencia fue desenredando lentamente el cabello, deshaciendo manualmente todos los nudos que encontraba. Al cabo de un rato un largo bostezo interrumpió su delicada tarea. Al dar la vuelta vio a Rens finalmente despertándose.

-Buenos días señorita mía, ¿Cómo ha pasado la noche?- pregunto Rens respetuosamente.

-Peor que esta mañana ¿Y tú?-

-Espléndidamente, señorita. Gracias por preguntar- contesto el hombre maduro mientras se colocaba sus gafas.

-Por cierto Rens, te dije claramente que no me llamas así- dijo ella mientras resumía su tratamiento capilar- Los honoríficos solo nos traerán problemas-

-Lo siento señorita, pero hay cosas que a mi edad ya no cambian. Aparte recuerdo haberle remarcado que se preocupa más de lo necesario, lo peor ya paso-

“Eso ya quisiera yo. Cuan testarudo es a veces”

-No hay forma de hacerte entender. Bien haz como deseas, solo manteen esa actitud en forma privada. Sin excepciones-

-Comprendo señorita mía- dijo Rens a continuación de tomar asiento en la mesa para desayunar.

Esta vez la comida mañanera fue coloreada por el ruido del despertar de la ciudad. La posada estaba en el extremo sur de la urbe, lejos del centro, pero aun así poseía una cantidad considerable de transeúntes y tiendas. Por lo poco que pudo ver a su llegada, el barrio era fundamentalmente un sector residencial para los locales. Sin embargo, en una ciudad con tanto movimiento como el puerto blanco, ningún lugar estaba a salvo de la exposición, muy en contraste con su ciudad natal. En **Uweles** los extranjeros extravagantes y la ignorancia no tenían cabida. Tanto un pueblito de campo, con amplios campos extendiéndose hacia donde fuere que la mirada se pierda, como un faro de civilización. Los jardines exuberantes y estéticos marcaban su estilo, calmo y cautivador, como todas las tierras medias de la provincia Asebe. Pero tristemente ahora era el pasado, el futuro señalando hacia el traicionero **desierto**. Sin zambullirse en la reminiscencia continuó desenredando su cabello por varios minutos hasta que solo quedaban algunos pocos nudos, francamente intratables. Casualmente Rens daba señas de parecer satisfecho con su desayuno..

-Disculpe señorita, ¿Cuándo planeamos continuar?- dijo Rens mientras recogía sus armas del piso.

-Con suerte hoy mismo, pero necesito que te ocupes de unos asuntos. Veras...-

-Me encargare de los preparativos. Solo le pido que esté lista al mediodía para partir- interrumpió el hombre maduro mientras se preparaba para salir.

-¿De que estas hablando?-

-Me desperté antes que usted, señorita. Escuche lo que Annelie tenía que decir-

“¿Cómo es posible?, si no hizo movimiento alguno”

- ¿Cómo...? - perpleja le pregunto a su compañero.

-Cuando el deber llama, el deber llama- dijo Rens, al mismo tiempo en que se retiraba del cuarto.

Yue estaba genuinamente anonadada, lo había visto de reojo prácticamente desde que se levantó. En ningún momento registro movimiento o mueca alguna. Nada. Una mínima sensación de impotencia paso desatendida ante la incredulidad...

Rens había partido ya, a solucionar los inconvenientes y arreglar los asuntos pertinentes para poder continuar. Ella ya con el cabello desenredado decidió peinarse de una forma más cómoda, simple y elegante. Un rodete. De niña había pasado horas y horas aprendiendo a comportarse como una dama.

“La etiqueta cuenta tanto y más que lo demás, ya enteras cuando crezcas” le decían.

Lo único que ahora entendía es que toda esa preparación había sido en vano... Dudaba, en tono amargo y jocosos, si realmente había crecido. Sus fantasmas alejados durante ese tiempo frívolo. Si bien el rodete era un poco ostentoso se escondía fácilmente en la holgada capucha que llevaban mientras se mantenían en el camino. Pasó unos instantes más para asegurarse de que estuviera correcto y sonrió, satisfecha.

Limpio y recogió las sobras de la comida, colocándolas silenciosamente sobre una cómoda cercana a la cama. Entonces expandió el mapa que había traído Annelie sobre la mesa y pudo notar a simple vista que la cartilla era en efecto de gran calidad. Detallando pueblos pequeños, rutas comerciales y pasos poco conocidos (para ella) de todo el mundo. Ahora, con poco tiempo de estudio, no le parecía tan mala inversión. Hasta si tuvo la osadía de pensar que la suerte se inclinaba un poco de su parte al conseguir semejante trato. Ese pedazo de papel, independientemente de su precisión, se convirtió en un esmeril para su sagacidad. Llego el momento de rever la situación, se dijo a sí misma, abstrayéndose en el mapamundi.

Die welt, the world, an domhan, mundus. O simplemente, **el Yelmo**. Múltiples culturas, múltiples formas de llamar al mundo. Pero tanto más vasto era, que lo que unas insignificantes palabras pueden contener. Abarcaba seis mil kilometros de este a oeste y diez mil de norte a sur, según las estimaciones de los maestros cartógrafos. Usualmente se lo dividía en ocho regiones: la **costa latina** y el **archipiélago de Friggs** al este, el **escudo** y las **tierras santas** en el norte/oeste, la **gran ruptura** en su centro, el **bosque Syddir** en suroeste y el **viejo sur** y **FEGIS** hacia el sur. Esta última, la federación de condados del sur, su madre patria. Ella siempre había sentido un orgullo muy profundo e inspirador por su tierra. Encontraba justa y correcta la relación entre independencia y dirección que predominaba en la federación. **Fegis** no era un reino, por ende no estaba sujeta a la voluntad de algún tirano de turno. Los condados estaban gobernados por condes autónomos. Aunque, líder o plebeyo, merito o dictamen, en sus ojos irrelevante. Lo importante era que su cultura sabia adaptar esas variables según conviniera la situación, sin fracasar ni claudicar en el proceso. Todo un hito del pragmatismo sobre la barbarie.

Con el orgullo nacionalista surcándole la piel, Yue comenzó a explorar a **Fegis** desde el mapa, moviéndose por la provincia de **Asebe** hasta llegar a **Uweles**. Una ciudad con lujo y atención por lo natural por igual. Un intrigante pueblito de campo convertido en meca cultural. La gente le decía la joya no en vano. Organizada, limpia y prospera. Pero en su mente, ya no mas en su corazón, ella solo la reconocía como su hogar.

Continúo moviéndose entre el tiempo y el espacio hasta llegar al comienzo de la persecución, **Schafdezen**. Un pueblo simple de trabajo honesto, entre los condados continentales más nororientales: **Weißer hafen** y **Dieunderhimloch**. Teñido de injuria por el treinta del verano de los cuatrocientos sesenta y ocho de Friggs (**30VF468**), junto con el final de los carnavales de Soule. Unos siete días atrás, la perversión trajo consigo el incidente. El corazón, el tesoro y ese ingrato hombre.

“Sangre y traición, honor y venganza. Para ajusticiar el pasado y enmendar el futuro. Los hilos del destino siguen el camino de la inmaculada esperanza, todavía tengo tiempo. No debo fallar”.

La idea de fallar la aterraba, la acosaba de sol a sol. No obstante, no se dejaría llevar por ese tornado emocional ni claudicaría. Conquistaría su miedo y su hado.

Lentamente movió su dedo hacia el norte, desde **Schafdezen** hasta **Weißer hafen**. Extensas llanuras pobladas de haciendas y pequeñísimos pueblos agrícolas predominaban, cediendo lentamente ante el desierto en el norte. Agreste y rustico era ese camino hacia el norte, pero más seguro de lo que esperaría de una ruta conectada al comercio. El recorrido llegó a su fin cuando su dedo se posó en el puerto blanco, **Weißer hafen**. Grande, costera y fronteriza. Su aduana fiscalizaba una gran parte del tráfico de bienes con el extranjero. Una metrópolis entre el **mar de Friggs** y el **desierto**, sectorizada simple pero convenientemente. El este para el puerto, el bohemio y la decadencia. En el norte el comercio, las casas gremiales y el bullicio frenético de la oportunidad. El oeste reservado para la elite, lo ilustre y el lujo de lo mágico. Con el paisaje del **rio Krone** de fondo se imponía la torre blanca, **Weißerturm**, la residencia del gigante **Landgraf Miseronte Wido Weiß**. El orgullo y centro del condado.

Por ultimo el sur, hogar para lo feigiano clásico y nacionalista, cuasi aislada de las turbulencias y el intercambio cultural. En una casona de por allí, en la mañana del **37VF468**, Yue capto una disputa en la calle desde la ventana del cuarto. Unos barriles yacían rotos en el medio del camino mientras un carro permanecía varado, a la espera de una solución. Acalorada la discusión, como ya esa media mañana. Difícil de ignorar inclusive desde lo alto de la senda. Pero no era todo. Por como roncaba. Annelie parecía estar dándose una fiesta, allí donde van los sueños. Era molesto e indeseable, pero sinceramente no podía pensar en otras palabras más que gracias si tuviera que dirigirse a ella.

“Ella y Rens. Es su fuerza la que me ha traído hasta aquí. Por ellos tengo que montar esta ola hasta que rompa. No puedo permitirme claudicar, no debo quedarme en el pasado. No puedo fallar”.

Al borde de permitir resurgir a su propia memoria decidió una vez más observar el mapa, pero en esta ocasión, estudio el presente.

“Rens puede con los preparativos, dios si esta mañana parecía agudo. Aun así, no va a poder con los rumores. Los tesortes y el kyktal. Esos tesortes, deben ser miembros de algún gremio. Asumiendo que la damita allá tratado el tema con discreción, como le instruí, no habría chance de que la información de que tenía oro de contrabando corriera así de rápido. Annelie dijo haber tratado principalmente con mercaderes ligados a la **familia Weiß** y en esos gremios son especialmente nacionalistas. Los tesortes no tendrían un lugar allí, al menos no uno fijo. Quizás estaban en el momento y lugar oportunos... o quizás hallan filtrado la información. Si no fuera una acción de la compañía, sino la de un individuo aislado en busca de dinero extra, no habría mayores problemas. En el peor de los casos si la información fue filtrada adrede, seguramente fuera con la intención de limpiar el mercado de esta clase de negociadores y sus fuentes. O sea, en este caso, nosotros. Mejor partir tan pronto como podamos”

Estos hombres foráneos eran como sombras en sus conjeturas, intranquila pero precavida, continuo con su meditación.

“Annelie, Annelie... entraste en su juego y vieron tan a través tuyo como una copa de cristal. Esos dos son peligrosos, mucho más de lo que creías. Y ahora van armados con el filo agudo de una revelación... No, no. Estoy asumiendo demasiado. Es cierto que tienen una ventaja sobre nosotros, saben que nos dirigimos al norte, pero es todo.

¿Eso es todo?

En el desierto no pueden afectarnos, pero una vez que lo crucemos ¿Qué podrían hacer? La compañía, los bajos fondos, la aduana, la guardia... definitivamente o están bien conectados o trabajan para alguien que lo está. Si nos venden a la guardia, o a algún miembro local, habrá una purga interna seguramente, pero sin mayores repercusiones más allá de la provincia. Pero qué sentido tendría que ellos mismos corten el suministro de algo que pueden explotar. Solo se beneficiarían de eso si estarían o colaboraran con los organismos de control. Por como Annelie conto el encuentro, parecieran ser más codiciosos que leales. No no, estos son leoncillos que creen que unos conejitos caminan hacia sus tierras rebosantes de oro en los bolsillos. Ahí está el problema. Si ellos saben, quizás lo que sea que nos espere en el norte también sepa. Pero ¿qué es una conjura sin sombras que la oculten? Aunque la traición se alimenta con saña de la ilusión. Fick... deben tener una buena idea de la ruta. Cuando, desde, hacia y quien. Quien... ese guía, el kyktal“

Kyktal, una de las siete razas **temorques**, es decir civilizada y bajo la semejanza de dios. Algunos les decían fundidos, otros templados, o simplemente metaloides. Eran metal animado, de cuerpo plateado y poroso, con ojos como liquido y grabados por doquier. Una llama interna, que se decía divina, evitaba constantemente que se conviertan en una mena mineral más, pero también lentamente los consumía. Desde su nacimiento su calor interno, la fuerza que les permitía vivir, se incrementaba sin detenerse hasta devolverlos al estado liquido. Es decir hasta la muerte. Destino cruel y rutina sádica, sus vidas eran un triste chiste o una aventura pujante. O peor aun, la confusión de no poder distinguir entre una y la otra. Precisamente por el ardor, evitaban a toda costa el calor, buscando al frio como aliado frente a la conquista de la longevidad.

“Los templados no se exponen al calor, dios si habrá cosas escritas en piedra esa es una. Pero Annelie dijo que lo vio....

Pensándolo mejor, dijo que vio a un hombre encapuchado, cubierto de vendas y correas. Ella no es tan tonta, vio lo que vio. No en vano se dice que las apariencias engañan, la verdad es que los velos y las capuchas no son de lo más confiable que se conozca. Tranquilamente podría ser un disfraz, una fiera bajo la piel de un cordero.

¿Y que si lo es?

Si por casualidad saboteara nuestro viaje aun así somos tres y el solo uno, además Rens y Annelie son dos de los combatientes más experimentados que conozco. Aun así, él tiene la ventaja del terreno. Aunque si intenta desviarnos de alguna forma lo sabré.

¿Y si en realidad fuera un kyktal?

La única amenaza en el desierto seria su propio desfallecimiento, sin un guía estaríamos automáticamente perdidos. ¿Y afuera de él, qué? Entre el **rio Krone** y las primeras rocosas hay tres días de camino. En un lugar desolado y sin protección, demasiado ideal para una emboscada. Seguro que bandidos y pillos rondan la zona, pero no son más que un peligro circunstancial, si nos movemos rápido no van a poder dar con nosotros. El problema estaría en algo más planificado. Si este presunto templado trabajara con alguien una posible nueva traición estaría a la vuelta de la esquina. Si esos tesortes estuvieran involucrados, o inclusive si el malnacido a quien perseguimos hubiera dejado obstáculos en el camino...”

La sola imagen de aquel hombre en su cabeza le causo un malestar en todo su cuerpo. Arcadas acompañadas de un coraje propio del orgullo. Lavo su rostro con la vasija junto a la ventana y poco esmero. Minuto después diviso, una vez más, la vía a través de esa concurrida ventana. Faltaba, para ese entonces, poco tiempo para el mediodía.

“Pero, pensándolo dos veces, el tal Jordan debe tener una reputación entre los demás baqueanos que rondan estos caminos. Una rápida y sin garantías, según lo que dijo Annelie. Sin documentos, sin seguros, sin gremios. Turbio, pero no lo suficiente para ganarse un renombre adverso. De hecho este sistema beneficiaría a las compañías de la ciudad. Es decir, puedes elegir entre la obscuridad de los otros o nuestra transparencia y referencias. También explica porque acampa afuera de la ciudad. Siempre y cuando se mantenga afuera de los confines de la ciudad no interfiere en el territorio comercial de la economía legalizada. Si bien la definición del territorio comercial es un tanto abstrusa, lo claro es que Jordan le es útil si mantiene su actividad por debajo de la mesa. Si me fuera a traicionar los que ganarían, a la larga, serían los grandes mercaderes.

Entonces ¿Por qué un profesional establecido comprometería su negocio basado en un rumor? ¿Qué ventaja podría sacar de vendernos?

Va, es irrelevante. Lo que importa es cuánto dinero dicen los rumores que llevamos encima. Y si lo veo desde ese ángulo mi mejor opción es moverme más rápido que los rumores mismos, si me mantengo un paso adelante no se transformaran en otro problema. Y eso implica emplear a Jordan el kyktal hasta **Hlífa** y luego cambiar de guía. O si fuera posible, de método de transporte.

No me agrada... hay demasiados factores incontrolables y muchas preguntas en el aire. Pero no tengo otra opción. Ni tiempo. Ni margen de error. No puedo fallar”

Entre idas y vueltas, sin enfrentar sus miedos y andando de la mano con la paranoia, paso esa mañana hasta que Rens regreso ya caído el mediodía. Se veía sudado y más estresado que en la mañana. Un poco cansado quizás pero entero, o al menos esa impresión daba. Tan complicados de ver, pero tan fáciles de imaginar eran los opuestos. Su percepción fragilizada no era segura ni certera y estaba especialmente vacilante sobre el viejo. Pero antes de seguir sembrando en la fértil tierra de las maquinaciones el caballero expuso las noticias.

-Señorita mía, lleve a cabo los preparativos con éxito. Cuando lo requiera estaremos listos para partir- se pronunció Rens, elocuente y confiable.

-Y dime, ¿qué es exactamente lo que hiciste?-

-Primero que todo conseguí los ropajes adecuados para el clima desértico- dijo mientras agarro dichas túnicas de su mochila y las coloco sobre la mesa- Puede encontrar unas usadas a buen precio. Si la memoria no me falla con esto deberíamos andar frescos-

“Y que si la memoria te falla...”

-¿Con que dinero compraste esto?- pregunto Yue mientras examinaba las telas.

-Si por favor perdonara mi atrevimiento, tome prestado su dinero mientras todavía dormía para realizar estos módicos preparativos- respondió Rens

Ella se apresuró a constatar el hecho. Sin mayor necesidad de resguardo, la bolsa había pasado la noche dentro de su mochila, junto a la cama. Se acerco con pocas pulgas y busco para, efectivamente, hallar una no tan sorprendente pobreza.

“¡Que descaró! ¡Que atropello! Debería saber, entender...”

Respetaba el resabio de astucia, pero no lo consideraba tan apremiante como para andar a sus espaldas. Decepcionada y asombrada enfrente al viejo cara a cara, de la misma forma en que una madre regaña a su hijo. A pesar de todo no debía olvidar que ese era su rol en la sociedad, hacer a los demás entender.

-Semejante denuedo vale más para un pícaro que para un caballero- dijo ella mientras extendía su mano hacia el hombre, sosteniendo esa mirada maternal- Sir Rens, ¿me hace el honor?

-Sin falta señorita- y rápidamente entrego la bolsa con monedas a su dueña original -Sin embargo, debo aclararle que desde allí también cubrí los otros gastos-

- ¿Otros? ¿Cuáles exactamente? -

“Ciertamente la bolsa está más liviana que ayer”

-Bien las raciones por empezar. Comida y agua por veinte días y para tres personas. En solo unas breves horas no es logable por un solo dispendio-

“Tres, ¿Por qué no cuenta al guía?”

-Entre varios establecimientos y comerciantes pude conseguir las provisiones a tiempo, deberían llegar aquí pronto- eficiente, el viejo exponía su mañana.

-Noto que te mantuviste ocupado. Asumo también que diste con el guía-

-Así es señorita. Un hombre peculiar sin...-decía Rens hasta que ella lo silencio.

-Ahórrate el discurso para tus memorias y dime ¿Qué hay con él? ¿Hasta qué punto es de fiar? -pregunto ansiosa ella.

-Bien señorita... antes, cuando estaba en servicio activo, me cruce con muchos como él. Gente estancada es su pasado. O lo ignoran o lo afrontan, pero nunca llegan a hacer las paces con el- el caballero hizo una pausa como para ordenar sus ideas.

-El hombre vive con un dolor constante, salta a la vista. Nadie elige vivir bajo un manto de sufrimiento, ni con una espina clavada en alma. En mi humilde experiencia diría que su pasado es una tragedia andante y su presente una deuda impagable-

-La ironía es encantadora, te dices humilde, pero expones completamente a una persona en unas meras frases-

“O eso crees al menos”

- ¿Cómo estas tan seguro? -dijo ella de repente, tan seria como podía ser.

-Un dejo en su personalidad, un desapego para con lo que lo rodea. Es más una corazonada que una seguridad. Por ejemplo, cuando llegue a su tienda estaba alimentándose. Con los miembros dentro de la tierra, succionando de ella, tortuosamente le diría. Pero sabe que, yo no vi a un kyktal comiendo sino a un hombre siendo devorado. Y lo he presenciado demasiadas veces como para no sentirlo- profundo, se explayo Rens.

-Entiendo. Entonces ¿arreglaste con otro explorador?

-No fue necesario. Jordan cumplirá su parte, nada más ni nada menos-

“Al menos nada más, no está mal para variar”

-El insistió en que cambiemos a monturas más adecuadas para el desierto, inclusive me indico unas caballeras especializadas en el tema- continuo el hombre.

-Y que hiciste con nuestras monturas, ¿las cambiaste, las vendiste?-

-Las regale a...-fue interrumpido nuevamente el caballeroso hombre.

- ¡Suficiente! Ve y prepara nuestra salida. Partimos en después de almorzar-dijo Yue mientras cierta indignación se movía como un rayo en sus ojos

-Sí, señorita mía- respetuosamente saludo Rens antes de salir una vez más de la habitación.

Con la cabeza agacha y las manos sobre su rostro, ella no sabía si sonreír o llorar. Odiaba eso. Odiaba no sentirse estable, no poder enfrentar con plenitud sus emociones.

“Si tendrás coraje, viejo. Si serás atrevido. Por cosas como estas te echaron del ejército. Si te hubieras comportado, nunca hubieras terminado conmigo... Bendito sea ese criterio tuyo. No sé qué hubiera sido de mi si no hubieras estado a mi lado”

Rens y Annelie eran sus dos últimas anclas en el mar de lágrimas que cubría su mundo. Ella se mantenía a flote gracias a su balsa hecha de obligaciones, pero la marea era violenta estos últimos días. Tenía miedo que las cadenas que la unían con sus anclas se rompieran, tenía miedo de perderse en el brutal horizonte y desvanecerse en la tristeza profunda. Vagando eternamente entre sus recuerdos, sin rumbo ni propósito. Lo que nunca espero fueron esos brazos que se aferraron a sus hombros desde atrás, fuertes y dedicados. Sintió como la cadena de una de las anclas se tensaba. Como, a pesar de todo, esos eslabones se mantenían unidos en contra de lo que los rodeaba. No escucho cuando la damita se había despertado, pero ahora estaba detrás de ella acariciándole el cabello. Le recordó a su madre, a su infancia y a todas esas cosas que se presumen perdidas con el paso del tiempo. Las pudo ver allá, en el fondo de las lágrimas, tan distantes y esplendidas como las estrellas mismas. Sintió el impulso, anhelaba el contacto de lo perdido una vez más. Pero en ese momento la cadena tironeo de nuevo.

Por un largo tiempo el único sonido en el cuarto fue el de los dedos de la rubia contra su cabello, aunque a decir verdad las palabras estaban de más. La damita se dedico a contener a Yue hasta que, más tranquila, volvió en sí y recordó el horario.

-Comamos algo y cambiémonos, que partimos tras el almuerzo- dijo ella con una voz como miel.

-Sí sí, partamos de una vez. Este cuarto debe de estar embrujado ya. Pero a comer poco y cuidar la figura, quien sabe que galanes nos cortejen en el norte- bromeo la damita y ella rio, tan inocentemente como en sus mejores épocas.

A las apuradas terminaron con el cerdo y los demás sobrantes de la noche pasada. En cuestión de unos minutos, ya estaban cambiadas y listas para reanudar el viaje. Al contrario del sentido común el traje desértico cubría completamente el cuerpo, de la cabeza hasta los pies. La idea era evitar el contacto del sol a como dé lugar, pues suponía el mayor de los peligros de la roca y arena salvaje. Los ropajes eran de lana gastada, alguna vez blancos, ya grises por el uso. Consistían de largas túnicas holgadas que cubrían todo el cuerpo de forma suelta, permitiendo una mejor circulación de aire a través de las vestiduras para optimizar la climatización en contra del gigantesco arenal. En la cabeza llevaban un largo paño doblado varias veces, hasta cobijarla lo máximo posible. Con guantes en las manos y botas de cuero en los pies, solo sus ojos y nariz quedaban desprotegidas. Como detalle final vistieron sus viejas capuchas color caqui por encima de las “nuevas” túnicas. El desierto se decía un lugar tan frio como el mismísimo norte en sus noches más duras, por eso llevaban sus ropas originales en sus mochilas para estar cubiertos en caso de alguna tempestad nocturna. Sin perder más tiempo recogieron sus pertenencias y le dijeron adiós a esa habitación. Al bajar la escalera encontraron la posada sin demasiada clientela. Yue se acercó al posadero para aclararle que marchaban ya y, modales aparte, agradecer y expresar buenos deseos. El hombre, más joven y apuesto de lo que hubiera esperado, respondió de forma amable y les deseo un buen viaje.

En esa sonrisa de etiqueta, en esa confluencia casual pero final, ella tenía miedo. La siguió al recoger sus provisiones y al retirarse del establecimiento, continuando a su lado mientras esperaban en la ordinaria calle a que Rens llegara. Estaba completamente consciente que la seguiría hasta el fin, siempre buscando clavar sus garras en el cañón de su conciencia para llegar a la cima y ver la luz.

Pero ella había nacido para hablar, no para dejarse seducir por el facilismo. Mientras quedara al menos un hilo de vida en ella, siempre se negaría a rendirse. Siempre...

Al cabo de unos largos y silenciosos minutos en los que ella se sumía dentro suya, su noble acompañante llegó finalmente, trayendo consigo las nuevas monturas. Animales robustos, de cabeza en forma de cuña y cola bien en alta. Si bien la intriga por semejantes bestias le rescato un ratito de su tumulto interno, sus camaradas no compartían semejante curiosidad. Ellos concentrados, debatiendo sobre cómo debían moverse por la ciudad. Decidió entonces guardarse la inquietud para otro momento. Con Annelie a diestra y Rens a siniestra, finalmente se pusieron en marcha en dirección norte.

-Nos conduciremos por pasajes interiores poco transitados, evitando las grandes concurrencias de ser posible - dijo el viejo apenas comenzaron la marcha.

Calle tras calle, a medida que la distancia con el campamento de Jordan se achicaba su desconfianza crecía. Sin razones más validas que sus propias maquinaciones, estaba tan cauta como un búho en la noche. Atenta, pero sin dejar que se le suba a la cabeza. Sus compañeros marchaban relajados, hablando entre ellos y sin preocuparse demasiado. En verdad parecía como si su trabajo de inteligencia y planeación hubiere resultado acertado. Aun así, la sobre confianza era una de las razones que los había traído hasta allí.

“Nunca más, nunca. No termina hasta que termina y esta vez no voy a fallar. No puedo fallar”

Los caminos comenzaron a cobrar vida al momento en que pasaban, de forma paralela, la aduana central. Las palabras fluían y los acentos las embellecían como señoritas preparándose para algún baile. Inclusive con el incremento de transeúntes sus acompañantes seguían en su actitud distendida. Ella, sin darse la espalda ni mirar atrás en ningún momento, buscaba indicios. Desde las muecas del mendigo posado debajo una ventana hasta la mirada de un laudista tocando un poco más adelante en el camino. Sin sospechar injustificadamente, ponía atención a lo que este trecho tenía que ofrecer. Minutos más tarde tuvieron que aminorar un poco la marcha debido al gran tránsito que poblaba en distrito comercial, por donde andaban en ese momento. El caballo avanzaba a pasos largos, aunque un poco quisquilloso para con su lenguaje corporal. Annelie parecía tener un problema similar con su montura, pero Rens conducía a la suya fluidamente. Poco a poco el griterío frenético relativo a los negocios empezó a quedar atrás y el camino se despejaba ante ellos. Podían observar ya las últimas edificaciones de la ciudad. La damita le señala la dirección en quedaba la casa de juegos en la que había estado la noche pasada, mientras que el caballero saludaba al pasar a los mozos de cuadra de las caballerizas donde había adquirido los caballos. En tan poco tiempo ellos dos habían conseguido lograr, irrelevante la forma, todas las tareas que les había impuesto. Ellos eran gente de acción mientras que ella era alguien de palabras. Y en el pasado eso le provocaba envidia, pero ahora, mientras cruzaban las últimas casas de la ciudad y se adentraban en la campiña que la rodeaba, solo se sentía agraciada que la acompañaran en su desgracia. Al dejar atrás al puerto blanco Rens paro y se dirigió a sus muchachas.

-Desde aquí serán unos buenos treinta minutos al galope hasta llegar a Jordan. Annelie tu a la vanguardia, yo cubriré la retaguardia. Una cosa más: sean cuidadosas con estos animales. Es una tierra llana e incitante, los caballos son muy susceptibles. Si se dejan llevar, se las llevara el viento y quien sabe dónde irán a terminar-

-Por favor, si yo prácticamente nací sobre el lomo de un caballo. Es más, en el nombre de las amistades que contraí en esta ciudad, te juego a que llegare antes que tú al campamento- dijo la rubia mientras se alejaba rápidamente, riendo astutamente.

Sin más preámbulos Yue se puso en marcha, primero a trote y luego a galope, mientras Rens la seguía desde atrás, claramente controlando su marcha. Como el hijo del viento que era, el caballo parecía estar disfrutando de la travesía. Ya no se quejaba tanto y ella se estaba acostumbrando más bien rápido al peculiar equino. O quizás ambos sintieran más flojos sus propios grilletos, al avanzar inexorablemente, cortando lo que se atreva a interponerse en su camino. Como una pseudo libertad alimentada por una auténtica necesidad de escapar...

La **Magna via mercatorum** seguía la línea de la costa, al este. Ellos avanzan entre los campos más salvajes, al oeste de dicha senda, pues Jordan acampaba siempre lejos de las miradas ajenas. El camino por el descampado era, sin sorpresa, más tosco y dificultoso. En algunas áreas los pastizales alcanzaban el metro de altura, en otras la humedad natural del terreno formaba importantes charcos mohosos. Aunque algunos pocos sectores rocosos y bosquecillos ocasionales suponían los obstáculos más importantes del viaje. A medida que avanzaban algunos toldos se dejaban ver y sus ocupantes demostraban a primera vista una humildad en sintonía con el lugar. Inofensivos, pensó ella, sin retenerlos por demasiado tiempo. Para cuando la excitación del galope inicial claudicaba, el sonido de río comenzaba a llenar sus oídos. El **rio Krone** fluía desde el **mar de Friggs** en dirección sudoeste, bordeando la ciudad y marcando el límite del país. Junto a la orilla de uno de sus bancos los viajeros divisaron finalmente su destino. El campamento de Jordan, el guía kyktal.

Era un tanto irregular, no había ninguna tienda montada ni restos de fuegos nocturnos. Solo unos fardos, Jordan y su caballo era todo lo que ella veía. Sentado sobre la orilla del río el kyktal estaba refrescando sus piernas en el agua, que acalorada mostraba su disconformidad con la situación. El llevadero día veraniego se transformaba en uno pesado, cuasi veraniego, en su cercanía. Era verdaderamente como un faro canicular. Ya desmontados, Jordan abandono su alivio en el río para recibirlos.

- ¿Estos son todos tus compañeros fegiana? -le dijo el kyktal a la damita con modales hoscos y un tanto reprochables.

-Dije que éramos tres, ¿No, asado? - repondio Annelie ante la mirada fija de Jordan- Además te dije que no soy fegiana ya varias veces-

Sus ojos, o mejor dicho el líquido que llenaba sus cavidades, se bamboleaba suavemente sin ningún patrón aparente, instante a instante. Hipnóticos como promesas de estafador, ella sabía que para su raza los ojos eran muy importantes. Debido a que, entre otras cosas, reaccionaban a sus emociones y cambios de estado de forma evidente.

-Vistes como fegiana, hablas como fegiana y te comportas como fegiana. Si no eres de esta tierra ¿Por qué te sometes a sus leyes? -pregunto el metálico, una vez más, con cierta cizaña.

-Porque aquí ella encontró lo que todos buscan: un amor, un propósito y un hogar, Jordan Sandwalker. Pero ella siempre llevara al **escudo** en su corazón- respondió Rens, rápido antes de la damita cayera en el juego, mientras Annelie asentía con la cabeza apoyando a su mentor-

¿Puedo preguntar de dónde eres amigo mío? Es que tu fegiano es impecable, me tiene impresionado- siguió Rens el juego.

Yue observaba en vez de interferir en la charla, estaba más impactada con el mutilado cuerpo de Jordan. Tenía talladas heridas por todo el cuerpo, pero aún peor, ella tenía la sensación de que su físico era muy inestable. En algunos partes parecía supurar metal líquido, aunque en mínimas cantidades. Al ver los varios vendajes que lo cubrían parcialmente, no pudo evitar pensar que servían como una función de contención. Quizás fueren mágicos, pensó.

-Yo soy de **Hlífa**, del desierto, y del vacío. Un hogar para los desamparados en la tormenta. Y allí la libertad se mide en acciones y no en palabras, en el alcance de nuestra fuerza y no de nuestras cadenas- respondió Jordan, intentado de forma taimada, crear un punto.

-Ahí te equivocas Jordan, no sé cómo serán las cosas en **Hlífa**, pero aquí todos se hacen o se deshacen a sí mismos. Todos tienen la llave de sus cadenas, pero para aprender a usarla hay que escuchar y entender- dijo la rubia, autoconvencida del eslogan.

-Mi país ha cometido atrocidades en el pasado y por eso no hay un solo feigiano que no sienta culpa. Pero tampoco ningún paisano mío duda de lo verdadero de nuestra causa, o de que llevemos con nosotros un mejor futuro. Libre y providencial- dijo Rens al captar el mensaje del kyktal.

Espadas, cadenas, kyktal, **feigis**... A ella se le vino a la memoria, vagamente, los dichos de Rens sobre el guía. Sin embargo, estaba como hechizada ante tal especial hombre. Los grabados de su cabeza le parecieron lo más extraño. Se extendían desde el centro de su rostro en forma simétrica, formando quien sabe que patrón fascinante más allá de la visión pública. Encontró la frutilla del postre en la fina línea de azogue líquido que viajaba, una y otra vez, entre sus ojos. Como el jinete en la noche, su solitaria travesía le daba un semblante propio del romanticismo.

- ¿Sabes que es peor que la esclavitud? -le pregunto Jordan al caballero- La ilusión de libertad. Pero Sir Rens Balsbaidier no entiende de ilusiones, la maldita leyenda de los condados está más oprimida que los subyugados mismos-

- ¡¿Cómo carajos lo conoces?!- pregunto Annelie exaltada, mientras se apresuraba a colocar las manos sobre su espada.

- ¿Esclavitud? No te entiendo amigo. ¿Acaso nos hemos cruzado antes sandwalker? ¿Te he deshonrado para que me trates de esta forma? -visiblemente confundido, pregunto el viejo.

Pasado, sufrimiento, memoria... espadas, cadenas, Fegis... kyktal, el sur, el viejo y frío sur... **Éadilach**, la rebelión de Éadilach. El intento de devolver el sur a sus tradiciones originales y el último conflicto contra la enemiga critarquía de **Bridere**. Sangrienta y decisiva, aunque también fallida y estrepitosa. Una aplastante derrota moral para los enemigos, según sus lecciones de historia, sucedida hacía ya treinta años. Quizás Jordan fuera parte de la fallida rebelión, quizás no. Aun así, ella tenía que intervenir antes de que las cosas se caldearan aún más.

-Rens, Annelie. Déjenme un momento a solas con Jordan por favor- dijo ella, aunque sus dos acompañantes no tenían intención de obedecer.

-Los caballos necesitan descansar un poco antes de continuar, por favor ocúpense de ellos un momento- repitió, con éxito esta vez, acercándose hacia el guía.

-Ahh, entonces tu eres la voz detrás de estos dos, ¿Qué tienes que decirme señorita? -pregunto en tono burlesco el kyktal.

-Ich bin ein Redner und Sie sind ein Zuhörer- dijo Yue tan con voz firme-

En **Fegis** las cosas son como son, ella hablaría y él tendría que escuchar, ineludible tradición.

-¿Y por que haría eso?- dijo, Jordan posando su mirada desafiante sobre la de ella.

-¿Me crees estúpida? -se arrimo Yue casi al lado del guía -Por que yo no te creo estúpido-

-¿Que dices niña?- pregunto un tanto desconcertado el metálico

“Mequetrefe“

-En mi tierra yo hablo, pero en el desierto escucho. Te escucho a ti, orador de la arena. Quiero aprender de ti y de tu tierra. Pero mas importante, quiero que nos lleves hasta **Hlífa** lo antes posible- dijo ella, tan convincente como pudo.

-No me engañas, te importa un bledo el desierto. Alguien como tú ni siquiera puede empezar a comprender lo que significa- la desestimo el kyktal.

-No dije del desierto, yo quiero aprender del vacío-

Sus miradas se cruzaron, se analizaron, se midieron y batallaron. Fue una contienda silenciosa y feroz, con el río de testigo. Fue Jordan quien hizo a un lado la vista y cuestiono:

-¿Te llama , no? ¿El vacío te llama?-

-Si- respondió ella, forzándose a no recordar ni sentir.

-Te llama...- prosiguió el kyktal, dándole la espalda y perdiéndose en la contemplación del horizonte por un minuto.

-Bien... como le dije a tu esclava, treinta monedas de plata hasta **Hlífa**, por adelantado. Y como tú has remarcado, en el desierto mando yo. ¿Queda claro? - pregunto Jordan.

-Te diré más. Te pagare el doble si me llevas hasta mi destino lo más rápido que puedas y te guardas esos comentarios tuyos en tu jodido culo-

“Schwachkopf...”

- ¿Quién coño te crees que niña? - indignado le reclamo Jordan a ella.

-Si no quieres regresar a tu casa con el doble de ganancia y permanecer en esta tierra que tanto desprecias, adelante. Pero no me hagas perder el tiempo- increpo Yue al guía.

-Bien, bien.- dijo Jordan tras ceder ante la calma unos segundos después.

-Al menos tus palabras tienen más sentido que otras que he escuchado antes. Tenemos un trato-

“Este hombre no representa un peligro, está acabado. Sabiendo de antemano quien era Rens no hizo nada, ni tampoco lo hará en el futuro. Si en realidad alguna vez tuvo audacia alguna, murió hace años. Sin embargo, si lo trato injustamente puede que me acuchille en la arena, como un escorpión”

-Sesenta monedas de plata. Aquí tienes Jordan- moneda a moneda le extendió el pago en el acto al baquiano- Tenemos prisa y todavía queda gran parte del día, ¿Cuánto tiempo requieres para partir? -

-Nos vamos ahora. No quiero estar más tiempo aquí. Sígueme y no se queden demasiado atrás- le respondió el kyktal mientras ensillaba a su caballo.

Resuelta la negociación, ella se acercó a sus guardianes para aclararles los términos de la misma. Claramente no iba a ser un viaje agradable, pero ella estaba segura de que llegarían lo antes posible al pueblo del desierto. Rens y Annelie reaccionaron de formas distintas. La damita estaba un poco enojada con si misma al haber malinterpretado al guía. Y mientras el caballero mantenía su noble semblante, ella podía ver dentro de él que alguna culpa había resurgido, gracias al óleo metafórico pintado por Jordan. Pidió entonces que recuerden el porqué de toda la campaña. Lo que realmente importaba era no perderle pisada al bastardo que empezó toda esta cadena. En dirección boreal el escapaba y el norte a ella la llamaba.

Siguiendo el curso río arriba, los cuatro jinetes galoparon en formación rómbica, con Jordan a la cabeza, Rens en la retaguardia y las dos mujeres más al centro. El trayecto ya no era ni tan llano ni tan fácil como el de hacia un rato, pero su guía marcaba bien el paso, indicando las zonas por donde avanzar. Tal como Rens había dicho, era más bien meticoloso en este aspecto. Aunque más que indicaciones eran ordenes, con groseros toques de intolerancia. Dejando su actitud de lado, Yue lo consideraba una criatura única. Después de haber conocido a Jordan, estaba sin duda más tranquila por la seguridad de su pequeño convoy. Es decir, ella no entendía, por ejemplo, como es que su caballo resistía la temperatura del kyktal. Ni la razón por la cual tomaba minúsculas pero premeditadas desviaciones de tanto en cuanto. Pero aun así, ella confiaba que al acabado hombre solo le quedaba su profesionalismo en la vida. Entonces, solo tuvo que dejarse llevar.

Al caer el sol, después de unas horas de ininterrumpida travesía, habían llegado a la intersección entre el río Krone y la **Magna via mercatorum**: el **punto de Wiedervereinigung**. Construido principalmente con tablonces de madera y roca cementada, aunque seguramente reforzado con magia, como todas las grandes estructuras. Decorado en su extensión con estatuas referidas a la cultura fegiana que se iluminaban mágicamente por la noche, según había escuchado. Como guiando el camino de los viajeros a través de la obscuridad, asemejándose a un faro para quienes se hacían a la mar. Lo cierto es que marcaba la frontera de **Fegis**, el final de su tierra. Mas allá, terreno baldío y árido se extendía antes de darle paso al desierto. Al atravesar el puente dejaría atrás todo. Decidida mas no preparada, aminoro la marcha mientras empezaban a cruzar el puente. Al darse cuenta de esto, Jordan se les acerco y les dijo:

-Aquí termina el hombre y comienza la naturaleza. Y el vacío está en su centro, bien en el centro. Apresúrense fegianos, quiero volver a casa lo antes posible- echándose luego al galope, sin mirar atrás.

Ella si miro atrás. Se dio vuelta y vio su vida. Con la voz de su mente pronuncio unas palabras al horizonte

“Tierra mía, te juro que por mí, por mi padre, por mi familia y por mi gente regresare triunfante sobre la malicia que yo misma permití se yazca sobre ti. No claudicare hasta corregir el error fatal. No puedo fallar, no voy a fallar. Juro ante ti y ante dios, que te arropa en su benevolencia y te guía con su sabiduría”

Se dio la vuelta, en dirección al futuro, viendo a la sonriente Annelie y al plácido Rens, y dijo.

-Hacia adelante, amigos, a la caza de Ludowig-

Capítulo 2

Las luces del amanecer ya asomaban y los pajarillos no se hicieron esperar. Curiosamente, una de esas exclamaciones a la vida fue la que quito de su reposo al joven Dreyri. Peto en el pecho y espada en el cinto, aunque ropa rasgada y poco útil. Quedaba claro con sus rezongues, al son de minúsculos movimientos, que la situación no era favorable. Echado sobre un árbol la convalecencia lo dominaba. Cicatrices por aquí y allá, junto con suturas como adornos del bravo.

La luz comenzó a llenar su vista mientras que su disminuida fuerza le fallaba al reincorporarse. Abatido y confundido, Dreyri observo los alrededores con el mayor detalle que su cuerpo le permitió, cotejando el marco actual con el último que podía evocar de su revuelta memoria. Abandonado dentro de lo salvaje, entre bosque o jungla, sus recuerdos lo conducían lejos del verde follaje. Lo transportaron hacia un cielo diferente, alumbrado por la majestuosidad de las estrellas, acompañado de una tierra cálida y amigable a los viajeros.

Un campamento, rodeado por los vagones de la compañía a la que sabía pertenecer. Rostros familiares y relaxo generalizado era lo que se le venía a la mente. Entre todos ellos, uno en particular resaltaba: Will. Era un hombre alto y morrudo, vestido en acero y anillas, como cualquiera que entiende la “hospitalidad” de los caminos. Sus ojos de tinte negro escondían experiencia y misterio, precediendo una mirada sosegada pero directa, típica de la gente madura. Maestro de armas y jefe de seguridad, era el encargado de organizar la seguridad de la caravana. Pero, más importante, era la única persona en la que Dreyri confiaba. Mentor y amigo, enseñando con el ejemplo, solo a la espera de una cierta fidelidad.

Penetrando más en sus recuerdos una discusión logística, pero subida de tono, venía a él. Los turnos de guardia eran el problema. El sostenía que las guardias debían fluctuar su metodología hacia algo más cauteloso, pues las amenazas viajaban tan rápido como viento salvaje por la **costa latina**. La reputación de los mercaderes protegidos conspiraba contra ellos, argumentaba, en aquella carretera mantenida por el metálico mas no por acero u honor. Hubo largos minutos de sincera consideración entre los asistentes, pero finalmente fue Will mismo quien desecho la idea. Demasiado ajuste supondría un cansancio acumulado que ralentizaría la caravana, efectivamente reduciendo el caudal de monedas proveniente de los “jefes”. Aunque la idea quedo “abierta” a revisión para el futuro, la molestia del joven quedo en evidencia. Mientras el maestro de armas pronuncio la rutina para esa noche, simple y estándar, Dreyri consideraba el peligro en silencio, pero cierto ímpetu.

Primer turno dijo Will, apenas si enfocando la mirada en el joven.

La brisa veraniega arropaba esa noche estrellada, mientras las preparaciones para el descanso terminaban y los guardias tomaban posición con un aire de ligereza en su proceder. Pero no Dreyri. Su pasado le había probado una y otra lo que significaba bajar la guardia, dejarse llevar por el momento. Analizando el terreno el joven desestimo como una ventaja el llano que se extendía alrededor del campamento, puesto la iluminación vestía de oscuridad. El esporádico viento era una ventaja a considerar, aunque lejos estaba de transformar la situación hacia algo favorable. Atrapados, pero sin rejas. Sin embargo, si Will le había enseñado algo importante era que las desventajas podían transformarse en ventajas con las acciones correctas. Pasaron unos largos minutos hasta que Dreyri finalmente acudió al guardia más experimentado y, susurrándole al oído unas palabras, se adentró en la oscuridad. Varios de los guardias observaron atónitos este inusual comportamiento e intentaron detenerlo, solo para recibir desalientos de los guardias más viejos. Ellos sabían de la osadía del muchacho, pero reconocían su valor y astucia. Ignorando las quejas, Dreyri penetro más y más en la noche.

Habiéndose alejado más allá del último cumulo de luz arrojado por las antorchas, decidió detenerse y recostarse sobre el suelo boca abajo, con extremidades extendidas y ojos cerrado. Su propósito para tal locura era montar guardia robando el principal recurso que las circunstancias ofrecían, mientras confiaba en que sus sentidos serían capaces de detectar posibles transgresores. Conforme el tiempo se sucedía sus dudas se incrementaban. No solo estaba completamente apartado de sus compañeros, sino que sus sentidos no funcionaban como él había esperado. De la tierra no advertía nada, su visión apenas captaba solo las formas más cercanas y lo único que podía escuchar eran las ocasionales ventiscas nocturnas. Si bien no era la clase de hombre que se cobijaba en la camarería de un fogón, su paranoia lo llevaba a situaciones extremas sin las razones adecuadas. Solo y saturado por la lobreguez su mente vagaba alrededor del fogón mientras titubeaba, una y otra vez, con reagruparse al grupo... después de todo, estas eran la clase de tonterías que lo alejaban cada vez más de sus deseos de progresar. Sin embargo, mientras ya tenía decidido regresar al campamento, puedo sentir como una pequeña gota de sangre recorría su paladar. Danzando singular y pacíficamente. Cualquiera hubiera dicho que en su nerviosismo mordió sus labios, pero esto resulto una señal para el joven, un nuevo recordatorio de su peculiar existencia. Y otra vez más desechó el facilismo y se avocó a la tarea con su enfoque personal. Para alivianar la presión, recurrió a un resabio de su pasado que le recordaba quien era y el porqué de sus acciones. Antes de quebrarse y ceder ante la tenebrosidad sacó una pequeña cuchilla. Girando sobre sí mismo, la apoyó sobre su pecho con los astros como espectadores.

Este recuerdo termino con la evocación y trajo a colación una alarmante revelación. Su cuchillo, como a él le gustaba llamarlo, estaba desaparecido. A duras penas palpó todo su cuerpo en busca del tal, sin éxito ni rastro en los alrededores. Impaciente, intento reincorporarse para comenzar una búsqueda por la zona aledaña, pero sus piernas no poseían la fuerza suficiente. Continúo intentándolo, redoblando sus esfuerzos con cada maniobra, pero su cuerpo no estaba en las condiciones pertinentes. Yacido una vez más sobre el fuerte tronco del árbol fue su mano, mas no su conciencia, la que comenzó a invocar sensaciones de tiempos distantes. Fue dolor lo que comenzó a sentir en su muñeca derecha, movilizándose rápidamente hacia sus dedos. Anonadado, repelió esta repentina molestia y contradictoriamente sintió su fuerza resurgiendo.

Ayudándose con el árbol pudo finalmente ponerse de pie, yendo de tronco en tronco en busca de su cuchillo. Una voz empezó a reproducirse en su cabeza. Con el poder de un suspiro le ordenaba al joven que se detuviera, que cesara ya con su comportamiento. A cada instante más frenético Dreyri investigo todo el ralo en un minuto y pudo localizar su daga. Atrapada debajo de un tronquito, cercano desde donde estaba reposando, pero no en su contacto. La voz se alzó con mayor brío, aprovechándose de esa falta. Convincente y hasta casi suplicante, pedía sensatez. Que el joven se detuviera y volviera a su encrucijada moral, al punto en donde sus valores erigidos eran los que mandaban. Sus pasos no la silenciaban, pero si abrieron camino a una lúgubre "verdad":

"Soy lo que soy".

Cubierto por esta temporal determinación, el joven se apresuró a alcanzar su daga antes de que la voz volviera para asecharlo, como en general solía suceder. Tanteo por debajo del tronco hasta que sintió sus dedos, aun adoloridos, alcanzar el mango de su cuchillo. Despojando de delicadeza, hizo a un lado la rama de un manotazo y agarró su preciada posesión. Sentado en la hierba, se tomó algunos minutos para recobrar fuerzas mientras jugueteaba con el fetiche. La daga le resultaba hipnótica en forma y concepto. De mango precario y curvo, su hoja ondeada y asimétrica serpenteaba a través de veinte centímetros de estrecho hierro, culminando en una punta más peligrosa que mil palabras. Muchos de los mercaderes que había cruzado en sus viajes realizaron suculentas ofertas por él, pero la idea de separarse de su cuchillo se asimilaba a perder unos de sus miembros.

Como Will, la daga había estado exactamente desde que la necesitó y se había integrado a su ser, a medida que recorría su ineludible senda.

Mientras respiraba el aire puro de la mañana, sosegado por este último hallazgo de sí mismo, Dreyri se sumergió nuevamente en la recolección de los sucesos de esa noche donde las estrellas habían sido testigo de su debilidad.

Moviéndose entre la obscuridad de la memoria, se trasladó hacia el punto del que había sido alarmantemente removido por la cruda realidad. Lo que encontró era completamente incompatible con su “placentera” actualidad. Se vio así mismo mermado por su ignorancia y sobrepasado por las circunstancias... pero principalmente asustado. Y allí estaba, con el cuchillo apoyado sobre su pecho mientras contemplaba las estrellas. Su ritual funcionaba cual salvavidas siempre que estuviera sofocado por la dureza de su carácter. Pero, eventual e ineludiblemente, siempre finalizaba con la misma perspectiva... recuerdos de otros tiempos. Cuando reír no implicaba flaquear y su sonrisa era sincera, cuando sus manos desconocían el tacto de un arma y solo las dedicaba a quehaceres domésticos. Lejos de brucas carreteras, disfrutando del sol al atardecer de un día de trabajo digno, mientras que su cuchillo yacía en el cinturón de su portador original... en definitiva mejores tiempos.

Cuando la noche se dedicaba a emular el interior del joven, y este respondía escapando hacia el incansable firmamento, la guardia del campamento parecía prepararse para la rotación establecida por Will. Sorprendido por el rápido paso del tiempo Dreyri viro su atención hacia el no tan lejano campamento, en pleno conocimiento de que su labor actual impedía su merecido y pactado descanso. Los guardias bromeaban entre sí mientras retiraban las protecciones de sus cuerpos. Los recién despiertos, enfadados y somnolientos, remojoban sus caras mientras preparaban sus pipas para soportar la pesadez del momento hasta encontrarse con el amanecer. Envidia era lo que sentía el muchacho cada vez que presenciaba la camaradería entre sus compañeros. Inspirado por las llamas que alumbraban la noche se dijo a sí mismo que era tiempo de descansar, que inclusive manteniendo esta absurda vigilia no podría actuar a tiempo acorde al estado en que se encontraba. Sin pensarlo dos veces enfundo su cuchillo y se puso de pie para marchar hacia la abrazadora luz, reencontrándose con un poco de esa calidez pérdida en el ojo de tempestades pasadas. Emergió desde la noche hasta tocar los lindes del campamento, donde se identificó con voz de amigo y se reintegró al grupo. Precisamente eso sintió al recostarse sobre su petate, la unión entre estas personas presentaba una posibilidad real de detenerse, como la voz exigía. Comenzar de nuevo con este grupo que, a pesar de todo, era como su segunda familia. Aunque seductora, la idea parecía poco plausible siendo que él todavía era él. Si bien veía con buenos ojos este cambio en su actitud, sabía que sería nada más pasajero. Obstaculizado por la disyuntiva del dilema se arropo y centro su interés sobre Will, recién despierto y listo para la segunda guardia. Charlaron entonces sobre los sucesos de esa noche, manteniendo con suma privacidad los detalles personales, hasta que al fin llegó el turno de cerrar los ojos para darle paso al fin de la noche. Un simple saludo susurrado, con el prístino adorno de su único derecho de nacimiento remanente: su verdadero nombre.

La confusión, adueñándose del momento, rompió la continuidad de la memoria. Inclusive dentro de la confianza existen límites, su pasado hallado detrás de esa línea. Will lo sabía, Dreyri lo sabía. Perdido en la duda, hundió los dedos sobre la tierra, como si de otro de sus rituales se tratara. Ansioso, repasando nuevamente esta última memoria, encontró una inconsistencia propia de un sueño o de la pura imaginación. Sus recuerdos aguardando en la obscuridad parecían demasiado detallados, mientras que el resto era demasiado vago y apresurado. El exabrupto de Will... simplemente no entendía como. Como la introspección que no conduce a nada estaba su cabeza: revuelta e incrédula. Tales estados tienen la rebeldía de comodín. Pasado suficiente tiempo, o frustración, el joven se canso de indagar.

Ninguna pieza oculta llevo a acomodarle el rompecabezas. Simplemente se paró, con dificultad, para continuar.

Sin pensar, sabía de la importancia de entender su posición. Realmente no sabía dónde o como había llegado a ese lugar. Sin ayuda alguna de árboles cercanos advirtió que estaba completamente cubierto de tierra, de pies a cabeza. Pensando en que bien le caería un baño sobre la orilla de un arroyo, dio cuenta de la angustiada sed que comenzaba a atosigarlo. Dreiry no era precisamente un aficionado a las sorpresas y esta mañana estaba plagada de ellas. Haciendo oídos sordos a las preguntas que rondaban su mente se adentró en el bosquecillo en busca de una fuente de agua. Sin caminos ni llanos convenientes, pero tampoco tan tupido ni gigante como para prohibir el paso. Roca y musgo por aquí y allá, junto con unos providenciales frutos secos que el muchacho supo recolectar. A medida que avanzaba, a pesar del constante canto de los pájaros, tenía la impresión que el follaje escondía un secreto casi escandaloso, tan directo como imperceptible. Es como si toda la zona estuviera estática pensó. Sin embargo, no eran más que sensaciones que arrojaba el aire de aquel día y el joven solo quería agua.

Así paso todo el día, caminando en busca de una fuente de agua que nunca encontró. Caída la noche, decidió descansar sobre una zona en donde el pasto se extendía más regularmente que el general del bosque. Una vez más, solo y acorralado en la noche, no podía pensar en otra cosa que fuera un sorbo de agua. Inclusive en toda su carrera como caravanero nunca había estado en una situación similar. Sin embargo, su experiencia no podía ser desechada. Agobiado y disminuido se quitó las botas y la túnica, desenvaino su cuchillo y corto sus ropas de forma tal de conseguir el pedazo más extenso de tela como le fuera posible. Mientras seccionaba pertinentemente la corta túnica, puso atención al sonido que la hipnótica hoja extraía de esta nueva víctima. Un torrente de imágenes paso entonces por delante de sus ojos, trayendo a flote colores y sonidos apagados por el fulminante cuchillo. Pero como antes, ignora la pequeña reminiscencia que su memoria otorgo poco oportunamente y coloco la recién obtenía tela sobre el pasto, desplomándose a un costado. Sin más luz que el firmamento, sin más protección que los árboles y sin más cordura que un cacho de metal feroz pudo sentir nuevamente la atrapante quietud que el bosque proyectaba. Esta misteriosa impresión le resultaba familiar... pero sus ojos se cerraron antes de que pudiera sentirse realmente cómodo.

“Arena y más arena, todo el horizonte de amarillo. Perdido, estoy en el desierto, pero el desierto no está. A lo lejos se escuchan las olas del mar chocando contra quien sabe qué, pero cada una que rompe parece hacer ceder al desierto. Pero eso no me importa, no estoy ahora acá por eso. A decir verdad no sé el por qué, pero seguro que si sigo adelante voy a encontrar algo que me tranquilice. El ruido se enfurece donde quiera que pise, pareciera como si hubiera sido incluido en la disputa. Yo. No es que me importe, pero la contienda parece desigual, este desierto es tan grande...”

Dreyri se volteo algunas veces durante su descanso. Sus ojos entrecerrados no captaban luz alguna. Sin embargo, percibía una claridad desconcertante.

“Un campamento adelante, en el medio del desierto, donde el mar no se acerca. Entre formas y colores que no reconozco esta Will, sentado en un taburete fumando. Por dios que bueno es verlo, una cara amiga en este páramo”

Intranquilo giro unas veces más y pudo abrazar el reparador sueño una vez más, a pesar de que se estaba secando por dentro.

“Hablamos y hablamos, aunque se siente como si recién hubiera llegado, como algo que no es algo. Con esa duda estoy desde que recuerdo en este desierto y le pregunte qué era eso. Y me respondió:

-Estas donde estas, pero ¿Es acá donde querrías estar? ¿Y con quien estas, con la arena o con el agua?"

Ya estaba entrado el día cuando el muchacho recobro la conciencia en el extraño bosquecillo. Los árboles se encargaban de retener gran parte de la luz, aunque para él era demasiado. Se sentó sobre la hierba a pesar del desfallecimiento generalizado, mientras daba cuenta de la importante jaqueca que lo aquejaba. Estaba mal y sabía por qué. No había probado líquido alguno en todo un día, pero su suerte estaba a punto de cambiar. Impacientemente, detecto que la tela colocada por la noche sobre el pasto había absorbido una buena cantidad del rocío. A pesar del vértigo al moverse se arrimó, lenta pero obstinadamente, hasta agarrar el ahora trapo húmedo. Al escurrirlo sobre su boca sintió el alivio que buscaba desde que se separó de la caravana... o al menos parte de él. Desde ya que el agua no basto para saciar la sed, pero era suficiente para poder continuar su búsqueda un día más. Antes de retomar la exploración descansó unos largos minutos, colocando la tela húmeda sobre su torso y sus dedos hundidos sobre la tierra. Una costumbre que parecía seguirlo en situaciones de pura supervivencia.

A duras penas listo, se puso de pie y camino con esperanza renacida; pero cansado... tanto como quien llevara la carga de cientos a sus espaldas. Iba cabizbajo para evitar la molesta luminosidad, utilizando los árboles como soporte de su precaria coordinación motora. Lento, pero avanzaba. Apenas pasado el mediodía comenzó a notar poco a poco a la tierra más húmeda y blanda, como si fuera apta para la cosecha, aunque su instinto una vez más le advertía sobre el truco que el bosque jugaba con sus invitados. Sin embargo, mientras comía de los frutos de ayer, escucho en la lejanía murmullos que ofrecían esperanza. Un caudal. Desviando su ruta, guiado por ese sonido cada vez más fuerte y real, diviso en las cercanías un arroyo que corría cuesta abajo desde una diminuta colina. Como si se tratara de una carrera corrió hacia el agua y zambullo su cabeza completamente, solo para recibir tremendo golpe del impacto, pues la profundidad del diminuto canal era casi inexistente. Rápido en recuperarse y un poco más sensato, bebió hasta que la sed en su interior depuso y la luz del día dejo de ser un problema.

Con la panza hinchada se hecho al lado del regato mientras se regocijaba de poder regocijarse. Había estado demasiado cerca esta sorpresiva aventurita, pero ahora tenía con que defenderse de los peligros de la vida en solitario. Durante un tiempo observo la rocosa colinita de pendiente desafiante, el canal de agua parecía crecer conforme la loma alcanzaba su tope. Agua o no, desde arriba tendría un mejor campo de visión. Así pues, con sumo cuidado, fue lentamente, peldaño por peldaño hasta llegar a la cima. Una explanada tan grande como una taberna se extendía al final de la colina, de terreno fundido entre tierra fértil y piedra. El regato se transformó en un pequeño arroyo ahí arriba, desembocando no tan lejos en una especie de estanque. Sin titubear bajo la colinita en dirección al nuevo hallazgo, más o menos al mismo tiempo en que el sol tocaba su punto más alto en el cielo. Siguió el canal por unos cuantos minutos hasta toparse con el divisado estanque, junto a otro pequeño claro. El agua yacía tranquila, como esperando por visitantes que atrapar. En una rápida inspección el claro no presentaba diferencia a las zonas ya recorridas, exceptuando un incremento en la espesura rodeándolo. Una miradita aquí y allá fue suficiente para desestimar amenaza alguna. Con eso en mente, dejo sus todas sus pertenencias a un costado y se dispuso a tomar un baño.

El agua, oscura y fría, le llegaba hasta la mitad del pecho. Por suerte la piedra que conformaba el fondo del estanque carecía de grandes irregularidades. Curiosamente mientras limpiaba uno de sus brazos, el agua reflejo una versión un tanto opaca de su rostro. Quien supiera hace cuanto tiempo no se contemplaba de forma sincera. Aun magullado por su intrépida juventud, su semblante se mantenía terso y negro. Su larga cabellera, generalmente enmarañada, daba paso a una mínima barba de apenas algunos días que en situaciones normales sabia afeitar con rapidez. Sus ojos ámbar allanaban el camino para su fulminante mirada, ahora contemplada por su propia sombría resonancia.

Tan profunda era la convicción que brotaba desde la oscura superficie como ineludible, cada instante lo acercaba más a su verdad. Naturalmente, no estaba cómodo con esta revelación, pero tampoco se resistió.

Tan abrumadora era la lóbreguez que dejó de ver, de oír, de sentir... Árboles, roca, agua... todo su entorno removido como quien se encarga de la mala hierba. Sin embargo, como lo demuestra una balanza, no hay mal que por bien no venga. Poderosas y consistentes como siempre las estrellabas se alzaban en la lejanía. Un grupo en particular le pareció atractivo en demasía, en forma de caballo corriendo sin fin por el cosmos. Involuntariamente, comenzó a caminar bajo la guía de esa constelación y encontró unas luces. Más precisamente unos fuegos que intentaban romper la reinante resonancia que nunca se detiene. Sabía perfectamente que no era su lugar, pero nada podía hacer. Simplemente no era su elección. En breve, sus camaradas y el convoy se hicieron visibles entre la luz del fogón. Unas palabras de poder rompieron repentinamente el silencio de la noche. Asaltado por esa orden el fuego del campamento se esfumó. No más luz, camaradería ni regreso. La voz sonó suficientemente cerca para apreciar su peligro y el joven instantáneamente se puso a cubrirlo.

-Mago...- murmuró mientras apretaba los dientes.

Su mano hábil se deslizó con cuidado hasta su cinto, agarrando su cuchillo con firmeza. Las circunstancias que hubieran puesto al manifestador en su camino le eran desconocidas, pero tenía que poder sobrepasar la terrible voluntad del hacedor de realidades... y rápido. Desde la caravana se escuchaban leves señales de alarma de algunos guardias, cuyos temples cedían ansiosos frente a la confusión.

Sin entender exactamente dónde estaba el mago permaneció indeciso y dubitativo, pero no permitió que esto mermara el sentimiento violento que tenía que conducirlo a través de ese gran obstáculo. Otra vez el campamento se hacía sentir, Will estaba preparando a sus hombres para una defensa. Uno que comanda todo lo que es contra unos tontos que blanden frenéticamente su instrumento a ojos entrecerrados, el fin de la esperanza. Pasos y pasos abandonaron la clandestinidad, acercándose de forma prudencial intentando flanquear al convoy. No había forma de determinar cuántos, ni tampoco como. El muchacho no podía simplemente abandonar y confiar en que su buen amigo Will solucione las cosas. Sabía perfectamente que el mismo Will no lo haría, sino que esperaría por el espectáculo poco ortodoxo que el joven brindaba de tanto en tanto. ¿Pero qué hacer, y cómo? Del otro lado el mencionado capitán de la guardia terminaba, con una orden concisa y firme, de agrupar a los combatientes. En respuesta el manifestador dejó escuchar una risilla intransigente y nuevas órdenes hacia la realidad fluyeron desde él, demostrando la conexión innata que había entre las partes de ese místico contrato...

-Heed...- todas sus dudas se transformaron en desesperación, el enemigo se movía de nuevo...

-my...- ninguna solución se le venía a la cabeza...

-words...- instintivamente desenfundó su cuchillo y se preparó para el asalto...

-lord...- irónicamente la claridad lo invadió y dio un paso fuerte en dirección hacia el sonido, en contra del camino del hombre...

-fire... un paso intenso seguido por otro que lo propulsó con un salto hacia la oscuridad de la amenaza creciente...

-a....-

Sintió el contacto de otro cuerpo junto con un quejido al final de la intrépida travesía, habiendo aterrizado sobre esta nueva figura. Un cuerpo voluminoso, seguramente exceptuado de las penurias del necesitado, andando de forma privilegiada por el camino temerario. Su propio cuerpo se vio súbitamente invadido por el calor que despertaba el rechazo y la ira que este individuo le causaba. Ya no importaba quien era en realidad esta persona, mago o no, la marca del demonio caería sobre él. Una por aquello perdido e irremplazable, dos por el camino maldito y tres por el dulce éxtasis del último halito. Tres puñaladas, a la par de agónicos gritos menguantes, le pusieron color finalmente a esa noche traicionera. Sangre por doquier, su tacto completamente impregnado por el fluido carmesí. Y Dreyri se regocijó. Era una actitud racional más que primal. Sin embargo, por un instante, no era el bastardo muerto a sus manos sino la sangre derramada sobre la tierra. En ese brevísimo tiempo el vacío creció dentro suyo, una victoria invisible de su propia maldición.

Este momento de triunfo duro hasta que, unos segundos después, y completamente desde la nada, el joven fue golpeado en sus costillas y salió disparado hacia un lado del cuerpo recientemente mancillado. Dio un par de vueltas hasta que alcanzó a mantener el balance, pero no pudo ver a su atacante. Casi instantáneamente, una flecha certera impactó de lleno en uno de sus muslos, mientras que otra paso rozando su oreja. El dolor no le era ajeno ni nuevo y su experiencia le instaba a no mostrar debilidad. Así pues, apretó fuertemente los dientes para ocultar su aflicción. No solo estaba claro que sus enemigos podían verlo entre las sombras, sino que otra vez escuchó las pisadas. Pero ahora acercándose hacia su posición velozmente. No hay más tiempo para pensar, ninguna táctica reveladora iba a aparecer y en el fragor del combate la clave es la capacidad de supervivencia.

“Es simple: si vives más que tu rival ganas, ¿no?” sabiduría de Will en estado puro.

Giro entonces sobre su espalda y se echó a correr, imitando al caballo estelar que lo había conducido a esta emboscada. A cada pie que recorría, la flecha en su pierna se hundía profundamente y su velocidad mermaba conforme a la herida crecía. Esta era la balanza de la vida y la muerte, una vieja despiadada con la tendencia de borrar las lágrimas del rostro del joven. Las flechas volaban alrededor de Dreyri, mientras que el ritmo grotesco y poco ágil de su huida permitió a uno de sus perseguidores asestar un golpe. Sin mayor técnica pero con mucha fortuna, el talón de la escurridiza presa alcanzado. Violentamente, esa carrera por su propia vida chocó una y otra vez con el suelo, que no es más que un límite sobre la realidad. Cuando finalmente se detuvo, con al menos unas costillas rotas más, su resistencia llegó al punto límite para evitar que su conciencia escapase. Sin embargo, a punto de desfallecer, supo que los suyos venían a por él. El combate parecía haber migrado hacia su compañía, o al menos esa noticia traía el viento. Esa particular ráfaga veraniega vino acompañada por una voz intranquila y peligrosamente cercana que, apresuradamente, dio vida a más términos foráneos. La presencia de su amigo y capitán, cada vez más aleadaña, le dio las fuerzas para reincorporarse e intentar reagruparse con los guardias. Continuar huyendo en su condición era una sentencia de muerte. De pie a duras penas, se apresuró al encuentro de los demás guardias. Pero en el camino todo acabó.

Al son de un estruendo devastador, una fuerza invisible golpeó su pecho tan implacablemente como un trueno y lo derribó. Un intenso ardor lo invadió mientras, recostado sobre un charco de su propia sangre, un zumbido incesante retumbaba en sus tímpanos. Ya no percibía sus extremidades y su conciencia viajaba a través del dolor, repartiéndose entre todo y efectivamente diluyéndose en el entumecimiento. La sangre era lo único que permanecía fuerte, esparcida por todo el llano. Había sido el combustible de su vida. En esos momentos de necesidad, experimentó la traición y el abandono acumulados a lo largo de los años en el nombre de la sangre. Tirado en el suelo, como el mago maldecido hacía ya quizás una eternidad, se dio cuenta que estaba siendo arrastrado. La figura que lo transportaba parecía extenderse hacia el cielo y lo sujetaba con fuerza de una muñeca.

El camino se volvió más tormentoso y áspero, hasta que la figura lo levanto y lo cargo sobre sus hombros. Parecía estar corriendo, pero ¿que importaba ya?... Sin embargo, en su último acto de lucidez, el joven pudo ponerle un nombre a su parca. Para ser exacto, unas cualidades prominentes en su rostro se denotaban cuando el corredor giraba su cabeza para escudriñar su retaguardia. Una gran nariz y una barba de chivo, pero por sobre todo, una mirada que marca y quema todo con que se encuentra. Al encontrar una victoria en la derrota Dreyri creo entender y sonrió. El que quema con la mirada se detuvo dejando caer al joven al suelo. La luz de luna, esquivando la nocturnidad, ilumino en el momento exacto en que su ejecutor puso sus manos sobre él y lo arrojó como saco de paja. Pero lo extraño fue que nunca toco el piso, simplemente siguió descendiendo. Durante la caída, contemplo inadvertidamente a la **madre Gyd** y el remordimiento lo arremetió en esos últimos segundos de vida.

“Debí haber sido mejor... pude haber sido mejor...” la caída libre continuo y solo la dama de blanco, que guía a los desamparados en tiempos oscuros, supo que fue de él.

Recordar morir no es algo que pase sin turbulencias, sin embargo el agua del estanque había permanecido inmóvil ante la supuesta reminiscencia. Este recuerdo poseía una complejidad que sus antecesores obviaron, una sensación consiente del pasado. La intensidad y el arrepentimiento lucieron genuinos, pero el muchacho no era alguien que acepte una verdad servida en bandeja. No sin discriminar su contenido. Ese pozo que jugaba de inocente seguramente tenía un papel detrás del trance cuasi hipnótico, por ende, era mejor abandonar su placentero contacto. Además, el sol comenzaba a caer y resultaba más productivo aprovechar la luz restante en tareas más productivas.

Empapado, salió del estanque e hizo lo que pudo para secarse con las hojas de los arbustos cercanos. El contacto con las hojas evoco el sentimiento que le proyectaba este bosque. Esta vez la inseguridad lo rodeaba. O quizás tenía demasiadas cosas en su cabeza y todo este bosque no era más que una treta, cuya mascara no caería hasta que el joven explotara. Demasiadas preguntas para tan pocas respuestas. En ese caso ¿qué sentido tiene continuar preguntando? No perdió más el tiempo, se vistió y marchó hacia la pequeña loma que atravesó tiempo antes.

Allí se dedicó a recolectar madera para improvisar un refugio. Suerte para él, el espesor de los árboles de la zona no era tan grande. Espada en mano e inmerso en una carrera contra el tiempo talo una veintena de árboles con relativa facilidad, aunque a costa de la integridad de su arma. Para cuando el ocaso ya agraciaba la tierra con su presencia Dreyri se encontraba tallando puntas, similares a las de una lanza, con los troncos recolectados. Más dificultoso le resulto puesto que este trabajo requería de mayor precisión y mejores instrumentos. La espada demasiado grande y el cuchillo fiel pero poco efectivo a la hora de tallar. Cuando el sol grácilmente invitaba a la luna al magnífico salón de baile llamado cosmos, el muchacho se preparaba para la siempre curiosa ocasión. Arrimo la madera obtenida hasta la base de la loma y fue enterrando los troncos uno a uno sobre la tierra húmeda, para luego reclinarlos contra la ladera. Finalmente coloco los harapos restantes de su toga dentro de la nueva cavidad, cubriendo la tierra solo para su propia comodidad. Y al cabo de unas horas de trabajo, bajo sol y sombra, consiguió su propia choza. Precaria pero funcional para con el entorno. Ahora solo restaba ir por un trago de agua y luego al lecho para cerrar el telón, al menos por hoy.

Quién diría que después de un día tan agotador sus ojos permanecerían abiertos y expectantes como los de una lechuza. Cambios de posición en vano y una seguidilla de bostezos incompletos arruinaban el adormecimiento. Quizás era el dolor latente, quizás la no tan blanda tierra... o quizás ninguna de estas nimiedades lo inquietaba tanto como su propia memoria. Tan vivida y desconcertante se paseó la secuencia por sus sentidos. Recordar morir puede no ser malo como reconocer que las decisiones de una vida fueron erróneas.

El conflicto se focalizaba directamente sobre esa última reflexión. Incredulidad o necedad, su lógica mostro piedad, encontrando un culpable sin mayores pruebas: el mago mancillado. Mas sentido hacia que hubiera sido víctima de alguna clase de conjura mística, aunque el inagotable poder del miedo estaba echando raíces en su ser. En esa noche problemática sus pensamientos circundaron alrededor de esas raíces, pero nunca se atrevieron a contemplarlas por lo que eran...

Atrevida, la luz del amanecer se coló dentro del refugio para dar los buenos días, mientras Dreyri se refregaba los ojos y se ponía perezosamente de pie. Fue a por un poco de agua al canal cercano y aprovecho para desayunar de sus últimos frutos junto al agua. Era menester que continuara con la exploración cuanto antes, pero antes necesitaba recolectar más frutos secos. En pleno planeamiento del día, unos largos gritos provenientes de la choza quebraron la paz en la base de la loma. Parecían palabras en alguna clase de dialecto de latín. El muchacho abandono rápidamente la comodidad matutina y se escondió detrás de la arboleda más cercana.

-¡Salve! ¡Salve! ¡Heus! Amice, ¿Ubi est?-

El latín era una de sus torturas cotidianas. Tanto viajaba por la **costa latina** pero tan poco del leguaje regional dominaba. La voz, de tono cálido, pertenecía indudablemente a un hombre que al parecer se identificaba como amigo, según Dreyri entendió. Herido y perdido si la mano caritativa se extiende no se ha de rechazar, pero tan bellas como se hacían notar todas las rosas disimulaban con ofuscada gracia sus traicioneras espinas.

-¡Amice, ¿hic es?!- sonó fuertemente una vez mas la voz.

Las intenciones del intruso no terminaban de encajar ¿Amigo o enemigo? ¿O es que acaso importa en esta situación? Se puso de pie y fue al encuentro del extraño.

-¡Aquí!- grito el Dreyri, llamando al sujeto a su encuentro.

Al cabo de unos segundos un elfo caminaba de forma alegre y despreocupada hacia él. Mas bien bajito para los suyos y de rostro estilizado cual ninfa. Su larga cabellera enrulada coloreada pelirroja se extendía hasta la altura de los omoplatos, dando paso a un cuerpo delgado pero atlético. El ver que entre sus simples ropas no cargaba arma alguna aliviano la preocupación del joven. Frente a frente extendieron saludos, el elfo en particular exhibiendo una cortesía demasiado vaga y poco común entre los de su estirpe.

- Salve- dijo el elfo, ante un joven que parecía confundido y luchaba para entender cada palabra proveniente del extraño.

- Loqu ere tar... di us- trabado entre las silabas, el joven intento pedir que hable más despacio.

-Erit quod... ¿N o n l o q u a r i s l a t i n?-

Al no recibir una respuesta el elfo tomo una pausa. Tan lento y básico como pudo, volvió a preguntar:

-I n t e l l i g i s m e? -

Haciendo uso de algunos gestos, el muchacho dejo en claro que el idioma no le sentaba muy bien. Entre señas y palabras concisas, entendió que este hombre había sido el responsable por la sutura de sus heridas y que esperaba poder continuar con el trabajo. De forma inesperada la presencia de este hombre le generaba confianza, era algo empático, similar al sentimiento oscuro que el bosque proyectaba, pero completamente inverso. Como los platos de una balanza. Un poco dubitativo, se recostó para recibir el tratamiento. A continuación, el elfo saco una aguja con hilo de un bolsillo de su ropaje y un pequeño frasco lleno con lo que parecía ser sabia. El improvisado doctor pasó gran parte de esa mañana cambiando hilos y cerrando suturas que, a causa del forzado viaje del joven, estaban cerca de abrirse. El proceso fue en general indoloro, pero estuvo lejos de ser eficiente.

Los materiales que consigo llevaba no alcanzaron para una completa atención, por eso fue que al retirarse el elfo le pidió que guarde reposo, o al menos eso fue lo que llego a entender.

El bosque, el estanque, el elfo, sus propios recuerdos. Nada tenía sentido y sin embargo las suturas necesitaban tiempo para cerrarse. O quizás también se unirían al absurdo sin fin que protagonizaba por esos días. Historias como esta había oído en las tabernas de paso durante noches de jolgorio y profundas borracheras. Una persona arrancada de su buen juicio y expuesta a las atrocidades producidas por el ego de una “voluntad primordial”, uno de los tantos sobrenombres para magos. Desde castigos hasta experimentos, de criminales desconectados de su sentido del tacto a viajeros atrapados en el infinito laberinto de su propia mente. Ilusiones diseñadas como pesadillas vivientes. Por eso el joven detestaba a los manifestadores y sus artilugios. Aterrorizado estaba, como final anunciado, que hubiere sido atrapado en esas cuatro paredes invisibles. ¿Por qué recordaría asesinar a un manifestador sino? ¿Cómo pudo alguien como él cortar la conexión entre dios y uno de sus elegidos? La respuesta era fácil. No lo hizo porque le era imposible. Como en el pasado estaban jugando con el... pero el daño irreversible no podía atacar otra vez su corazón.

En reflexión y desconfianza paso varias semanas mientras sus heridas sanaban. De tanto en tanto el elfo lo visitaba para revisar su evolución y conversar un rato, aunque fuera a duras penas. Extrañamente el enanito cada vez le caía mejor. Su nombre era Odd’an y visitaba la región en busca de algo que le fue robado. Era uno de esos casos de personalidad abrumadora, como un capitán de leyenda, con la grandísima excepción de que su presencia avanzaba de forma tan paulatina que en vez de aplastar conducía gentilmente. Como un amigo de toda la vida poniendo el pecho, el hombro, el oído o lo que sea con tal de ayudar... la clase persona que expone la otra mejilla con tal de ayudar a entender. En definitiva un gran tipo, o quizás no tanto.

Un mes paso hasta el día en que Odd’an retiraría los definitivamente los hilos de las suturas y daría por finalizado el tratamiento. Aquella mañana se presentó como siempre, alegre y dispuesto, pero un pequeño detalle sobresalto al joven: llevaba una espada larga en el cinto. Cautelosamente manoteo por debajo del trapo que quedaba de su ropa hasta alcanzar el mango de su cuchillo, manteniéndose expectante mientras observaba con cuidado cada paso que el elfo tomaba. Había sido relativamente un buen mes, el reposo y la reflexión habían surgido efecto y la paranoia no lo tocaba tan de cerca. Si bien estaba seguro de que era preso de un conjuro mágico, tomo la determinación de dejarse llevar por la corriente e intentar cambiar la naturaleza del castigo a una diferente. A una más relajada. Pero el destino contraatacaba al parecer.

-¿Mala sentis?- pregunto el elfo al acercarse hacia la choza.

-¿Gladius?- pregunto rápidamente Dreiry.

-¿Tune es molestus?? Putabam te pugnare consuevisse- respondió el elfo, colocando una mano en el pomo de su espada.

El joven no entiendo nada, excepto una palabra: luchar. Malas noticias con la peor de las predisposiciones. De reflejo manoteo su cuchillo por debajo de la tela de su choza, preparado ante cualquier movimiento del señor de la espada.

-Cogitavi parum exercere potuimus, sed eam in aliam occasionem relinquere possumus- replico el bajo elfo mientras tomaba asiento en un árbol cercano -Vide, ego relinquam gladium in area. Bene, mox sutura tunc-

-Euge- respondió Dreyri, mientras el elfo dejaba la espada posada sobre un árbol.

La larga frase, casi indescifrable para el joven, no supo decir tanto como la rendición del arma. Por ende, soltó la empuñadura del cuchillo y cauto se recostó esperando el tratamiento. Punto tras punto fue retirando con certeza, pero la atención del elfo estaba en el combate. Durante la curación parlotaba, a una velocidad desconcertante para el joven, tanto como si estuviera emocionado. Como veneno, o un principio de camaradería, la intriga comenzó a invadir al recuperado hombre moreno. De aquel buen tipo emanaba una pasión incompatible con el espíritu superviviente que lo conducía durante la batalla. Era una actitud limpia de orgullo o terquedad, como si verdaderamente le alegrara poder batirse a duelo. Entre la reprimenda del camino ajeno y la negativa a dar marcha atrás en el propio, el joven cayó presa del carisma de su doctor. Ambos se encontraron cara a cara, diez minutos después. Un simple acuerdo, a puño limpio.

Cauto como era, el joven se dedicó a escrudiñar a su oponente, que a su vez le restaba importancia en pos de elongar. Castigar rápidamente la obvia ingenuidad o mostrar caballerosidad y permitir a su contrincante iniciar la refriega. La elección fue fácil, satisfacer el ego de la personilla que cuida de él en vez de sucumbir al instinto. Cerró sus puños en señal de buena voluntad, concediendo el primer movimiento.

-¿Paratus es?- pregunto el pelirrojo y sin esperar respuesta cargo contra él.

Joven pero curtido, Dreyri sabía que con un cuerpo poco fornido el intercambio de fuerza le sería inútil. Poca distancia y fuerza... ¿Cómo es que alguien con esa fisiología elige destruirse contra un muro? La respuesta, como en muchas otras ocasiones, llevo a él sin velos ni misterios. Uno no elige, sino que se ve conducido por la desesperación en situaciones adversas. Sin embargo, este rival no parece estar nervioso ni falto de experiencia. Muy por el contrario, a cada paso que daba su confianza crecía. Una finta divisó, prediciendo con increíble claridad el lugar y momento en que debía reaccionar. Un simple puñetazo a tiempo para marcar su alcance superior y el intrépido Odd'an no tendría opción más que arquear su cuerpo y esquivar, generando una grieta en su defensa que aprovecharía con un rodillazo. Automáticamente y sin duda ejecuto la maniobra al momento que el pelirrojo estaba por entrar dentro de su rango. Efectivamente la respuesta fue la esperada. Más danzarín que guerrero se deslizo por el diminuto espacio en el que el joven había preparado su emboscada. Con vital sincronía, un minúsculo movimiento en su talón evito que su cara quede estampada contra la dispuesta rodilla del muchacho. Lejos de ser una simple respuesta, sino más bien una cadena planificada, otro pequeño movimiento siguió para invadir la defensa del muchacho. La ventaja transformada en debilidad, lección en realidad. Demostrando una temible agilidad, el guerrero danzante no perdió su oportunidad y se elevó ferozmente hacia su objetivo. Amenazante y repentino como ola de mar turbio, impacto el mentón del joven con su cabeza y lo derribo, derrotándolo completamente.

Una tras otro de fueron sucediendo las peleías ese día, normalmente con un resultado similar. Gane o pierda, el sonriente buscapleitos siempre demostraba una especie de genialidad táctica o reacción inesperada. Entre la perplejidad y la fascinación cayó la noche, con ella una improvisada cena justo antes de que Odd'an partiera. El fogón que atiende a las necesidades del cuerpo propulso a Dreyri a reflexionar. La superioridad del elfo se alimentaba directamente de una determinación, que no parecía tener objetivo alguno. Nunca en su vida había conocido alguien cuya actitud de batalla sea igual a la de un exiliado regresando a su tierra. Pero no se trataba de masoquismo o fijación alguna. Esa felicidad y realización eran, hasta donde él entendía, verdaderas. Recibía con los brazos abiertos al oscuro espectro que los hombres llaman guerra. Su convicción, como torbellino arrasador, lo envolvía una y otra vez hasta devolverlo al mundo completamente diferente. Al conocer a Will, Dreyri había sentido una sensación similar... aunque opuesta. Una persona única que mostraba un camino para recorrer. En aquella ocasión fue la necesidad la que eligió por él, pero ahora era la chance la que lo había puesto en la encrucijada moral en la que se encontraba. Su propia creencia lo encarrilaba.

Simplemente no podía darle la espalda a la sangre derramada, pero eso no le impedía observar a aquella nueva ética paralela.

Las horas pasaron y se hicieron días, los días se sucedieron unos tras otro hasta convertirse en semanas, aunque el muchacho daba nula importancia al tiempo. Vagando por aquí y por allá, se dedicó a explorar la tierra en donde ahora le tocaba vivir. Terreno desnivelado y bosquecillos era en general lo que predominaba en la zona. Roca y tierra fértil, acompañadas por estrechos canales de agua, se complementaban entre sí para formar la topografía local. Siguiendo el curso del agua se topó, a dos días de camino, con una vista inesperada. Ante él yacía un acantilado en donde los regates desembocaban y el yo se perdía en el horizonte. Fantasmalmente calmo permanecía el mar bajo la línea costera, extendiéndose lo suficiente como para emular al cielo. Pero algo no cerraba. Había dado con el despeñadero dirigiéndose hacia el oeste y sus recuerdos con la caravana lo situaban por última vez en la **costa latina**, en el extremo este del **Yelmo**. Extrañado, medito sobre el asunto unos momentos mientras hundía sus dedos en la tierra. Habiéndose hecho la misma pregunta casi todas las noches siempre llegaba a la misma conclusión, muerto o encerrado en el laberinto de un bastardo cobarde. Sin embargo, este nuevo descubrimiento aportó una pieza más a un misterio que ya no tenía intenciones reales de resolver. Solo unas de las líneas costeras de las que conocía daban a un mar tan literalmente frío y muerto, cualquiera de las islas del **archipiélago de Friggs**. Pero si fueren verdaderamente alguna de esas islas se debería dejar ver la forma de la costa latina, lejos en el horizonte, estimo el joven. Prisión, isla, muerte; cualquiera le parecía lo suficientemente atrapante como para que prefiriera regresar hacia la zona que le era más familiar... o mejor dicho a frecuentar a Odd'an más seguido.

Peleas, pláticas y bellotas. Eso eran los días para los dos perdidos. De recolectar frutos y agua, a discutir sobre sus constantes bregas. Habiendo mejorado un poco su vocabulario, Dreyri intentaba mantener conversaciones puntuales sobre las diferentes maniobras que padecía. En especial las cuales en donde la adaptabilidad era el punto de inflexión. Aunque su rival no ofrecía respuestas demasiado clarificadoras. En sus propias palabras, el elfo siempre decía que se dejaba llevar. Obviamente había más que eso. Experiencia, templanza y confianza. Pero principalmente una técnica dedicada a la espada y no al puño. Sin embargo, esa era una faceta que no estaba dispuesto a revelar en carne propia.

Todo el tiempo compartido comenzó a resaltar cosas por fuera de las pasiones del pelirrojo. De obvia personalidad relajada, pero con un extraño hincapié en el respeto. Desconectado de los acontecimientos actuales, casi como riéndose del presente. Una conexión real con el pasado, presente en su aparente fluidez en las historias y el lenguaje de antes. Ese que hoy día llaman divino o antiguo, suficientemente muerto como para que los grandes señores compitan entre sí por meros fragmentos. De padre a hijo decía, respondiendo a las inquietudes del proceder de su conocimiento. El joven notaba un hilo de frustración y hasta irritación interna en su ahora amigo, cuando las preguntas se tornaban demasiado personales o puntuales. Aunque, nada que una peleíta no pudiera solucionar.

Así eran los días, puñetazos finos de día y contemplación de noche...

“Garras clavadas en la tierra y un olfato al que no se le escapa nada. Soy un lobo, un demonio. Pero el miedo en este lugar no es nada. Este bosque es tan desesperante como una tela de araña, no te das cuenta hasta que ya es muy tarde. Odd’an, allá adelante en un claro, es más de lo mismo. Baila en círculos una y otra vez, siempre igual, pero no se da cuenta. A mi lado, otro lobo me mira fijamente con ojos grandes y opacos, como el agua de este maldito lugar. Nos miramos, nos sentimos, ambos sabemos. El momento es tan natural que no tiene sentido. Pero, así como vino, pego la vuelta y comenzó a caminar hacia Odd’an con cierto resguardo. Yo no entiendo, pero al intentar seguirlo me doy cuenta de que desde mi propia sombra surge otro lobo. Mucho más feroz y decidido. Apenas si me nota, va siguiendo desde atrás al primero. Se me erizan los pelos violentamente, no puedo hablar ni casi moverme. Odd’an no reacciona y los lobos listos para algo que no quiero imaginar. Cadenas... por doquier. Se acercan, el ruido las delata, con ellas algo malo viene. Grande”

Una luz descendiendo desde las mismísimas estrellas iluminaba un sector del bosque, aquella noche en la que Dreyri despertó aquejado por un sueño inquietante. Apenas se puso pie para ir a buscar un sorbo de agua escucho los primeros ruidos. Inconfundibles choques de espadas que provenían desde donde emanaba el intenso destello en medio de la noche. Su temple acudió a él en un instante, no había nada que pensar. Cogió su cinto y espada, arremetiendo a toda velocidad entre las sombras, hacia el ineludible fulgor.

La obscuridad no le molestaba y moverse entre el terreno era un juego de niños para él a estas alturas. El blanco no estaba muy lejos, a lo sumo unos breves minutos desde su choza. A medida que fue superando las rocas y las raíces con una eficacia asombrosa, fue captando cada vez mejor la batalla vecina. Espada y hechizo al unisonó en el claro donde la muerte esperaba. Las voces de los combatientes le llegaron a la mitad de la carrera. Una delicada y difícil de seguir, y la otra extrañamente agresiva y desafiante. Una completamente desconocida, pero la otra le pertenecía a Odd’an. Los lobos y las cadenas pensó, e intento acelerar el paso al confirmar el mal presagio. El camino se hizo arduo y antinatural, todo el lugar respondía a los llamados de la fina voz. Los árboles fueron acercándose los unos a los otros, cerrándole el camino y las rocas presentaban formas poco amigables para con los viajeros. Pero nada detendría al único y verdadero lobo de ese lugar. En esa pugna contra todo empezó a notar figuras dentro de la luminosidad, que se situaba ahora apenas delante suyo. En las cortes de los altos señores lo hubieran calificado de majestuoso, numerosas formas y colores moviéndose en un sinfín caótico, pero con un sentido que pasaría inadvertido para tales concurrencias. Sangre. El joven podía olerla en el aire. Esa fue su llamada, su única conexión real. Cargo contra la luz y espero poder adaptarse a lo que haya dentro, tal y como el pelirrojo lo hacía constantemente en sus prácticas.

Tan luminoso estaba dentro que le costaba mantener los ojos abiertos. Todos los colores se perdían en la claridad proveniente del firmamento. Corriendo desenfrenadamente hacia los combatientes, no paso mucho tiempo antes de que algo lo tumbara y retuviera en el suelo. Un pie le estaba aplastando el cuello. Desde el suelo, con la presión sobre su torso, pudo distinguir muy básicamente a su opresor. Un hombre de cabellos trenzados vestido en una cota de mallas. La fuerza era precisa, lo suficiente para inmovilizarlo y mantenerlo consciente al mismo tiempo. El muchacho intento utilizar en vano utilizar sus piernas para zafar de la presa, pero era como tener una montaña encima. Nada de lo que hacía parecía importarle. Fue entonces cuando los vio, siguiendo la atención de su opresor. Odd’an arrodillado en el suelo con el arma rendida en su mano, su rival una ninfa más lista para el viaje que para la lucha. Empuñaba una espada larga que estremecía al reposar la mirada sobre ella. La pelea, finalizada, estaba pendiente de su ejecución. La ira y la desesperación afloraron mientras caía más y más bajo la fuerza del cuerpo de su enemigo. El no dejaría al elfo morir, el destruiría a esos cobardes y profanaría sus almas. Pero como aquella tarde otoñal y lluviosa, de hacía ya muchos muchos años, Dreyri estaba perdido en sigo mismo.

-Así que ahora vuestra malévola majestad ni siquiera se digna a terminar sus propios feudos, ¡he!- le gritaba Odd'an desde el suelo a la ninfa con todo lo que le quedaba –Con mi propia espada, ¡¿te atreves a darme muerte con mi propia espada?!

Titubeante, ella quien lleva la espada de Odd'an, se mantuvo indecisa e inmóvil ante el desafío del moribundo.

-¡Los matare, juro que destruiré sus almas!- grito el joven desde el piso, sin saber exactamente qué idioma estaba hablando.

-Calla ya mocoso - dijo el hombre opresor, aumentando la presión de su pierna sobre el cuello del muchacho – Y tú, hazlo de una puta vez. No viajamos medio mundo para que llores-

Al parecer esas últimas palabras infundieron un poco de valor en la ejecutora, ya que ahora se disponía a dar el golpe de gracia. El elfo parecía como en el sueño, ido, resignado; mientras que Dreyri pataleaba y luchaba como podía. No entendía como su amigo se estaba dejando matar ¿Dónde había ido a parar la actitud desafiante de hace unos instantes? ¿Qué demonios era ese lugar? ¿Quién carajo eran esos tipos? Preguntas que no pudo responder a tiempo.

La imponente espada, empuñada a dos manos de forma horizontal, a la altura de los hombros, solo necesito un segundo para alcanzar el corazón del pelirrojo. Todo se detuvo y la claridad creció. Y con ella, llego un mensaje próspero y desgarrador por igual.

-Se que ustedes lo harán muy bien- dijo el viento, mientras todo estaba simplemente blanco...

Capítulo 3

Era de noche en **Weißer hafen** y en una taberna cerca del puerto, un tipo muy pero muy alto, cenaba junto a conocidos. Entre papas, pollo y vino la conversación fluía como el dinero en esa bendita ciudad.

-Entonces le dije: amigo, mejor te consigues un gran cinturón. Porque si así te rebajas por unas monedas el culo te va a quedar dorado- dijo Kandandala, mientras los comensales de turno llenaban una y otra vez sus barrigas-

-Eso no es nada- dijo Karl, jocosamente - ¿Han escuchado la última de Jorgen?-

-Cuenta, cuenta- ansioso, reclamo un hombrecillo al final de la mesa.

-Tranquilo mi buen- burlón, dijo el grasoso hombre, para el regocijo de los demás.

-En fin... se dice que hace algunas noches, un demente se propuso con la puta de Jorgen. Cuando la madama entro en la habitación la chica estaba sobre la cama, ensangrentada a más no poder. El doctor hizo lo que pudo, pero se dice que la muchacha nunca será la misma-

-Pobre Emmeline. Siempre fue la más hermosa de ese antro- dijo Gerrit en voz baja, sentado frente a Kandandala.

-Si si, la muchacha nunca será volverá a ser lo que era...- paro Karl, ante un silencio generalizado.

-¿Pero Karl, que hizo Jorgen?- rompió el silencio el mismo hombrecillo, al final de la mesa.

-A que no te puedes esperar, he Manfred. Para la oreja entonces- pauso brevemente, intentando burdamente crear misterio.

-Cuando el titán se enteró, se dice que acudió al lado de su mujer y estuvo con ella desde el ocaso hasta el amanecer. Me contaron que, furioso como estaba, increpo a todo el burdel hasta que finalmente dio con el nombre del perpetrador. Un hijo de puta llamado Audo- dijo Karl, escupiendo instantes después de pronunciar el nombre.

- ¿Alguno le conoce por aquí? - pregunto Kandandala, aunque la mesa se apresuró a desestimar tal suposición.

-Este no será el mejor lugar de la ciudad, pero aquí somos honrados. A esos bastardos no les permitimos vivir aquí, sino que los linchamos si podemos- respondió Gerrit, con cierto aire corajudo, ganándose el reconocimiento y griterío de sus compas.

-Pero bien. A la siguiente mañana Jorgen pasó a visitar al doctor que trato a su dama, antes de buscar al tal Audo. Dicen que se escucharon los gritos de dolor del pobre médico y después sus manos salieron volando por la ventana. Algunos mendigos vieron al titán escapando ensangrentado, pero la cuestión es que para cuando la guardia llevo el curandero ya estaba finado.

- ¿Y por qué carajo se la agarro con el que trató a la chica? - pregunto Kandandala, un tanto irritado

-Quien sabe, lo que el titán hace nadie lo discute- le respondió el hombrecillo, ese del final de la mesa.

-Oh, ya veo. Si aparece aquí y ahora y te hace su nueva mujer, no le vallas a decir nada ¿Ja? - silencio Kandandala al hombrecillo, convirtiéndolo en la risa de todos por unos instantes.

-No terminó ahí la cosa. Jorgen fue tras Audo esa misma mañana. No me pregunten cómo, pero Jorgen encontró al desquiciado dentro del barrio del conde y lo arrastro hasta los baldíos- paro Karl ante las quejas de sus amigos

- ¡Qué va! Deja de inventar, zapatero fracasado. Seguro que la guardia lo dejo pasar como por su casa, ¿no? - intervinieron los demás comensales.

- ¡Hagan silencio, malandras! que viene el final de la historia- puso el grito en la mesa Karl

-En algún punto de los baldíos el titán le corto el pito a Audo y lo hizo tragarse toda la sangre que perdió hasta que murió- hizo una pausa el zapatero, ante el dolor empático de todos sus amigos.

-Inclusive me contaron que después de eso, no satisfecho, Jorgen descuartizo el cadáver y lo esparció por los baldíos.

Una sensación de espanto quedo en la mesa después de escuchar la última de las hazañas de Jorgen. Inclusive Manfred, que parecía fanatizar al claro lunático, quedo en silencio. Pero a él, poco le importaba dicho titán.

A decir verdad, Kandandala ya había conseguido lo que buscaba en ese lugar, pero disfrutaba de la buena comida en compañía más que la búsqueda de sus propios quehaceres. Ante el aura depresiva que dejo la historia, el alto hombre le hizo señas a un músico cercano para que tocara en su mesa. El ritmo de los tambores aliviano el pesar, para que esos distinguidos caballeros pudieran llenarse en cuerpo y alma y afrontar el siguiente día. Otro fue el ritmo que el escucho, sin embargo. Sus obligaciones tocaban la puerta. Por la tarde, antes de cenar, Karl le había dicho lo que quería escuchar. O parte de ello. El zapatero era amigo suyo desde hace ya una década. Aun separados por la distancia, sus encuentros quedaban marcados gratamente en sus memorias.

No era por él que estaba de visita en la ciudad. Recordaba claramente la mañana en que recibió el mensaje. Recién despertado, un té matutino le daba el calor necesario para soportar el frio clima. Entre sorbo y sorbo apareció en su ventana una solitaria pluma, pujante más allá de su aparente inercia. Algo vivo y resonante dentro de ella, inclusive para el ciego de corazón. Un mensaje. La forma en que el poder habla a través de las grandes distancias. Una, amiga y compañera, capaz de tal milagro: Sinn. Nomas tomar la pluma con su mano, sin titubeo alguno, sintió desesperación y la escucho:

“¿Kan, me oyes Kan? Por favor... que le llegue, que atraviere este abismo... Kan si me escuchas, por favor prepárate. Se está moviendo, está yendo a por la última pieza ¡y esta tan cerca Kan! Pude sentir sus garras... evítalo, el viento te guiara... sigue el oro...”

Al escuchar el mensaje resumió su desayuno en ponderación. En la voz de Sinn escucho miedo, profundo y real. Como la conocía bien, sabía que ella solo temía a perder a su amado. Sin embargo, aterrada como la sentía, ella lucho contra el miedo y fue capaz de entregar el mensaje. Él no podía ser menos. La camarería llamaba, aunque la convicción se mantenía distante. Tomo su exótico espadón Lügenfluch, su talismán y ropas de viaje. Juntó toda la comida y dinero que pudo meter en su gran mochila, para luego agarrar la pluma viajera. Se apresuro a salir de su casa y pronuncio una sola palabra.

-Away- del doene lejos, aunque su acento era notoriamente horrendo.

Esta palabra era un disparador para un conjuro que la misma Sinn había manifestado sobre sus tierras, hacía ya más de una década. Básicamente, ella le había dicho que escondería su dominio mientras él no estuviera. Lo cual le resultaba extremadamente conveniente, pues en esos tiempos Kandandala permanecía más en el camino que en casa.

A primera vista nada había cambiado después de pronunciar la palabra, pero el efecto nunca era instantáneo. Su vieja amiga siempre decía que los grandes magos eran quienes no derrochaban ni pretendían.

“Criterio y discreción” decía.

Aunque él sabía que ese era un discurso que repetía, más que una creencia propia. Y ahora ella estaba quien sabe dónde, sufriendo como nunca en la vida. Sin embargo, le había hecho llegar las herramientas que necesitaba, quizás a coste de su propio salvamento. A través de los años, Sinn y Kan seguían unidos combatiendo al destino. Todo por un ideal básico pero crítico: un futuro mejor. Sin más tiempo que perder, en completo conocimiento de causa, rompió la pluma que tenía en su mano. El viento comenzó a soplar casi instantáneamente, a cada instante más fuerte. Él lo sentía, ya estaba cerca, ya casi.... Los vientos se agitaban, furiosos, cuando una ráfaga vino por él y se lo llevo. Literalmente desterrándolo, exiliándolo de su cuerpo y enviándolo hacia donde las nubes reposan. Una magia de las verdes, las naturales, el don de andar con el viento.

Kandandala era ahora parte de ese vendaval, pero no se sentía nada cómodo... siempre era lo mismo. Las arcadas lo invadían a pesar de ya no tener un estómago. La velocidad le dificultaba percibir sus alrededores, inclusive sin tener ojos. La aplastante presión lo mantenía unido, sin la necesidad de un cuerpo. Su realidad era efectivamente diferente, pero su percepción de la misma se mantenía de una forma más corpórea. Él no era el viento, solo viajaba junto a él. Aun así, su mayor problema era medir el paso del tiempo. Le resultaba imposible sentir, tanto como el viento o como el mismo. Su conciencia vagaba como la ventisca, intermitentemente mostrándole su paradero. Kandandala lo comparaba con la convalecencia: “Se siente como la mierda, como dormitando entre el dolor”. Por lo poco que podía ver, a veces era de noche, a veces de día. Y por lo poco que podía hacer, poco le importaba. Antes de cerrar los ojos, observo el pico de una montaña. Al abrirlos nuevamente pudo ver, con sus propios ojos, la torre blanca. **Weißerturm**. Pero ya no acompañaba al viento, la distorsionada travesía había terminado.

El viento había cesado y el puerto blanco estaba adelante, vestido con el fulgor moribundo del ocaso. Como un bebe, fue redescubriendo lentamente su cuerpo. Sus sentidos primero, sus extremidades después. En esos primeros instantes a duras penas pudo dar algunos pasos sin tropezarse, ni resbalarse con su propio vomito. El céfiro de Sinn era para él una experiencia horrenda, pero aun así necesaria de tanto en cuanto. Sin ningún figón merodeando, rearmó su temple y entro en la ciudad.

Conocía gente aquí. No tanta, pero la adecuada. No lo dudo un segundo y se dirigió rápidamente hacia la zona portuaria, hacia la casa de Karl el zapatero. El hombre estaba sentado en la puerta de su morada junto a su esposa, disfrutando de la tranquilidad del final de otro día bullicioso. Saludos aparte, el muy alto hombre le informo a Karl que necesitaba con urgencia su consejo. Buscaba oro y eso le pregunto a su amigo, una vez se retiraran dentro de la casa. El zapatero, que como todo buen hombre era chusma de alma, le informo sobre unos dichos que corrían en el barrio. Había oro robado al mejor postor, proviniendo directamente del conde. Insistente el rumor, contaba Karl. Por ultimo, y antes de marchar a la taberna, Kan le pido a Karl direcciones por todo el puerto, en especial burdeles y casas de juego.

Llevándose de juerga, ante algún que otro rezongue de su esposa, ambos hombres salieron a celebrar su amistad. Horas más tarde, ya concluida la cena, las historias y el humo de las pipas se extinguían. Los tambores ya cesaban su ritmo cuando Kandandala decidió resumir su actividad, pero antes se despidió de la muchacha y acompañó a Karl hasta su casa.

-¡Hasta el próximo encuentro memorable!- se dijeron mutuamente mientras se despedían.

Con Lügenfluch en la espalda, se adentró en la oscura noche portuaria. No tenía nada que temer realmente de ladrón alguno. Por el contrario, su propia imagen de más de dos metros inspiraba respeto en la gente. De grandes ojos café y largo cabello negro, parecía más un gigante bajito que un humano. Con un rostro que ya mostraba símbolos de madurez, sus pronunciadas nariz y boca estaban acompañadas de una bien arreglada barba de chivo. Vestía ropajes simples pero elegantes: guantes y botas de cuero negro, una camisa blanca con un chaleco rojo encima y unos pantalones negros anchísimos moldeados a partir de túnicas desérticas. Más importante de como lucía, era que caminaba seguro. El primer ratero que se le cruzara conocería la fuerza de sus puños. El segundo, con un poco de suerte, lo pensaría dos veces.

Sin embargo, su problema no radicaba en la delincuencia local, sino en como encontrar el oro. Todavía estaba un poco perdido por su única pista pero, a riesgo de parecer un hombre ingenuo, se dejó guiar por las palabras de Sinn. No sabía como encontrar el oro, pero sí sabía que hacer para que lo encuentre a él. Taberna por taberna y burdel por burdel paso esa medianoche blanca. Asegurándose de dejar bien en claro, en cada establecimiento, que estaba buscando oro. Entre yiro y yiro, en su vuelta trasnochada, no paso mucho tiempo hasta que el pez dorado picara el anzuelo. Fue abordado en un callejón, a la vuelta de la cuarta cantina por la que había pasado. Un encuentro que tuvo tanto de peligroso como de peculiar. Ni él estaba tan ciego ni la noche tan oscura para omitir la femenina figura, seductora y atrapante que aguardaba en la estrecha vía.

-Usted es tan alto como dicen- dijo la dama entre las sombras.

-Apostaría que usted es tan hermosa como los hombres la proclaman-

- ¿Y qué apostaría? - pregunto la figura, osadamente jugando sus cartas.

-Vaciaría mis bolsillos con tal de poder contemplarte- dijo Kandandala, creyendo que barajaba la mano.

-Sí que se ven grandes...-

-Pesados más bien. Esta carga, señora mía, no está hecha para mí. Pero camino y camino y no soy capaz de cambiarlo- dijo el melencólico, aumentando la apuesta.

-Su camino es más bien opaco, alto señor- retruco la figura en la obscuridad.

-Así son los senderos nocturnos. ¿Sera acaso que usted conoce uno más... brillante? -

- ¿No lo nota? - pregunto la señora ofuscada, desafiante.

-Ciertamente, esas sombras tuyas relucen-

-- ¿Confía usted en las promesas de la noche? - pregunto, pausando, la dama -Sígame entonces-

La mujer era a los turbios senderos lo que una abeja a una flor. Grácilmente se movía lento, pero evitaba confrontaciones. Reverenciaba educadamente a los transeúntes más ilícitos y ofrecía diezmos a los mendigos y vagabundos que encontraba, pactando implícitamente su silencio. Ella daba la impresión de estar en este juego desde hace tiempo, aunque él veía su conducta quizás demasiado complaciente. Darle la espalda a un hombre armado era una tontería, un exceso de confianza.

Paso a paso, Kandandala intentaba detectar otras sombras como la de ella. Por los techos principalmente, ya que estos callejones eran estrechos y las edificaciones bajas. Inclusive con la ventaja de su elevada estatura le resultaba difícil no parecer obvio, algo que el detestaba. Mientras se debatía sobre cómo abordar la situación, la mujer cambio el rumbo hacia fuera de los callejones, donde una animada taberna esperaba. No habían caminado tanto tiempo, pero Kan se encontraba perdido. Sin duda, esa era la intención de la mujer al guiarlo. Junto con la luz de las vías portuarias llego el viso de su misteriosa guía. Cabello negro, algo rizado, orejas pequeñas y ojos color esmeralda. Bastante más baja y joven que él, esa morocha lo guío hacia el interior de la posada.

Con una gran sala común en su planta baja, el lugar era más grande de lo había imaginado desde afuera. Al menos cincuenta personas festejaban y coreaban al ritmo de unos muy inspirados juglares. El lugar apestaba a alcohol y no parecía dar abasto, pero la gente pedía por una canción más. Entre la muchedumbre, la mujercilla enfilo hacia la escalera, guiándolo hacia el primer piso. Como no podía ser otra manera, algunos se dieron cuenta de su peculiar tamaño y simplemente no pudieron evitar señalarlo mientras subían los escalones. Para cuando llegaron arriba, los juglares ya le dedicaban versos. Sin comprometer su semblante ante ojos extraños, reverencio a su audiencia rápida pero cortésmente. Le encantaba destacar de esa manera, en el centro del jolgorio, pero bajo las circunstancias actuales hubiera preferido algo más sutil. Lo hecho, hecho estaba. En el primer piso, caminaron por uno de los pasillos hasta llegar a la entrada de una de las habitaciones. Al llamar a la puerta ella se identificó con un simple “Soy yo” y la entrada se abrió por completo, segundos después.

-Espero encuentre la felicidad, alto señor- dijo la muchacha de cabellos negros, al terminar con su tarea.

-Muchacha, búscate alguien que te diga cuan lindos son tus ojos en vez de caminar por las sombras. Toma- le dio Kandandala unas monedas y entro en la habitación.

Era un cuarto sencillo. De paredes roídas, tenía un ventanal en el extremo opuesto a la puerta y una mesa ratona en el centro, acompañada por unos cojines de algodón. Dentro de él, cuatro hombres aguardaban. El primero era un guardia, parado al costado de la puerta, armado con una espada en su cinto. Lucia recio, vistiendo una brigantina que cubría su torso. Sentados alrededor de la mesita dos hombres trigueños, ambos de cabello corto y negro, aparentemente desarmados. Finalmente, reposado en la ventana, otro hombre de armas. Este tenía una especie de lanza corta y vestía un gambesón. Fueron los hombres color café los que lo invitaron a pasar.

-Adelante caballero, por favor tome asiento- dijo el que estaba sentado a la derecha.

-Muchas gracias- dijo Kan, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas y tomaba asiento.

La habitación no estaba pensada para hombres de su altura y tuvo que acomodarse como pudo entre los cojines. Cuando agarro las cuerdas que sostenían su espadón, para situarlo más cómodamente a su lado, fue el guardia de la entrada que puso la queja en el aire.

-Cuidado con lo que haces, deforme. Dame eso- le dijo el guardia, tenso.

-Mmm... Creo que no- le respondió Kandandala.

-Dos señores armados alrededor mío y ¿yo debo deponer mi espada? No se ustedes, agraciados comerciantes, pero no me parece un trato justo- pregunto a los trigueños.

-No es más que una formalidad del comercio, estimado. Sabrá usted entender- hablo, una vez más, quien se sentaba a la derecha de la mesita.

-Ohh, lo comprendo, lo comprendo. Pero verán mis amables anfitriones, yo no soy un comerciante. Me rijo por otros códigos. Si eso es un problema para ustedes, no quisiera robarles más su tiempo- dijo Kandandanla, intentándose aprovechar de la conocida codicia de esa gentuza.

-Muy bien, respeto los valores de una persona hecha como usted. Sin embargo, voy a tener que pedirle que se abstenga de hacer movimientos bruscos. Este es un lugar de libre intercambio y queremos que lo siga siendo- dijo esta vez quien se sentaba a la izquierda de la mesa.

-Se los agradezco- dijo el alto hombre.

- ¿Quiere alguna copa? ¿Encuentra a gusto los cojines? - pregunto el de la derecha.

-La verdad, un poco de vino no me caería nada mal- dijo Kan, mientras el que se sentaba a la derecha le servía una copa.

-Lamento que no tengamos nada más exótico, pero este licor tiene un cuerpo que se deja apreciar- le dijo el de la izquierda.

-Mmm... ¡Bueno! - adulando la bebida intencionalmente - ¿Qué más tienen para mí? - pregunto antes de que cualquiera de los dos se le adelantara.

- Quienes buscan, encuentran. Usted, según escuche, busca algo... dorado- dijo el de la siniestra.

-Algo que ustedes tienen entre manos, si escuche bien- pausando deliberadamente, para evitar que su voz se juntara con el barullo del primer piso

-Sin embargo, si a la calle debo creerle, la procedencia del brillo me tiene preocupado. Es decir, estamos hablando de un robo al conde- les dijo Kandandala, colocando su trampa.

-Por nuestro honor de comerciantes, podemos asegurarle que su origen no está relacionado con el conde- dijo el de la derecha, con una estampa totalmente burguesa.

-Mmm, ¿Y de donde proviene entonces? - pregunto Kan cuando estiro los brazos y los apoyo, de forma tirante, detrás de la espala.

- ¡He! Estate quieto- le dijo el guardia de la puerta, al reaccionar bruscamente a su movimiento

-Perdón, perdón, mis sinceras disculpas- respondió

“El de la ventana apenas si reacciona ¿Un giro, dos giros...?”

-Lo lamento, caballeros, ¿en dónde estábamos? Ah sí sí, la procedencia. ¿Podrían aclararme ese pequeño detalle? - les dijo a sus anfitriones.

-El dinero pertenecía a un sandwalker. Como dije, no hay de qué preocuparse- le repitió el de la derecha.

“Hlífa...”

-Bien. La verdad es que ese dícese callejero me tenía preocupado- les dijo a ambos trigueños -Entonces caballeros, hagamos negocios. ¿Qué tasa pretenden?-

- ¿Con que pretende negociar? - pregunto el de la siniestra.

-Plata- dijo mientras sacaba de sus bolsillos la bolsa de dinero, dejándola en la mesita.

- ¿Podemos ojearlas? - dijo el siniestro de nuevo

-Por favor, adelante- le contesto él.

Mientras contaban y analizaban cada moneda, Kandandala hizo lo propio y considero las posibilidades en su mente. ¿Buscaba el oro en sí o rastreaba su estela? Inclusive sin tener idea, la pista sobre el sandwalker no podía ser desechada. Con su breve mensaje, Sinn lo dejo claro. Sigue el oro... si tan fácil le fue encontrarlo ¿Porque la imperiosa necesidad de su vieja amiga? Estos mercaderes no eran nada especiales, no más que oportunistas. Sin ningún gran plan por detrás, sin conexión aparente con el enemigo. Aun así, no podía dejar testigos...

-Quinientos nied, acuñados por el condado de **Leausod**- dijo quien se sentaba a la derecha en la mesa, tras el conteo.

-**Leausod** está lejos, ¿Bastante al sur no? - dijo el siniestro, mirando a su compañero - ¿Es un viaje de placer o negocios? –

-Ambos, solo los tontos no saben como disfrutar de ambos- dijo tras tomar de su copa de licor, apoyándola con cierta fortaleza en la mesa.

-Entonces señores, les pregunto de nuevo ¿Que tienen para mí? - dijo el alto hombre, sin perder la compostura a pesar de sus dudas.

-Bien caballero, por esto...- dijo el de la izquierda, mientras metía las manos dentro sus ropas en busca de algo.

Las dudas se transformaron en alarma y su instinto afloro, temerario y mortal... o quizás, solo era miedo alimentado por flaqueza.

“Es una trampa, es el o yo...”

Irónicamente en ese segundo de confusión, Kandandala no dudo en agarrar rápidamente su espadón y atacar al mismo tiempo que lo desenvainaba. Era un movimiento de lo más refinado, posible gracias al diseño del arma. Con un giro sorpresivo el golpe se dirigió hacia su retaguardia, contra quien guardaba la puerta. El guardia, en pleno desenvaine, nunca supo nada más. Su garganta rebanada por una sola maniobra precisa, veloz y definitiva. Vestido todavía con la sorpresa, mientras los mercaderes atinaban a retroceder, giro una vez mas para enfrentarlos. Ni ellos fueron tan rápidos, ni la distancia que los separaba tan grande, para zafar de la descarga. Dos golpes los abatieron, el primero aprovechándose de la fuerza del giro y el segundo impulsado por un fenomenal movimiento de muñeca. Los tres cortes, evitando la horizontalidad, para no chocar con el techo. Los dos giros, exitosos, pero no sin sacrificio, su muñeca y rodilla lesionadas. Todavía uno quedaba, junto a la ventana, mientras la audiencia debajo enloquecía. Presto para el combate, pero dubitativo, hasta casi temblar. Armas en mano, su choque dejo en evidencia que aquel pobre guardia no era más que un aprendiz. Tras tres intercambios termino con su ojo perforado por Lügenfluch.

Veinte segundos, dos giros, cuatro muertes. Las estadísticas no eran nada comprado al horrible hedor de la sangre. Nunca se había acostumbrado a él. Teniendo en cuenta su pasado, era sin duda su mayor contradicción. Ciertamente estaba feliz de que así fuera, de ser todavía una persona y no un instrumento. Pero el pánico lo dómino en ese cuarto. Su temple lo abandono por unos segundos y las paredes se pintaron de rojo. Él era un espadachín, no un asesino. Tenía una causa, un propósito. Pero era, evidentemente, débil. Pudo haber buscado otra manera, afrontar la situación desde otro ángulo. La verdad es que la idea estuvo en su cabeza desde que entro en el cuarto, nunca considero “dejar testigos”. Pensó, entonces, en la muchacha que lo guio y en la gente festejando abajo. Ellos eran testigos, lo habían visto.

¿Debería entonces asesinarlos a todos?

Reconoció la practicidad de tal idea, pero también sintió la repugnancia de tal hecho. Confundido como estaba, envaino su espada ensangrentada y busco entre las ropas de los trigueños, insultándose a sí mismo al encontrar el dichoso oro dentro de sus ropas. Ninguna amenaza, ningún arma escondida. Apenas unas cuantas monedas. Bañadas en el humor escarlata, distinguió el dibujo de un campo talladas en ellas. Con la cresta podría identificar correctamente su procedencia, pero en ese momento solo pensaba en escapar. Ya no soportaba el aroma intoxicante de la habitación. Juntó el oro con sus propias monedas y se dirigió hacia la ventana. Una caída de entre tres y cinco metros que con su textura física no representaba gran problema.

“Sin testigos, sin rastros”. Recordó el dicho de alguien, tiempo atrás, mientras se arrojaba hacia el callejón.

Al caer, su rodilla se lo ponía difícil. El dolor no era entumecedor, pero le impedía correr. Y quería alejarse de allí lo antes posible. Con su espada envainada en mano y la ropa ensangrentada, camino desde el callejón de la posada hasta el límite de la calle. Había mucho tráfico como para mezclarse con los transeúntes, pero más allá del camino estaban los callejones por donde había llegado. Sin pensarlo dos veces, cojeando, cruzo la vía lo más rápido que pudo y se internó en los estrechos caminos. Una vez más.

Este camino repetido, a decir verdad, no representaba el peligro inminente de las calles más transitadas. Pero tampoco estaba libre de amenazas. Contradictoriamente, confiaba en que su espadón lo guiaría hasta un lugar seguro. Entre el dolor, los nervios y sus deslices, el pobre diablo que se lo cruzara terminaría en dos. Necesitaba tiempo para descansar y pensar en su siguiente movimiento. Conduciéndose dentro del laberinto portuario, escucho unos relinches cercanos. Al doblar por un pasaje vio un establo. Allí estaba estacionado un carro mercantil, que por pereza o incompetencia estaba descuidado. Maltrecho como andaba, se acercó para descansar unos minutos. Echado entre la paja, noto que el carruaje estaba aprovisionado para dirigirse al sur. Sin embargo, su idea era completamente opuesta. Su única pista estaba al norte, en **Hlífa**. Seguir el oro era encontrar al sandwalker que lo había conseguido, si es que los mercaderes vendían oro y no cuentos...

“¿Que otra opción tengo?”

Era eso o quedarse en la ciudad a investigar. Y tenía la impresión que de permanecer en el puerto blanco le sería muy difícil moverse después de los sucesos de esa noche. El desierto o la reclusión.

Antes de que se dé cuenta, había cogido provisiones del carro y estaba llevando un caballo robado hacia la calle. Con determinación, galopo toda esa noche. Hasta encontrarse con el amanecer en **Wiedervereinigung**, el puente del reencuentro. Entre la salida del sol y la propia luz del puente, la iluminación era pintoresca como fresco de artista. A medida que cruzaba hacia el otro lado, a toda velocidad, con los grandes héroes de piedra de testigo, dejaba atrás la impunidad de la noche y avanzaba sin piedad hacia las dunas doradas.

Posado el astro sol en su punto más alto, Kandandala viajaba por entre los baldíos, bordeando la **Magna via mercatorum**. Era una tierra dura, complicada, y amenazada por peligros incivilizados. Según Karl, últimamente los ataques a las caravanas estaban mostrando una faceta más brutal. Aunque, despiadados o no, los rateeros no lo preocupaban, no era la primera vez que hacia este camino. Ni la segunda, ni la tercera. Si su memoria no le fallaba, era la novena. Sabía donde y cuando parar, sabía que evitar y que enfrentar. Como cualquier persona con el paso del tiempo, su problema era aceptar que estaba desactualizado. Que lo que fue ya no era, que la seguridad del pasado era la basura del presente. Las cuevas que utilizaba ya no estarían, los “lugareños” que conocía ya no sentarían junto a él, los pasos por los que atravesaba sepultados se hallarían. Nuevamente, como cualquier otra persona, eligió la opción más fácil. En vez de arriesgarse con el presente se contentó con el desgastado pasado. Tomaría la misma ruta de siempre. Aparte, se convenció a sí mismo de que no tenía tiempo para inspeccionar la región. La prioridad era **Hlífa**.

Así sobreviven los jinetes solitarios a los baldíos, le habían dicho en el pasado:

“Te mueves de noche y descansas de día. Recuerda la posición de las cinco cuevas. Si no te estás moviendo, estás dentro de una de esas cuevas ¿entiendes?... Y no te hagas el listo con las sabandijas de este lugar, te van a desollar vivo mientras duermas si les caes mal. Una cosa más, si las cosas van mal, no dejes testigos. El único rumor que quiero es el que yo inicio.”

Hacía ya una hora que había abierto los ojos, ya con la luna iluminando los desolados pagos. Recluido dentro de una cueva, travesía adentro, se preparaba para salir y cubrir el tramo final de los baldíos esa misma noche. Con suerte, si el caballo aguantaba, podría llegar ante los primeros cañones del desierto antes del mediodía. Pero la montura estaba extenuada. No parecía un equino demasiado resistente, pero lo compensaba con su velocidad. A decir verdad, él prefería el desierto a esta tierra desolada. Ambos eran sofocantes a su manera, pero al menos las dunas eran honestas, a diferencia de los traicioneros desfiladeros por los que tenía que moverse esa noche.

Con la ropa todavía un poco húmeda, después de lavar las manchas de sangre, puso marcha otra vez. La noche estaba demasiado pesada y el caballo lo sentía. Sin mayor consideración por el animal, se puso al galope por una o dos horas hasta llegar a la boca del mencionado sistema de desfiladeros. Estrechos, siniestros y oscuros; representaban el trecho más taimado para seguir hacia el norte. Debido a su naturaleza cuasi laberíntica nadie figoneaba por allí. Con precaución, aminoro la marcha y se metió dentro. Si su concentración fallaba nunca saldría. La senda correcta era una muy precisa. Lo primero era marchar hasta encontrar una roca con “forma de pez”. Cualquier tipo de medición era inútil, ya que no había ninguna clase de espectro de comparación. Solo contaba con su propia percepción, por eso avanzo lento y cauto entre el hermetismo. Cada tanto, algunos pensamientos fantasmas rondaban su mente, amenazando con romper su control. Pero serio como iba, Kandandala evitaba la duda ante todos los caminos alternativos que se cruzaba. Después de algún tiempo, gracias a su autocontrol, llego a la trifurcación que estaba buscando. La roca tallada marcaba un camino serpenteante hacia su izquierda. Los demás senderos le eran desconocidos y francamente no era momento de inspeccionarlos. Siguió al pez de piedra y se internó en el camino de su izquierda.

Este tramo era más fácil. Con una pequeña pendiente en bajada, solo tendría que seguir la hipnótica forma del túnel sin bifurcaciones hasta encontrar una de las salidas del desfiladero. Más tedioso que complejo, descendió hasta llegar a una boca por donde se deslumbraba un gran valle. Para llegar al desierto restaba solo atravesar dicho valle. Pero en su posición actual los desniveles del terreno eran todavía muy pronunciados para intentarlo. El tercer trecho de la travesía se trataba de la más complicada. Internándose en el corazón de los desfiladeros debía tomar catorce desviaciones sin patrón ni lógica alguna, repitiendo una ruta específica que recordaba como oración. Al final del recorrido se encontraba una salida que le permitiría abandonar el valle sin obstáculos. Así pues, dejó descansar a su montura por unos minutos y volvió a mezclarse en la obscuridad de la roca.

Primero a la derecha, le decía su mapa mental... derecha e izquierda. El caballo se había puesto intranquilo de repente, no quería ni pensar en que fuera alguna clase de señal. Hacia la izquierda ahora y en el próximo camino hacia la derecha. Haciendo uso de la poca vegetación que se encontraba en el lugar, dio de pastar al equino, calmándolo. A la izquierda, y luego dos veces a la derecha. Ahora era él, el que comenzaba a sentir miedo. Mentalizado como estaba, creía sentir algo siniestro en esta parte del trayecto. Otra vez a la derecha y unos ruidos les llegaron a sus oídos, como chillidos.

“¿Monstruos?”

La próxima hacia la izquierda de la izquierda, los chillidos desaparecían, pero un escalofrío viajaba por su espalda. No podía descontrolarse, si perdía la calma estaba acabado. Dos veces más, hacia su derecha. Estaba en su límite, con Lügenfluch desnuda en su mano. Si algo se le cruzara sería el o la cosa. El turno, otra vez, de tomar el camino de la izquierda. Estaba a punto de romperse. Odiaba este lugar, odiaba esa sensación... odiaba el viaje y el objetivo. Su furia surgía en respuesta a su miedo, aunque inefectiva, ya que el terror se dice buen predador de la vesania. Casi quebrado, cuando tomo una desviación hacia la izquierda, la vio. De curvas pronunciadas y siempre dispuesta la luna se posaba ante él, iluminando el camino hacia la añorada salida. Quiso gritar de alegría, pero sabía mejor que eso. No tan lejos, la madre blanca auspicio el descubrimiento de un pequeño asentamiento. Tal vez bandidos y asaltantes, o quizás algo más siniestro. Permitiéndose descansar por lo justo y necesario, pues el peligro todavía acechaba, resumió la marcha.

Para cuando el mediodía tocaba a la puerta se encontraba frente a los primeros cañones desérticos. El suelo se había convertido en una sutil capa árida y la roca roja cubría prácticamente todo el resto del marco. Tardo un rato en hallar un lugar donde acampar, ya no se movería por ese día. A la sombra de un gran peñasco erigido, improviso un campamento con los útiles que había robado del carruaje en **Weißer hafen**. Después de almorzar y alimentar al caballo, analizo el oro conseguido noches atrás. Cien piezas en total. Con esa cantidad una persona podría vivir por dos estaciones, ni demasiado ni tan poco. Aunque una persona común normalmente no tenía acceso a estas monedas, no en **Fegis** al menos. Las altas monedas de oro, hoch, designados para grandes operaciones comerciales o asuntos federales. Según entendía era un gran negocio contrabandearlos fuera del país, por razones de cambio en otros países. Pero las especificaciones no le interesaban, el comercio no era su juego. Tal pensamiento llevo acompañado de la escena sangrienta de hace unos días... y una buena dosis de vergüenza.

Para no llevar su atención hacia el lamentable hecho, observo con cuidado la cresta. Ya sin sangre alguna, el tallado denotaba un campo de trigo. Basto y robusto. Cada condado tenía algún símbolo o distintivo propio, pero a él nunca le importo. Si bien era fegiano, nunca se interesó por su país o su cultura. Simplemente había nacido allí por chance, aunque tampoco se puede escapar al tirón del hogar. Ese símbolo, el gran trigal, era la cresta del condado de **Uweles**, donde había nacido y crecido. Él, siendo lo que era, persiguiendo oro robado de **Uweles**, tenía una implicación desagradable. Que unos viejos conocidos, indeseables y capaces, hubieren entrado en la persecución. Su misión un poco más complicada y su mente un poco más revuelta. Kandandala solía ser de esas personas que se dejan llevar por la corriente de una simple idea. Y ese fue el caso de ese día. El trigo, los granos y la vieja promesa lo siguieron hasta los sueños.

El despertar de la siguiente mañana lo encontró acalorado y sudado. Era momento de aprovechar el día y seguir camino, pero el caballo se negaba a moverse, jadeando de más. Era una mala señal, del mismo modo que era una mala montura para el trayecto. Como a caballo regalado no se le miran los dientes, caballo y hombre marcharon por la roca roja, tras un fortalecedor desayuno. En el sudeste el desierto era parte roca, parte arena. Gigantescos cañones se elevaban dominando el oriente, pero dejaban lugar a un cómodo y fresco camino costero. Esa era la **Magna via mercatorum**, en su extensión dentro del desierto. Todas las caravanas seguían la línea costera y, por obvias razones, él no sería la excepción.

Los primeros cinco días de viaje pasaron sin demasiadas complicaciones. Con la cercanía del mar y los cañones, viajaba de amanecer a ocaso. Siempre manteniéndose junto al agua y evitando el sol de la tarde, guardando refugio bajo las grandes esculturas naturales de piedra roja cuando el día se ponía demasiado abrasador. El caballo avanzaba cansado y casi nunca podía pastar. La vegetación era casi inexistente y el agua bebibible difícil de encontrar, casi obstinada. Ya sea cavando pozos o revisando las plantas, buscarla era una tarea crítica.

Si bien todavía tenía varias cantimploras llenas, necesitaba aprovechar al máximo los recursos que ofrecía el camino. Pero al escudriñar, al exponerse al sol, su cuerpo sufría. Es decir que el desierto lo encadenaba lentamente. Entre grietas y pedregal, entre el índigo horizonte y el muro carmesí, inmerso en el engañoso balance por la supervivencia, él continuo.

Tres días más pasaron, costosos. El calor había recrudecido y el mar ya no traía consigo el alivio ventisco. Todo parecía más desecado, más inerte. Él, en sintonía con el animal compañero, se sentía abrumado. Lentos y pesados, se movían ambos por entre las piedras. A ratos Kandandala desmontaba y caminaba junto al caballo. Si lo forzaba más de lo debido moriría, dejándolo solo y en serios aprietos. Por las noches los cambios drásticos no traigan mejoría. Después de unos primeros momentos de frescos, las temperaturas bajaban rápida y poco delicadamente. El frío era comparable al de su hogar, bien al sur, cerca del viejo sur. O quizás, después de pasar por la dicotomía climatológica, su percepción había quedado atrofiada. Roto o no, la única solución real era continuar. Por ende, simplemente prosigo.

Otros tres días más tarde, los vientos habían regresado y la temperatura era ahora más soportable. Sin embargo, lo que faltaba era la luna. Escondida u ofendida, esa noche nadie sabría el camino. Ante una tremenda oscuridad, Kandandala estuvo de suerte al encontrar una cueva de proporciones afines a él. Era riesgoso moverse entre la noche, mejor para hombre y equino descansar. Echado sobre su manta, contemplando sin ganas el techo de la caverna, un pensamiento tomo el primer plano en su cabeza. Desde la ciudad, no se había cruzado con nadie. Y era extraño que nadie, absolutamente nadie, pasara por la gran vía de los mercados. Era la única carretera a pie entre norte y sur. Y a pesar de factores como seguridad o clima, siempre había expediciones o caravanas dispuestas a arriesgarse. De sendas vacías y noches sin luna, pensó, mientras cerraba los ojos, ganándole una batalla a su curiosidad.

Con el sol cayendo en el doceavo día de travesía, los grandes cañones y la roca cedían ante la arena y las dunas. El mar árido, con su oleaje estacando, yacía delante. Desde este punto faltarían unos o dos días hasta **Hlífa**. Casi el final del viaje, como tan bien el del robado animal. Claramente debitado, su pujanza preocupaba a Kandandala. Inseguro y reflexivo, diviso a una persona tirada en el suelo, un poco más adelante en la costa. Al acercarse vio a un hombre desmayado sobre el agua, como arrastrado por la débil marea. Desmonto y se apresuré a moverlo fuera del agua. De tez y pelo negro, cuerpo fornido y cicatrices varias; era más un joven que un hombre. Este exánime muchacho parecía rondar los veinte y pocos años, pero había algo en su rostro que mostraba más que los evidentes símbolos de la edad. Después de la primera impresión Kandandala confirmó que el muchacho respiraba. Queriendo enmendar su error en **Weißer hafen**, coloco al joven sobre el lomo de su caballo y marchó junto a él a pie. Si ambos montaban, todos morían. Pero si el caballo no tenía que soportar ni el peso del gigantón ni una marcha veloz, quizás pudieran llegar a destino. Sería duro, extremadamente duro. Aun así, continuo.

Era el día catorce... ¿o el quince? ¿Importaba?... El viento soplaba fuerte a más no poder. Recluido dentro de una improvisada tienda Kandandala contaba el tiempo hasta su final. La razón era simple en realidad, pero no la vio venir. ¿Por qué no había nadie en el camino? Tormentas de arena. Apenas penetraron el desierto, le fue imposible evitarlas. Primero suaves pero molestas, luego atrapantes y aturdidoras. En el caos granular, su caballo ni siquiera tuvo la fuerza para mostrarle a su nuevo dueño el pánico que lo arremetía. Pero él lo vio en sus ojos. Ningún aliento u orden sirvió, el equino encontró la tranquilidad de la muerte echado en la fiera arena. Kandandala sintió un poco de tristeza, al haber condenado al pobre animal a un destino tan injusto. A pesar de todo el pánico no lo invadió. Sabía que estaba muy cerca de **Hlífa** y no iba a quedarse aguardando. La tormenta podía continuar por días y él no tenía suficientes provisiones para eso. Como una vestía de carga, tomó las provisiones de su montura y se puso a cuestas al muchacho.

Caminaría hasta el paraje. Continuaría...

Eso pensaba, pero su convicción fue destruida por el poder del vacío. Una noche entera camino, con toda la carga sobre él, hasta que la poca luz que asomaba entre la tempestad le anuncio que era de mañana. Con una energía y velocidad imprevistas, tiro las provisiones y realizo una diminuta tienda en cuestión de minutos. Horas más tarde allí seguía, aferrado al sostén principal del intento de carpa, asimilando su inminente muerte.

“¿Si el viento me lleva, viviré por siempre junto a él? Por favor no... si he de morir quiero paz y no esa mierda de sensación. No debería morir aquí... hay cosas que hacer todavía... ¿Qué será de Sinn?... Dios, dioses, tierra o no sé qué... no puedo morir. No puedo irme sin haberme redimido de las idioteces que cometí. Por favor, no quiero partir ahora. No sin haberle visto la cara a mis padres una vez más... ¡No así, no ahora! No...”

Kandandala nunca vio la tienda deshacerse, pero sí pudo sentir el contacto directo del viento. Volaba bajo entre las dunas, sintiendo la furia de la tormenta como suya. Ahora entendía, de una forma post traumática, que él había dado su vida por su causa y su creencia. Que no era, realmente, una mala forma de vivir. Entonces cerró sus ojos, placenteramente.

Como a menudo sucede, cuando alguien cree entender, es cacheteado obscenamente por la vida misma. Fue esa feliz confusión la que acompaño a Kandandala, mientras abría los ojos en una habitación desconocida. Una cama de paja con sábanas, una recamara acogedora y una mujer sentada en frente suyo. Mientras el sonido del viento rugía desde afuera, el reconoció a la cuidadora.

-Nuala...-dijo, llamándola.

Ella se puso un dedo en los labios, indicándole que no hablara, y le coloco su amuleto en su cuello.

-Te encontramos medio muerto, dentro de la tormenta ¿Acaso querías morir? - pregunto ella.

-Sie kennen mich...- fue interrumpido el recién despierto

-No te entiendo. Recuerda. Si o no- le dijo Nuala.

Su amuleto, un regalo de la hermana de Nuala, le permitía entender cualquier lenguaje siempre que lo tuviera puesto. Pero hablar, era otra cosa. Para solucionar el abismo idiomático, aprendió a pronunciar palabras básicas en todos los idiomas, inclusive en la lengua de los enanos.

-No- respondió Kan, respetando las reglas de su artefacto.

-Bueno... Ahora descansa, madre e Idunn vendrán a verte más tarde- dijo ella después de un corto silencio.

El la obedeció al pie de la letra. Con el cuerpo un poco adolorido pero su mirada inquieta, clavo los ojos en Nuala. Se conocían hace tiempo y tenían más o menos la misma edad. Al igual que su madre y sus hermanas, ella era una ninfa. Aunque no tanto como él, definitivamente era alta, poquito menos de los dos metros. De pelo rojo y tez anaranjada, sus azules ojos eran pequeños pero devastadores. Podían derretir a cualquiera, de cualquier forma. Con orejas horizontales y puntiagudas, como todas las ninfas, su semblante no revelaba su fuego interno. Casi como con todas las mujeres. A pesar de su altura, su complexión era más bien diminuta. Extremidades, cintura, pechos, nariz... todo en ella parecía hecho a la medida de un hombre. Si él lo sabía... Vestida con ropas blancas sencillas, permaneció allí sentada mientras Kandandala descansaba. Compartiendo un momento, una intimidad.

Al despertar por una segunda vez, fue a Iselda a quien vio. La madre de Nuala, que a falta de un título, era la fundadora de **Hlífa**. El pueblo en si llevaba unos breves cincuenta años de existencia. Su creación se debía, según había escuchado, a la profetizada unión de Iselda con su hombre. Pero esa era una historia que él no conocía ni se atrevía a preguntar.

- ¿Cuánto tiempo ha pasado Kandandala desde la última vez que nos vimos? - le pregunto Iselda, en un fe-giano medio trabado.

-Tres años ya-

-Hmm... Que extrañas circunstancias nos reúnen de nuevo. ¿Porque la prisa en llegar aquí? -

- ¿Cuándo fue que nos vimos sin que yo llevara prisa señora? - respondió el, astutamente con una pregunta.

-Muy cierto... Había olvidado cuan taimado puedes ser- al ser alagado, Kan sonrió complacientemente

-Sabes, tu amigo ya se recuperó y ahora vaga por el oasis- le comento Iselda.

- ¿En serio? Yo que pensaba que el vivo era yo y el muerto él- respondió, mientras una jaqueca repentina lo arremetía -Iselda, ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos encontraron?

-Dos días. No sé qué los precipito hacia las tormentas, pero debes darle las gracias a Idunn. Ella trato sus heri-das con su arte-

-No me olvidare de la pequeña Idunn antes de irme. Pero necesito saber algunas cosas, si esta de humor- le dijo él, tan simpático como pudo en su condición.

- Negocios, ¿no?, señor de la verdad- jocosa, le pregunto ella

- A usted nada se le escapa, señora de los desamparados- le devolvió la gentileza, aunque ella permaneció inmutada.

-Pregunta entonces-

-Busco a un sandwalker. Uno que haya pasado por aquí hace treinta como máximo-

-La gente de **Hlífa** es mi familia y no tengo intención de venderlos- dijo ella en un tono muy autoritario -Seme honesto esta vez, ¿Qué negocios te traen aquí? -

- Honesto, como usted sabe que soy, le digo que si encontrara al sandwalker antes que otros sería lo mejor para todos-

-Lo mejor para todos seria que no te hubieras refugiado aquí, con todo ese dinero robado-

-Me apena decir que no tuve otra alternativa que robarlo. Pero yo no di el gran golpe. Ese dinero le pertenece a un condado de **Fegis**, pero yo lo conseguí de unos comerciantes en el puerto blanco. Ellos a su vez, lo consi-guieron del sandwalker- le informo Kandandala, con un sutil toque engañoso.

-Te falta crecer si todavía caes en las tretas de los embaucadores del metálico-

-Es cierto que, inclusive a mi edad, todavía me queda mucho por aprender. Pero fue usted quien recién me llamo señor de la verdad. Créame, ellos no estaban mintiendo. Ni ellos ni los fegianos son el problema, sino las sombras a lo lejos. Mientras estén rondando, su sandwalker no estará seguro. Si me da el nombre, hare mío su problema y todos descansaran seguros- una vez más, Kandandala recito un cuento más que una ver-dad-

-No te creo- dijo la ninfa, después de una silenciosa y severa contemplación -Aunque tampoco siento que busques o traigas el mal-

-Aparte, realmente nunca pude disuadirte de nada...- agrego la señora del desierto, rindiéndose.

-Para lo que buscas, solo hay una respuesta. Hace ya una estación entera que las tormentas están agitando severamente. En ese tiempo nadie ha llegado ni salido de aquí, con excepción de uno. Jordan-

-Jordan... Jordan... ¿No es ese kyktal atormentado? - pregunto, sin quererle creer a su memoria.

-Jordan es el más resuelto de nuestra comunidad, no le faltes el respeto- al corregir a Kan, Iselda continuo.

-Llego desde Fegis hace algunos días, trayendo consigo unos viajeros apresurados por llegar al norte. Casualmente, como tú y tú amigo-

- ¿Sigue él aquí? ¿Y qué hay de esos viajeros? - pregunto él, ya más abiertamente.

- Como dije, nadie ha salido. No se puede, no mientras las tormentas persistan. Esos viajeros son fegianos como tú. Un hombre y dos mujeres. A excepción de una de las mujeres, todos humanos. Los reconocerás cuando los veas, están realmente impacientes por irse-

-Se lo agradezco, señora. Me encargare de este asunto tan pronto como pueda. Tiene mi palabra- dijo él, solemnemente desde el catre

- Ah, Kandandala, siempre el mismo lisonjero-

-Dime ahora palabras más bonitas, muchacho. Cuéntame del sur y de estos últimos años- le dijo ella con un aire bastante más calmo

-Sera un placer señora- y paso entonces a complacerla, haciendo eco de anécdotas pasadas.

Entre historietas y curaciones paso ese día, junto a la Iselda y sus hijas. Iban y venían, desde curiosas hasta nostálgicas. Aunque bien sabía que ese cuarto estaba acondicionado para él, no para ellas. Demasiado compacto y oscuro, algo que las ninfas detestaban. Sus ojos desconocían la capacidad de la dilatación, por ende la falta de luz coartaba severamente su visión. La noche, o los lugares cerrados como ese, se volvía francamente tétrica de no ser por las estrellas. Las guiaban, las protegían y las cortejaban. Su presencia hasta si les hablaba directamente al alma, cual trance esotérico. Prometidas como estaban con el firmamento, su ser estaba atravesado fundamentalmente por su tierra natal. Una especie de sintonía de la cual se decantaba su instinto, semblante y personalidad. Es decir, casadas con el cielo y arraigadas a la tierra. Un combo que sienta mal con las tramperas civilizadas que llamamos casas.

El día siguiente llego con mayor pujanza. Con el alta "medica" de por medio Kandandala salió en busca de continuar su investigación. Tal vez un poco adolorido, pero de convicción renovada. **Hlífa** consistía de tres grandes edificios de madera que bordeaban a un gran oasis repleto de vegetación y preciada agua. Caminando hacia el oasis reconoció algunas pocas caras familiares. Preguntándose si era a causa de los primeros estragos de la edad, anduvo hasta la laguna en el centro del oasis. A pesar que las tormentas azotaban el exterior, los furiosos vientos no suponían peligro alguno para el pueblo. Nuala le había dicho hace tiempo que solo el sensible a lo invisible sabía el por qué. Aunque sonaba como monserga eclesiástica o fracaso bohemio, el conocía básicamente cómo funcionaba la magia. Cuales fueran los conjuros que **Hlífa** poseía, sabía que no eran el trabajo de un mago cualquiera.

"Solo teme a lo que no veas".

Un dicho repetitivo de Sinn, el cual nunca entendió si era exclusivamente referido a lo mágico.

De cualquier forma, pensaba que si encontraría al kyktal en algún lado sería cerca de la laguna. El aduar se extendía, junto con el oasis, por algo así como medio kilómetro a la redonda. Con esa bendita y generosa laguna en su centro, el lugar era conocido como un regalo de dios. Cubierto de arbustos, entre palmeras y rosas, se deslumbraban los tres mencionados edificios. Construidos cerca de los extremos del campamento tenían una disposición simple. Dos servían como estancias, uno más grande para los extranjeros y otro más chico para los locales. El restante era una especie de edificio común que servía de comodín, como una especie de casa mayor o centro cultural.

Mientras caminaba entre la arena, observando al cielo tormentoso y aspirando el olor de las plantas, noto que el refugio estaba bastante más repleto que la última vez. A pesar de su locación exótica, **Hlifa** era un sitio popular para los mercaderes. Allí sus negocios estaban exentos de impuesto alguno más que el favor a la dama del desierto. Entre la muchedumbre, entre vestimentas estrafalarias y transacciones desconocidas, divisó a Gae. Una de las hijas de Iselda, quien se dedicaba a la seguridad del campamento. Aparentemente ocupada con foráneos para entablar diálogo, Kandandala continuó su inspección hasta dar con Nuala.

-Ya era hora, zongo. Hace un tiempo que llevo esperando ¿Es que tanto te cuesta dejar la cama? -le dijo Nuala cuando él se le acercó a saludar.

-Yes, ¿You fine? - la saludo como pudo, restringido por su artefacto.

-Preocupada. Estoy preocupada. Madre me contó sobre Jordan y te digo que no necesitamos más problemas justo ahora- confeso la ninfa, entre el murmullo de la multitud.

- ¿Trou...ble? - nuevamente intento indagarla, con una de las pocas palabras del lenguaje doene que conocía.

-No preguntes...- respondió Nuala al darse la vuelta y caminar

-Te llevare con Jordan y aclararemos esto-

Respetando sus deseos se limitó a seguirla. Dentro suyo, sabía que ella había querido decir: "No preguntes... si mañana ya no estarás". Y no la culpaba. Ya la había decepcionado muchas veces como para pensar de otra forma. La ninfa camino hacia el más poniente de los edificios, la hospedería.

Al igual que las estancias de los lugareños, el edificio se elevaba hasta los tres pisos. Pero era dos o tres veces más grande que el mencionado, si su vista no le engañaba. Al entrar una modesta pero acogedora recepción era atendida por Anke, la hija más despreocupada de Iselda. El apenas si tuvo tiempo de detenerse a saludarla, ya que Nuala pasó sin siquiera mirarla a la cara. Lo condujo con la misma actitud hasta casi el final uno de los corredores, hasta la habitación número siete. Al tocar la puerta un kyktal, pordiosero y maleducado, los dejó pasar. Él se preguntaba por qué un sandwalker estaba alojado en el edificio de la gente de paso, pero al ver a la decidida Nuala, silencio sus dudas y dejó que ella tomara la iniciativa.

-Jordan, ¿estás contrabandeando oro? - ni hola, ni como estas. Eso fue lo primero que dijo ella.

"¿Por qué tan directa? Se ve que no quiere este asunto en sus espaldas"

- ¡¿Pero qué carajo dices mujer?! ¿Para qué vienes a mi puerta con tonterías? - respondió el huésped, sin paciencia alguna.

-Pues este fegiano dice que si- reafirmo ella, hablando en su doene natural.

-Fegianos, fegianos. A la mierda con todos ustedes y su sarta de idioteces- proclamo el kyktal, mirando a Kan, desafiándolo en su propia lengua.

- ¿Jordan, ¿verdad? Mira, si no me escuchas por unos minutos, te va a caer encima un grave problema. Quieras lo o no, estas relacionado en el contrabando. Si no, no hubiera llegado a ti-

-Respóndele y terminemos con esto antes de que empiece Jordan- dijo Nuala, quizás más impaciente que el kyktal.

-Cuanto menos tiempo estén aquí, mejor. Has tus preguntas y vete- contesto Jordan, exasperado.

-Te lo agradezco- le dijo Kandandala, recibiendo solo desprecio en respuesta.

-Entonces, ¿Sabes algo del robo de cien hoch de cierto condado de **Fegis**?

- ¿Acaso eres un perro del conde? - paro Jordan, ante la mirada desafiante de la ninfa.

-No. Yo negocio en plata, no en oro.

Kandandala reconoció, en ese momento, el valor de Nuala. Mientras ella estuviera presente, el sandwalker no mentiría ni derraparía demasiado del tema en cuestión.

-Eso dices, pero los revendedores identificaron a un sandwalker como el perpetrador original. Como tú sabes los caminantes de la arena van de norte a sur del desierto, nunca más allá de allí. Y debido a las tormentas, el único caminante que viajo en las fechas por el desierto eres tú- acuso, lisa y llanamente, Kandandala.

- ¿Eso es todo lo que tienes? Sí que son estúpidos ustedes los fegianos. Mira, o te han engañado o ese caminante que buscas simplemente no marchó al norte-

-Créeme, no cruce el desierto por una corazonada- mintió Kandandala, nunca había considerado que su perpetrador no fuera al norte.

-Por sus caras no veo este asunto solucionado- Nuala intervino para bajar la tensión, sin entender nada de la conversación fegiana -¿Alguna pregunta más? - le pregunto, justamente, al espadachín.

Aunque su semblante lucia igual que al entrar en el cuarto, el sentía el pánico fluyendo. Había sido el pánico, en el puerto blanco, lo que le había evitado investigar el asunto exhaustivamente. Y al seguir sus instintos, o más bien escapar, estaba ahora enfrente de un paredón.

“Lo arruine y ya no hay vuelta atrás...”

En ese momento de desesperación, se le ocurrió jugar una carta por puro instinto. Su última chance. Asintió con la cabeza ante la Nuala y observo a Jordan.

-Una última pregunto te tengo Jordan: si tanto odias a los feguianos, ¿por qué trajiste a tres de ellos aquí en medio de un temporal de tormentas?

-Buen dinero de antemano y un cliente con los pies sobre la tierra. Si se te ocurre provocarlos, ten cuidado con la muchacha-

- ¿Así que por un puñado de monedas embestiste a una tormenta de arena? - repregunto Kandandala, confiando en su intuición.

-Estos tipos querían llegar aquí lo antes posible, entonces yo solo hice mi trabajo. Inclusive ahora me buscan para que los lleve a **Tesor**, pero nadie es tan estúpido para caminar dentro del viento- tajante respondió el kyktal, tomando otra vez la palabra e interrumpiendo a Kandandala cuando estaba a punto de replicar.

-Por si no lo entendiste todavía, no sabía que había tormentas. No pude evitarlo, pero aun así me arriesgue y logre. Pero esas cosas no pasan dos veces, entonces aquí me quedo. Y ustedes se van-

-Jordan esto no está resuelto- Nuala intento persuadirlo, leyendo su lenguaje corporal mas que sus palabras.

-Sí que lo está, yo no tengo más que decir, ni tu amigo tiene más que preguntar. Fuera- finalmente, con la paciencia colmada, Jordan los echo de su cuarto.

Kandandala le indico gestualmente a la ninfa que no debían seguir presionando, que era momento de retirarse. Estaba decepcionado de sí mismo, pero no lo mostraba. Inclusive si su interior era una fortaleza destruida, su exterior siempre sería un castillo erguido orgullosamente. Al llegar nuevamente a la recepción, sin poder hacer otra cosa que culparse así mismo, vio al joven que encontró en el desierto hablando con Anke.

-Mira allí esta, es el altísimo altísimo. Y a su lado, mi hermana Nuala, que los salvo a ambos en la tormenta. Como la protagonista de una balada, ¿no? - le dijo la ninfa de pelo albino, como espina de cacto, al joven moreno.

Sin agradecer ni perder el tiempo, el joven se dirigió ante Kandandala. Su mirada estaba llena de ira y emitía una presencia sumamente agresiva. Sus reflejos los instaban a poner mano en su espada, pero en las circunstancias presentes, sus palabras fueran quizás mejor arma.

-Me alegra verte bien amigo mío- le dijo con una sonrisa en el rostro.

- ¿Tú me salvaste? - ignorando completamente a Nuala, el joven le pregunto al alto, en doene.

-I help- dijo él, falsa modestia aparte, respondiendo en el tedioso doene.

- ¿Por qué? - continuo indagando el joven, bajo una evidente carga emocional que superaba las palabras profesadas.

Imposibilitado de responder, parte por su falta de léxico y parte por la carencia de sentido común del muchacho, Kandandala solo lo miro medio atónito.

- ¿Dónde está el resto, que hiciste con ellos? – exasperado, el joven pregunto.

El silencio, o más bien la confusión, se adueñó de él. No entendía, no sabía que responder, ni tampoco evidentemente como tratar a su compañero rescatado. Tan directo y descarado como se dirigió el joven simplemente se dio la vuelta y se fue. Y Kandandala, siguió sin entender. Un encuentro bizarro auspiciado por una situación malparida. Entre exaltado y anonadado, abandono velozmente la hospedería y se dirigió a sus recamaras. Lejos de estar avergonzado, estaba furioso con su criterio a la hora de la toma de decisiones. El desprecio por sí mismo lo alejo de su seguidora en el trayecto, lo cual era para mejor realmente. Necesitaba de la soledad para dejar a su autocompasión fluir a través de su máscara. Así, sin testigos, paso el resto de ese día lamentándose, sin dar con un nuevo plan de acción.

Tras varios vasos vacíos la luna ya navegaba el cielo nocturno. No tan borracho ni tan perdido, sabia que era momento de cenar. O mejor dicho de la compañía y del griterío, de esa sensación de confianza con los desconocidos. El salón central del pueblo es lo que servía como comedor comunal, aunque por esas épocas tal vez un poquito abarrotado. Manoteo lo que pudo de entre la comida disponible, algo simple pero rendidor: pan, huevo, espinaca y algo de “carne” de escorpión. Gracias a su privilegiada altura, diviso oportunamente a Jordan, intercambiando palabras con unos comensales. Un viejo con un bigote pronunciado, una mujer masculina y una tierna muchacha... un súbito éxtasis capturo su tiempo, solo el palpitar rompía el idilio. Un segundo perdido, fuera del mundo, utópico y único. Pero solo un segundo...

Despojado de su trance atemporal, dio cuenta que el kyktal estaba en realidad dejando la mesa. Tres con él en la mesa y una muchacha especial entre ellos. ¿Serian acaso los fegianos guiados? Hallazgo o traspié, sin duda no podía dejar pasar la oportunidad.

Aunque lo intento, no pudo evitar la torpeza de sus pasos al acercarse a la mesa y tomar el asiento libre. A pesar de ser recibido de forma indiferente, se dedicó a lo de siempre, sin vacilar. Armado con su imborrable sonrisa se vendió a sí mismo, como ya tantas otras veces.

- ¡Al fin! Hace rato venía buscando un lugar- con descaro se acomodó, ajustadamente, en la silla

-Encantado de conocerlos, soy Kandandala ¿Cómo los trata el desierto? -

-Vaya, vaya, sí que eres grande- lo miro asombrada la mujer- A nosotros nos engañó el desierto, ¿Y a ti? -

-Yo me embauque a mí mismo- dijo, parte verdad, parte mentira, mientras proponía un brindis - ¿Alzamos las copas por timos venideros? -

- ¡Por el tormentoso mañana, Prost! - exclamo, en respuesta, la mujer al chocar las copas.

-Soy Annelie. El viejo es simplemente el viejo y a la niña es Yue. No dejes que estos dos amargados te desanimen, que hay que ahogar las penas en oído ajeno- dijo Annelie, en tono burlón y melancólico.

-Creo que ya tuviste suficiente por hoy- le hablo el viejo a la mujer, alejándole la botella, causando reproches y holgazanería.

-Debe disculpar nuestra impertinencia señor- continuo el viejo.

-Díganos, ¿que lo trae a **Hlífa**? - dijo la muchacha de improvisto, robándole la palabra a sus prestos compañeros.

-Negocios y promesas, ¿o quizás al revés? - pauso un momento, dramatizando una evocación que no existía.

-Creo sinceramente ya no querer recordar-

- Como todos amigo, como todos...- lo respaldo Annelie, fiel a la circunstancias.

-Escuche que usted fue el último en llegar aquí, a través de la tormenta- comento Yue, ignorando a su compañera.

-En efecto señorita, fue un viaje complejo. Pero en honor a la verdad, debo decir que tuvimos que ser socorridos al final del trayecto.

-No sea modesto hombre. Si se dice que camino entre la tormenta por dos días y dos noches- lo elogio el viejo.

-No podría haberlo hecho sin mi caballo, que en paz descanse- se lamentó sinceramente por el equino

- ¿Y cuál era su nombre? - pregunto de curiosa la ebria dama.

-- Nunca me lo dijo- le respondió, mirándola con los ojos bien abiertos, cual remate de cómico.

La risilla de la rubia mujer apareció, suave pero honesta, mientras que la comida hacia lo suyo con sus barrigas. Sin embargo, él percibía como la desconfianza era quien servía cada cucharada en esa mesa. La muchacha marcándole el paso y el viejo actuando como su sombra. Annelie ya estaba comprada, pero aún faltaba determinar cuál era su conjura. Porque la tenían, cualquiera podría notarlo. Era el momento del choque.

-Ustedes no se quedan atrás. He escuchado que quieren partir ya hacia el norte ¡Vaya coraje! - menciono Kandandala, entre bocado y bocado.

-No confunda coraje con determinación. He allí la línea de la cordura- gestualizó, la muchacha de labios delicados, dicha línea sobre la mesa.

-Mi error, mi error. Me disculpo por ello. Pero aun así, ¿Planean marchar con este clima? -

-No hay tal plan, solo una idea- corrigió nuevamente Yue

- A rising need...- agrego Annelie en su doene natal, presa de la melancolía, ante las miradas descalificadoras de sus compañeros.

-Ya tomo demasiado. Llévate y que descanse- casi en carácter de orden le dijo Yue al viejo, quien obedeció instantáneamente a pesar de los espamentos de la dama.

“Con que una creciente necesidad, he... Bien, ahora solos, juguemos un poco más”

-Ahora que estamos solos- dijo la joven con una voz poco inocente - Por qué no dejas las vueltas- continuo ella, sentándose a su lado - y me muestras que palabras esconde esa larga lengua tuya- ahora ya, con cierta dificultad, le susurraba al oído.

En ese momento de excitación, Kandandala concluyo, sin chance de equivocación, que ella era el titiritero allí. Nerviosismo aparte, dio cuenta que sus dichos eran fácilmente desnudados por esa rica mocosa. Y, contradictoriamente, eso le encantaba.

-Si así me lo pide dama- le dijo, cruzando miradas brevemente

-Sigo un pequeño contrabando de oro y mi investigación dio con Jordan-

-Y pensó que nosotros teníamos que ver, dada nuestra... necesidad-

- ¿Tienen que ver? -

-No le diré que sí, ni tampoco que no. Solo sepa que este viaje nuestro no es del tipo financiero-

-Sin embargo, el apresuramiento suyo es al menos sospechoso- dijo el, con sonrisa cómplice.

--Lo mismo le digo- ella lo miro fijo - Aunque montados en sombras, le aseguro que nuestros caminos no siguen la misma dirección-

-Al oírla hablar tengo la sensación que debo creerle... pero la vida me ha enseñado que las palabras son, primordialmente, vacías. Un mal necesario-

-Cualquier necesidad en si es un mal y los males nos ciegan. Nos conducen lejos de nuestro objetivo... ¿Cuál es el suyo? -

-Diferente al suyo, mujer de la voz, pero enmarcado por la misma determinación-

-Quizás...- ella esquivo intencionalmente su mirada.

- Me apena que no crea en mí. Sin embargo, no creo que tengamos más puntos en común. Debemos admitir que este fuego se ha consumido- Yue le dijo, fijando su mirada en él, provocadora.

“Recién ha dado sus primeros chispazos”

-Debemos... Me entristece partir con usted de esta forma, pero debemos...-

-Que el sol ilumine nuestro próximo encuentro- expreso Kandandala.

-Que dios lo proteja de falsedades- finalizo Yue.

Enajenado y seducido, se apartó rápidamente de la mesa y de la hospedería misma. En su cabeza vagaba ahora un nuevo recuerdo, un flamante fantasma. La mujer vestida de niña, el habla disfrazada de susurro, la oculta pero innegable comprensión. Yue. Sin ser invasiva, esta inesperada aparición era un refresco en el desierto que era su mente. Leve pero viva, como llovizna primaveral.

Pero Kandandala era un hombre y no se alimentaba de memorias. Decidido, pero sin saber a qué, vio a Nuala en el oasis y no lo pensó. La tomo del brazo delicadamente, pero sin ceder, y la condujo hasta sus recamaras. Ella parecía molesta pero no lo rechazaba. Dentro, encendió todas las velas y se quitó su talismán. Sin palabras ni sonrisas absurdas se besaron esa noche. Y la siguiente, y la siguiente y muchas otras más. Aun con otro vestigio femenino rondando su mente, sus profesos sentimientos no eran menos genuinos. La amaba, pero no podía darle más que eso. Mas allá de las decepciones futuras él borraría su amargura, al menos por esas noches. Como mejor sabía, siendo honesto.

La puerta sonó por primera vez en días. Kandandala vio a Nuala, hasta ese entonces relajada en el lecho, acudir con cierto fastidio a la llamada. Era su hermana Idunn. Luego de un minuto de conversación modesta en el pórtico, siempre en doene, la pelirroja volvió al confort de su pecho. Pero al hacerlo, le colocó su amuleto en el cuello. Esa era mala señal, mejor dicho, era el verdadero final de ese honesto encuentro. Paso tiempo antes de que alguno hablara, ambos luchando contra el pulso de la realidad para no separarse

-Hay un problema- comunico la ninfa, que fue suavemente hundida en el pecho de su amante.

-Es importante- Acatando su pedido, Kandandala la giro sobre la cama, colocándose sobre ella, invitándola a hablar con el contacto de su mirada.

-Los fegianos que vinieron con Jordan dejaron el pueblo hace ya unos días. Según madre van directo hacia el corazón del vacío. Tuvo unas visiones y quiere que los rescatemos- paro un segundo, como frustrada.

- Quiere que yo dirija al grupo, pero ella lo ha designado: tú, yo, Idunn, Cyra y el muchacho con el que te encontramos-

-Mad- le respondió en doene.

“Yue”

-Claro que es una locura, pero dice que su visión fue extrañamente clara- Nuala se detuvo un segundo para acariciarle el rostro

-Dijo que debemos seguir la lluvia del noroeste.... Es muy peligroso, El corazón del desierto no es como en las canciones-

En lo referido al desierto ella era una autoridad indiscutida. Hábil y experimentada, era la primera exploradora de **Hlífa**. Absolutamente todos los sandwalkers habían aprendido de ella. Si decía que no era un juego, entonces mejor dejar los trebejos a un lado y remangarse.

-I know- él le siguió la corriente

- No, no lo sabes. No puedes sentirlo ni lo has experimentado... Aun así, fuere lo que fuere, no puedo ignorarlo. Soy la p...-

- Togheter- él la interrumpió, para luego fundir sus labios con los suyos.

Más tarde, tras cenar bajo luz de las estrellas a solas, fueron al encuentro de Iselda. El selecto grupo ya se encontraba reunido en la habitación de la ninfa madre que, que esperaba serena junto a su ventanal. Según expuso, el pueblo existía para salvaguardar el paso a través del mar de arena. Sin excepciones. Pero todos los presentes, a excepción quizás del joven, sabían eso. Kandandala se preguntaba por qué Iselda enviaría a sus hijas a una misión francamente peligrosa. A pesar de no comprender, notaba una suerte de convencimiento en el semblante de todas las ninfas. Las palabras maternas habían inspirado una extraña determinación en ellas. Sin embargo, él y el muchacho, de quien supo su nombre era Dreyri en esa reunión, no parecían tan animados. Dreyri se mantenía al margen y Kandandala consideraba seriamente el asunto.

Yue y Nuala. No quería fallarles, pero al recordar la violencia del viento desértico vio a la muerte a la cara una vez más. Sin esquivar la mirada, aceptándola por lo que es, recordó que siempre que fuera suya volaría satisfecho con el viento.

“Por Nuala... y por Yue”

En menos de una hora, ya habían partido y se movían dentro de la tormenta. De noche, ante cualquier recomendación o llamado a la cordura. Las estrellas se conjugaban con la profecía, evocando algún tipo de protección en su espíritu. Algo parecido a una responsabilidad, o un llamado, aparecía de reflejo en la mirada de todas esas ninfas. Escepticismo aparte, la tormenta efectivamente les abría el paso. El granular vendaval las rozaba con mayor gentileza que a los extraños y la luz estelar mostraba caminos que sus ojos no podían ver. Magia o no, las hijas de Iselda eran una representación poco abstractas y únicas del mismo desierto. Sofocantes, cada una a su propia manera. Atrapantes, nada escapa de la arena. Supervivientes, capaces de subsistir a pesar de todo.

Con Nuala a la cabeza, sus hermanas pegaditas no le perdían el paso. Los otros dos extranjeros rezagados y en alerta en la retaguardia. Idunn, la de cabellos como hojas de palmeras, mantenía una incómoda y sostenida tensión con Dreiry. A diferencia de ella, Cyra, robusta y opaca como un cacto, a duras penas podía contener su efusividad. Estaba ansiosa por entrar en el vacío. Tanto Dreyri como Kandandala se sentían un poco fuera de lugar. Aun avanzando relativamente a la par, no eran más que intrusos, aunque unos bien armados. El con su espadón y el joven con espada corta y daga. Esa, asumía el gigantón, era la razón por la cual Iselda los había convocado. A pesar de las sus intenciones escondidas, o de las profesadas, él era eso a los ojos de los demás: un embustero... un asesino...

“¿Y que ven tus ojos?” recordó un dicho de alguien, en algún momento.

“Mira chico, no tienes de que preocuparte. Eres blando y nunca cambiaras, nunca cruzaras la línea. Pero eso es lo que te hace fuerte”, acudió su memoria, como caballero exaltado, al rescate de su moral.

Nuala los guio a través de incontables dunas. Decía detectar y evitar al vacío que los rodeaba, encontrando incredulidad en el resto del grupo. Inclusive Idunn, maga y experta en lo invisible, parecía poco convencida. Las anomalías, explicaba, se hallaban como un espejo roto en mil pedazos. Casi imperceptibles y por doquier, cada una de esas era una puerta al vacío. Una invitación a dejar de ser, perdiéndose en la maldición que el pasado acarrea sobre el futuro.

Nuala, como todos los sandwalkers, era extremadamente metódica en su andar. Dependía de su instinto y su talento para entender al desierto y retar al vacío. Por qué, para ella, los dos no eran lo mismo. La forma en que les marcaba el paso les proporcionaba una marcha más rápida que la el resto esperaba. De sol a luna y de luna a sol, nunca se detuvieron por demasiado tiempo. Sin cuestionamientos, ni tampoco demasiada camarearía, veinte días después de partir, divisaron algo más que arena. Bajo unas nubes con intención de chocar en cualquier momento un campamento apareció en las cercanías.

-La lluvia está al caer. Como dijo madre, allí deben de estar- dijo Cyra, haciendo eco de lo obvio.

-Ese parece un campamento de arqueología. No son comunes tan al sur, sino más en los baldíos del norte- informo Nuala.

- ¿Qué es arqueología? - pregunto Dreyri.

-Es gente que quiere desenterrar el pasado. Intentan encontrar cosas perdidas en la tierra para redescubrir nuestra historia- expuso Iddun.

-Cosas de la iglesia- dijo Nuala -Normalmente, no se meten ni tan adentro ni forman sitios tan bastos como este-

-Saqueadores de tumbas- se explicó Dreyri a sí mismo, en voz alta.

-Pues sí, pero no. Tomar algo que no es nadie no es robar, aparte es por una buena causa- desestimó Cyra la palabra de Dreyri.

-No people- dijo Kan, intentando ser los ojos de las ninfas en la obscuridad, pero limitado por su léxico doene.

-En una tumba solo muertos hay- dijo Dreyri, concentrando su mirada en el campamento.

- ¿Sientes algo Dreyri? - pregunto Idunn, como esperando alguna revelación especial.

-Nada- dijo el joven a secas.

-Es el maldito vacío...- murmuró Nuala por lo bajo.

- De cualquier forma, vallamos a investigar- insto Cyra.

Bajo una creciente luna amarilla, descendieron la pendiente arenosa en dirección a la avanzada. El camino fue corto y silencioso, en esa atípica y húmeda noche. Al llegar notaron muchas de las carpas rotas, tarjeadas. Nuala y Kan se aproximaron a la más próxima casi al momento en que empezó el aguacero. La tienda eximia símbolos de una pelea. Abruptos y profundos, los cortes dentro de ella parecían hechos con espadas. Aunque la ausencia de cuerpos y sangre era desconcertante. ¿Dónde estaban los miembros de la expedición?... Sin mucho más que observar los dos se reagruparon con los demás y continuaron campamento adentro. Nerviosos avanzaron entre arena y agua, para encontrar un panorama similar al anterior. Un ataque había sucedido allí, pero de él solo rastros quedaban. Inconclusas y sospechosas pistas. Se separaron en dos grupos para registrar las tiendas. Nuala y Kan por un lado; Cyra, Dreyri e Idunn por el otro. Mientras buscaba indicios más concretos el veía la mano de su compañera temblar, aunque muy disimuladamente. Su memoria pareció intentar indicarle algo. Algo aquí le era familiar... Pero en ese momento creyó que era más importante tenderle una mano a Nuala y tranquilizarla. Entre caricia y susurro, Cyra entro en la tienda reclamando que la siguieran. Alerta, los condujo hasta la carpa vecina donde una espantada Idunn yacía en el suelo.

-Nuala, vámonos de aquí. Dios... Hermana, vámonos, por favor vámonos- dijo la maga, totalmente abrumada.

- ¿Dreyri? - pregunto Kan al no ver al joven en la tienda

- Cuando Idu se puso así, saco su daga y se fue para afuera- comentó Cyra

- ¡Genial! Ya uno menos... Bien, terminemos con esto de una vez. Cyra, quédate con Idunn. Kan, conmigo- dijo la exploradora, con voz de mando.

- You here. Safe- les dijo el espadachín a las ninfas, eximiendo su pobre doene.

Sin aceptar ordenes ni mirar atrás volvió afuera. A pesar de la lluvia, del misterio, de la tensión, una familiar sensación de calma lo inundaba. Sin embargo, no concedía lugar a debilidades. Presto, con Lügenfluch envainada pero en su mano, siguió explorando el campamento.

La lluvia se incrementaba, pero la vista continuaba siendo la misma. Un ataque improvisado pero planeado, o al menos sorpresivo. Algo más asemejado a una limpieza que un robo. No podía evitar pensar que estaba pisando sobre una huella muy grande, solo entonces quizás su instinto no hubiere probado equivocado y todavía seguía el camino trazado por Sinn. Pero no era ninguna seguridad, solo certezas potenciales que fácilmente podían ser lavadas con el correr de la lluvia.

Algunos pasos más tarde, su olfato si tuvo algo que decir al respecto. Leve pero inconfundible: sangre. Asquerosa y maldita sangre. Guiándose por el olor, ascendió por una duna, hasta un sitio de excavación y vio al mismísimo horror. Una pila de gente cercenada. Cadáveres y cadáveres colocados uno sobre el otro como sacos de papas, pero sin los recurrentes rastros de una masacre. Sin sangre, ni tripas, como una siniestra colección de muñecos rotos sin ningún niño que les de vida. A su lado, la feigiana joven de la voz y sus compañeros yacían. Yue parecía viva, aunque debilitada. Sus compañeros, visiblemente abatidos. Su primer impulso lo instaba a socorrer a la joven, pero esta vez fue su experiencia en vez del pánico lo que lo condujo. Mas allá de la pila mortuoria estaba Dreyri, ensangrentado en uno de sus brazos. En frente de él una cara familiar. Rubio, frugal y fornido. Una hoja carmesí brillando en su mano, una vez enfrentada y una vez vencida. Nunca habrá segunda ocasión le habían dicho... El bastardo sin moral era la explicación a la todo este periplo.

“Nein nein nein nein nein nein nein”

Como Kandandala entendía ahora a lo que se enfrentaban no dudo un segundo en correr hacia Dreyri. Enemigo y aliado yacían en una especie de impase. Sin embargo, cuando el gigantón lleo el joven tomo la iniciativa, intentando invadir el espacio crítico del enemigo. Un error por partida doble.

- ¡No! - grito Kandandala con ahínco.

Los movimientos audaces pero inefectivos, solo unos mínimos roses que no parecían tajar al enemigo. Sin embargo, el experimentado espadachín sorprendido.

“Choco, el cuchillo choco”

Con renovado brío Kandandala desenvaino su espada y se posiciono por detrás del joven, intentando sacarle provecho a su rango efectivo. Mientras el joven maniobraba como gambito, inutilizando el accionar enemigo, él aprovechaba las aperturas para asestar estocadas. Ni sangre ni dolor brotaba, pero sabía que estaba funcionando, porque lo esencial es invisible al ojo no entrenado. Los símbolos mágicos de Lügenfluch encendidos a tope, el arma escarbaba una y otra vez en algo que ellos no podían sentir. El espectro frente a él, sin un cuerpo verdadero pero si un alma voraz, contrataco dañando a Dreyri en uno de sus hombros. La armadura inútil frente a la espada de sangre. Listo para otro embate el enemigo roto la atención hacia un lado. Cyra cargaba furiosa entre la tormenta, la arena y la lluvia.

“Nein nein nein nein”

En pánico, o casi con lo último de temple que le quedaba, intento interponerse en la trayectoria. Pero su movimiento fue burdo y recompensado con un corte no tan profundo en su abdomen. A merced del enemigo, fue la descarga de Cyra lo que evito un segundo golpe, seguramente más serio y mortal.

-- ¡Cyra hör auf! -grito desde el piso, con toda la fuerza y el deseo que le quedaba.

Como en un segundo no se puede procesar y actuar en consecuencia Cyra no se detuvo. Ni tampoco su descarga. Paso de un lado a otra al espectro enemigo, traspasándolo, pues las armas que no se dicen mágicas no pueden siquiera tocarlos. Fuera de balance por la carga y casi pegada al enemigo, fue la roja espada la se hundió en el estómago de la ninfa. Un golpe horrendo, desde el pupo hasta la columna y más allá. Un aullido zumbaba mientras la tenebrosa arma parecía estar absorbiendo la sangre de la ninfa, o quizás de su esencia misma. Antes de terminar tal macabro ritual Dreyri tomo por sorpresa al enemigo, literalmente cortándole en cuello desde un lado. Un tajo fuerte y veloz, en condiciones normales completamente letal. Pero, en la anomalía de esa noche lluviosa, solo causo dolor al espectro. Se arrodillo, soltando su arma, que desapareció al perder el contacto con su amo. Inspirado por Dreyri, Kandandala se dejó llevar por la furia y se abalanzó sin dar respiro al enemigo. Puso todo de si en un único golpe.

El ultimo si no funcionaba, pues había quedado realmente expuesto. Lügenfluch descendió desde el cielo como un rayo, su luz y su filo pasaron por el espectro como si no existiera. Simplemente el enemigo se desvaneció tras el machaque. Muerto, ido o quien sabe que, ya no parecía estar allí.

Acobijados en una cierta sensación de seguridad, todos se reagruparon en torno a la convaleciente. Cada uno llevaba sus propias heridas. Físicas, mentales, emocionales... No existe batalla que no deje cicatriz. Dreyri tenía el brazo derecho prácticamente inutilizado y Yue era presa de una tristeza inmensa. Mientras el joven examinaba la sacrílega pila funeraria, Kandandala cargo a Cyra en su hombro y obligo a Yue a moverse hacia la tienda de las otras ninfas. La hemorragia de su hermana era cosa seria, más allá de cualquier sutura. Solo Idunn podría salvarla. Aunque en ese momento Idunn difícilmente podría salvar a nadie, ni siquiera a si misma. Presa del pavor, no parecía reaccionar. Envuelta en un manto colérico, totalmente superada por la situación, Nuala abofeteo varias veces a la maga. Sin mayores cambios, tomo otro camino. Simplemente rogo.

Entre palabras dulces y mucho sentido común la señora maga del desierto recobro algo de su compostura. Pero su hermana supo que ella de eso nada tuvo que ver. Sus palabras no fueron las que había calado realmente, sino la voluntad de las estrellas. Su guía, su visión y su mandato. Tras el mensaje el miedo estaba presente en sus ojos, como una sensación de condena. Conjugando semblante con escena, Kandandala escucho algo acercarse por la arena. Sutilmente poso la mano sobre la empuñadura de su espada y alzo la mirada hacia la entrada de la carpa. Cada vez más fuerte, cada vez más cerca. Algo se estaba moviendo sobre la arena en dirección a la tienda. El sonido, o quizás la actitud de Kan, fue lo suficientemente evidente para que las demás mujeres se pusieran alerta. Ambas, extrañamente, con formas muy similares. Silenciosas y cautelosas, como al acecho. Una mano oscura se posó sobre la entrada, haciéndose camino mientras Kandandala se preparaba para castigar al intruso.

-Este hombre está vivo- dijo Dreyri al ingresar, acarreando el viejo guerrero abatido junto a la joven rescatada.

- ¡Rens! - grito Yue y salió disparada hacia un lado del cuerpo, seguida por el resto.

-No está herido y respira poco, pero respira- añadió el joven.

Idunn derramo un larga y fina lagrima incrédula por uno de sus ojos. El pavor nunca se había ido, nomas suprimido por la responsabilidad. El camino a seguir era tomar la mancha de la corrupción, la única forma para obrar el milagro de la vida. Herejía en el acto y perturbación en un futuro inexorable.

-Yo puedo salvarlos, a ambos- dijo Idunn.

-Idu...- replico Nuala, aliviada.

-Por favor, sálvelo. Por favor...- suplico Yue, llorando mientras tomaba de las manos a la maga.

-Yo puedo salvarlos...- repitió Idunn, con cierto pesimismo, como intentando convencerse a si misma.

-El ritual tomara un tiempo, ustedes deben esperar fuera. Salvo Dreyri, él tiene que ayudarme-

- ¿Por qué yo? - increpo el joven, con cara de pocos amigos y un brazo hecho trizas.

-Por que así se ha dictado. No sucederá si no me ayudas- atemorizada respondió la maga.

- ¿Y quién lo dicto? Aquí no hay ningún rey- desafiante, el muchacho se mantuvo firme.

-Por favor señor, por favor. Ayúdela. Puedo ofrecerle lo que quiera salvo mi vida. Salven a mi guardián y le daré lo que pida. Por favor...- todavía con lágrimas en los ojos, Yue esta vez dirigió sus suplicas al moreno.

Algo en las palabras de la muchacha convenció a Dreyri. Todavía con cara de pocos amigos depuso su actitud en pos de una un poco más servicial. Todos, salvo los participantes del ritual, suspiraron desahogados. La situación parecía tener su respuesta exigida, las cosas no terminarían feas. Idunn ordeno al gigantón, a su hermana y a la chica feigiana que salieran fuera, esperando por una o dos horas en alguna tienda no tan cercana. Bajo ningún concepto, sin importar lo que vean o sientan, debían volver a la tienda. Eso rompería el ritual y traería la muerte de los malheridos. Y lo volvió a repetir, para que quede bien claro.

-Si entran ellos mueren-

A las rápida los tres exiliados recogieron alguna que otra cosa de utilidad en la cercanía y salieron fuera. Entre la fuerte lluvia encontraron una tienda todavía en condiciones, con buena perspectiva a la carpa del ritual. Las dos mujeres se echaron en el suelo a descansar, ambas en dirección enfrentada y distante. Kandandala prefirió quedarse espiando la tienda donde el milagro sucedería. Sin demasiado cambio en ese primer minuto, su visión se fue automatizando, cediéndole el foco a sus pensamientos y a la incertidumbre espectral de aquella noche.

“¿Por qué aquí y ahora? ¿Quién es esta muchacha de voz solemne? ¿Que pretende Sinn al enviarme hacia ella? ¿Y si erre el camino nuevamente, entonces en que estoy metido?”

Preguntas que navegaban los bravos mares de su lógica. Concentrado como estaba, no dio cuenta del ambiente que lo rodeaba. Si noto a Dreyri salir de la tienda, para luego volver trayendo en andas el cuerpo de la Dama alegre de Yue. ¿Tal vez ella también todavía podía salvarse? El ruido de una cachetada y una mejilla rosada rompió la vigilia, su piélagos mental. Nuala había abofeteado a Yue en medio de una discusión. Las dos exhibían un temple completamente diferente al de unos minutos atrás: territorial, feroz y acusatorio.

- ¡¿Pero en qué estaban pensando?! ¿Acaso son estúpidos? Les dijimos que no era posible viajar- a los gritos la exploradora cargaba contra Yue.

- ¿Vale más el dinero que la vida de tus compañeros? -

-Imposible no fue, henos aquí ¿verdad?- arremetió la niña para el irrite de la ninfa

-Sin duda se los agradezco, por lo que dure mi vida estaré agradecida, pero no se atreven a cuestionar nuestra misión. Mis compañeros...-

- ¡Están muertos y es por tu culpa! - replico Nuala, descontrolada

- ¡¿Cómo te atreves?!- dijo la humana, preparándose para contestar con sus puños y no sus palabras.

Kandandala se interpuso ágilmente entre las dos. Ninguna de las dos ejercía la suficiente fuerza para causarle problemas. Sepáralas fue cuestión de dos leves empujoncitos.

-No- simple, clara y rustica fue la palabra del espadachín.

-No- una vez más, para terminar de calmar las aguas.

Amedrentadas, ambas mujeres se refugiaron en extremos opuestos de la tienda, como antes. Expectantes la una de la otra, como antes. El simplemente volvió a mirar para afuera, si, como antes. En la tensión del aire estaba el quid de aquella noche. La lluvia opacaba casi cualquier sonido, pero los ojos si le ganaban a la lobre-guez. Una luz surgió en la tienda del ritual, primero tenue y luego más viva. Si tenía que apostar diría que fue fuego... dentro de la tienda... donde los convalecientes y sus sanadores estaban.

“¿Pero que locura es esa?”

Sus compañeras de tienda todavía ignorantes, enfrentándose cada tanto con mirada y convicción. Entre ya las obvias llamas dos sombras se dejaron ver. Una grácil y la otra bestial. Una rondando en frente de la otra, casi como bailando. Una en el suelo y la otra saltándole encima, montándola con una cabalgata incesante. El viento, gentil, aunque tal vez cizañero, trajo noticias. Parecía escucharse una canción de... ¿taberna? Una historia sobre caídos y renacidos. Con ella llegaban unos gemidos, desprovistos de placer alguno, cargados de un dolor que desgarraba.

Habiendo escuchado y visto lo suficiente, Kadandala pensó que momento de hacer algo. Algo andaba mal, eso no tenía nada de curativo ni restaurador. Se giro para avisar a las mujeres, pero en el ínterin el fuego llamo la atención de todos. Las llamaradas crecieron súbitamente, cubriendo por completo la tienda del ritual. Estupefactos y asustados, los tres contemplaron el infierno que le ganaba con claridad al aguacero. Los tres bajo un impulso correctivo y heroico, pero presos de las cadenas de la memoria.

“Si entran ellos mueren”

Palabras claras exigen acciones directas. En este caso, confianza. Yue y Nuala entendían eso, aunque a regañadientes. Kadandala no tanto, pensándolo como simple cobardía. Tuvo que ser detenido varias veces, mediante cariño, retórica y fe. Una hora entera tuvo que tragarse su orgullo e instinto, conteniéndose y dejándose persuadir que todo era para mejor.

Cuando la lluvia aminoraba también cedía el fuego. Tras su conjura la tienda quedo entre charcos y humo, con la figura de Idunn emergiendo de entre los restos. Su joven ayudante permaneció donde las llamas supieron arder, tal vez añorando su toque, ya no más corpóreo sino de espíritu. Bajo un silencio respetuoso la maga entro en la tienda de sus compañeros, desaliñada y visiblemente perturbada. Tras sentarse a descansar y procesar lo sucedido le comunico al resto el resultado del extraño ritual.

-Esta hecho- dijo, con la mirada perdida – Vivirán, pero no aquí. Debemos movernos, huir-

- ¿A qué te refieres? ¿Idu, estas bien? -pregunto su hermana, preocupada como por vigésima vez durante ese viaje.

-Me refiero a que la magia funciona, la naturaleza respondió- pauso la maga, fijando su mirada primero en su hermana.

-Pero no sin oposición. Mientras la naturaleza juzga la vida el vacío insiste con la muerte. Cuanto más permanecemos aquí más inclinara esa balanza a su favor- continuo Idunn, ahora centrando su mirada en la chica fegiana.

- ¿Entonces están a salvo? – pregunto la joven rescatada, reteniendo el aliento.

-Si- respuesta que llevo consuelo a todo ese conclave -

- ¿Están conscientes, pueden moverse? – continuo indagando la Yue, mostrando algo de su lucidez abandonada.

-Ya, para de una vez por favor. ¿Quién podría moverse después de semejante... suceso? - reprimino la primera sandwalker de **Hlífa**.

-Tu loca carrera llego a su fin. Yo quiero a mi hermana viva y tu al hombre a tu lado. No vamos a tomar riesgos-

-Ella acaba de decir que debemos partir cuanto antes, ¿Que vamos a hacer, quedarnos aquí a enterrar más gente? -

-We go- propuso Kandandala, abstraído de la discusión y sin pensarlo demasiado.

- ¡No podemos! ¿Es que todos se han vuelto locos? Si emprendemos la vuelta en nuestro estado no sobreviviríamos- estallo Nuala.

-We go- insistió el gigantón.

- ¡Que no es tan simple! Con mil demonios, mi hermana se está muriendo, ¡mi hermana! ¿Y qué haces tu aquí, he? – desvió la ninfa su furia hacia su amante.

- Apareces, traes problemas y repites como periquito imbécil. No te juegas nada y por eso no pierdes nada. Siempre tomando y nunca dejando, solo desilusionando...-

- ¿Por qué volviste? – cabeza agacha y ojos llorosos, la ninfa mezcló indiscreciones de alcoba con el menester de la supervivencia.

Esas palabras, llenas de frustraciones pasadas, calaron hondo en el corazón del espadachín. Quería abrazarla y decirle que todo iría bien. Por una vez quería no fallarle. Sin embargo, permaneció estático mientras Nuala cubría su rostro con sus finas manos.

“No sirvo para nada”

En ese clima, azotado por la desolación que traen consigo los caminos sin salida, la voz resignada de Idunn se pronuncio.

-Nos vamos a ir por la mañana. Ustedes se encargaran de recauchutar un carro de este campamento. Allí irán los heridos. Kandandala tirara de el hasta **Tesor** y el resto lo seguiremos como podamos-

-¿**Tesor**? Hermana, no llegaríamos, no en este estado- dijo Nuala, secándose un poco las lagrimas.

-No pasa nada Nuala, tranquila. Lo vamos a lograr- pauso la maga -Es nuestro destino, no mas ni menos que el dictamen del firmamento-

-No podemos volver a **Hlífa**, tu misma lo dijiste- dijo Yue, posando su mano en el hombro de la exploradora.

-No quiero ver a nadie más morir en mi nombre y sembrar desdicha en mi camino. Solo nos queda dejar atrás al desierto y confiar en la promesa del norte-

- ¿Creen que no lo sé? Soy la primera exploradora de **Hlífa**, este es mi lugar. No tenemos fuerza ni ímpetu. Vamos a terminar como festín de alimaña de intentarlo. O peor, esclavizados por el mal que acecha en el corazón del desierto.

-No podemos abandonar el desierto, no podemos- repitió Nuala, sentenciando desde la experiencia y la desazón.

-El desierto quedo atrás ya hace tiempo, lo que haremos será abandonar el vacío- contesto Yue, encontrando el punto de inflexión de la situación.

-We go- dijo una vez más Kandandala, de forma suave, con la mirada clavada en los ojos de ella.

-... No hay más remedio... Sera hacia el norte- anuncio la líder del grupo, con una resignación pincelada por la esperanza.

Quienes pudieron durmieron por lo que restaba de noche, los que no realizaron preparativos. No sabían cuan largo era el tramo que los separaba del norte, pero si entendían de la dificultad de la empresa. Comida, ropaje y el específico bendito carro. Remilgando cuanto pudieran, siempre dentro del límite que pudieran soportar. Dreyri se había ocupado de subir a los heridos al carro, revelando al resto su extraña condición. Estaban rodeados de arena, como una especie de sarcófago. Antes de que surja nuevamente la histeria, Idunn aclaro al resto que era el procedimiento normal. La naturaleza los estaba sanando, a su propio tiempo y forma. Por último, a insistencia del espadachín, decidieron ocuparse de los cadáveres. Todo hombre se merece una sepultura digna creía él. El sitio de la masacre, galardonándose aún más de antinatural, ya no existía. La arena lo había cubierto todo. Otro misterio escalofriante más y contando, aunque tal vez uno con solución. Muchas fueron las miradas y manierismos entre Dreyri e Idunn toda esa mañana. Gestos de intimidad y reproche, de gentileza y odio. Como si los extremos que nunca deberían tocarse hubieran encontrado comunión. Como el padre y la madre, eclipsando el firmamento... o como nada. A Kandandala ya no le importaba, solo quería irse de ese autentico maldito lugar.

Esa misma noche, con la luz de la luna resplandeciendo sobre el fiero y árido paramo, los cinco viajeros dieron los primeros pasos de su viaje hacia las tierras fértiles del norte. Una carrera contra el tiempo y el vacío mismo.

Fin del arco 1

¿Continuara en el arco 2: Profanación?